

K. S. Karol

# Los Guerrilleros en el Poder

(extracto)

---

K. S. Karol nació en Polonia en 1924. A partir de 1939, hasta 1946 K. S. Karol permaneció en la Unión Soviética, como efecto de la anexión de territorios polacos por la Unión Soviética. Durante la segunda guerra mundial luchó con el ejército rojo en el frente de Cáucaso y después de la guerra se estableció en París. Entre 1961 y 1968 visitó Cuba cuatro veces entrevistando a Fidel Castro, Che Guevara y otros dirigentes cubanos. K. S. Karol también ha escrito libros sobre China y Polonia.

El extracto del libro *Los Guerrilleros en el Poder* que publicamos aquí, trata de la historia de la lucha anti-imperialista y revolucionaria en Cuba antes de la victoria de la revolución. En este contexto el autor nos da una exposición interesante de la historia del partido comunista cubano y su política.

---

## Índice

Capítulo II: Los comunistas y la revolución .....	1
1. "La crisis de todo un pueblo" .....	1
2. Un curioso compañero para el frente antifascista .....	15
3. La tierra prometida "Browderiana" .....	24
4. "Legalidad constitucional" y violencia .....	31
5. Los "Frontistas" en la tormenta de una revolución .....	41
6. El proyecto castrista .....	59

## Capítulo II: Los comunistas y la revolución

### 1. "La crisis de todo un pueblo"

Cuando se descubre un país su historia se presenta en principio como una trampa. Tendemos a proceder por analogía, a creer que los acontecimientos se rigen en todas partes con la misma lógica y que las etiquetas políticas abarcan en todos lados las mismas ideas. Las apariencias son, evidentemente, engañosas. Por ejemplo, en Cuba, los liberales se situaban a menudo tan a la derecha como los conservadores y todo partido que se respetara se llamaba a sí mismo "revolucionario". Para saber si un hombre de Estado o un intelectual era reaccionario o progresista era preciso conocer no sus profesiones de fe, sino su actitud hacia los Estados Unidos; allí se encontraba la auténtica piedra de toque que permitía distinguir la auténtica izquierda de los revolucionarios "de boquilla".

Me enteré de todo esto, mejor o peor, durante mi primera estancia en la isla. Pero no basta con eludir las trampas para captar un marco histórico. También se deben reunir, pieza por pieza, los elementos dispersos de un auténtico rompecabezas compuesto de nombres, debates y acontecimientos a menudo insólitos. No me entregué de lleno en esa labor hasta 1967-1968; y, después de algunos días transcurridos en la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana me di cuenta de que en el rompecabezas cubano una parte del dibujo del fondo se hallaba difuminada, casi totalmente borrada. Así, pues, ¿habían sucumbido los castristas a esa enfermedad de los países comunistas que consiste en escribir de nuevo y en camuflar la historia?, ¿habían clasificado cuidadosamente, en el fondo de los archivos secretos, los documentos que resultaban incómodos?

Pero uno deja de inquietarse rápidamente cuando constata que, en realidad, en La Habana nada está clasificado, nada es secreto. Pronto se da uno cuenta de que si los libros cubanos sobre la historia contemporánea no pueden hallarse en ninguna parte ello se debe, simplemente, a que no existen. Cuando se observa la gran escasez de ese tipo de literatura, cuando se constata que no existe siquiera una colección de la prensa clandestina en la Biblioteca, o cuando se alude a otras lagunas que resultan sorprendentes se os responde: "Nuestras miradas se dirigen hacia el futuro". Se os dirige hacia aquellos que han representado un papel esencial en los acontecimientos más ardientes del pasado y que han conservado, como recuerdo, o con la intención de escribir algún día sus Memorias, la documentación referente a esos hechos.

"¿Le interesa la historia de la revolución de 1933? Debe hablar con Raúl Roa; el 'canciller' la conoce mejor que nadie", os aconsejarán y os ayudarán inmediatamente a obtener la necesaria cita. Para el período de la Sierra, evidentemente, uno debe dirigirse a Fidel, a Celia Sánchez y a Carlos Franqui. Y todos los héroes de esta historia son apasionantes narradores que no se preocupan de la diplomacia. No sólo están dispuestos a responder a vuestras preguntas, sino que, además, os ponen en contacto con otros testigos que conocen mejor otros detalles. Sin embargo, hay un único tema que no parece inspirar a nadie: se trata de la historia del P.S.P., el antiguo partido comunista de Cuba. Entonces los contornos del rompecabezas empiezan a hacerse borrosos.

"¡Ah, si usted supiera!", suspiraban en 1961 mis guías en La Habana cuando les preguntaba quiénes eran en realidad esos "comunistas declarados" que tanto inquietaban a los norteamericanos. Pero añadían inmediatamente que era mejor no hablar de ellos para no llevar agua al molino de los adversarios de la Revolución. Sin embargo, siete años más tarde, volví a oír esa misma frase por boca de los mismos que, no hacía mucho, estaban totalmente dispuestos a pasar la esponja por encima de las antiguas discordias y por encima de los malentendidos entre los revolucionarios.

¿Qué es lo que hay de terrible en la historia del antiguo P.C. que nadie puede decir públicamente ni olvidar? ¿Por qué los veteranos de ese partido seguían estando, aún en 1968, tan marcados por su origen político? ¿Por qué sigue siendo tan profunda la separación entre ellos y los castristas? Un castrista preferirá no responder a estas cuestiones. No os dirá nada del P.S.P. que no sepáis y que no sepa todo el mundo en La Habana. O sea que ese partido colaboró con Batista en vísperas y durante la Segunda Guerra Mundial, y que permaneció hostil a la lucha armada de Fidel hasta el momento en que se hizo evidente que iba a triunfar. Por lo demás todo lo referente a las hipótesis o a las explicaciones de fondo se os dirigirá hacia los antiguos miembros del P.S.P., dando a entender: "Que se las arreglen por sí solos con su pasado".

Pero, a partir de 1961, el P.S.P. ya no existe. Ha sido integrado al nuevo partido que, desde octubre de 1965, ha elegido llamarse partido comunista de Cuba, y que agrupa – bajo la dirección de Fidel – a castristas, comunistas y antiguos miembros del Directorio revolucionario. Pero, antes de integrarse, el P.S.P. no ha facilitado nunca una versión global y plausible de su historia. En lo que concierne al nuevo partido, éste quiere superar totalmente las antiguas y dolorosas disputas de sus tres componentes. Por tanto no se manifiesta ninguna intención de hurgar en el pasado de uno de esos componentes, el que posee la historia más compleja, más larga y más estrechamente imbricada con las opciones internacionales de la Unión Soviética. Así pues no hay, y casi con toda seguridad no habrá en un próximo futuro, versión oficiosa, presentada de forma individual por ciertos protagonistas. "Es demasiado pronto para escribir esa historia", me dijo Carlos Rafael Rodríguez que, de entre todos los "antiguos", es ciertamente el más integrado con el actual grupo dirigente. "Entre ellos hay demasiadas personas que sufren del corazón como para poder hacerlo", me respondió Fidel. Mientras, todo el mundo aconseja al investigador extranjero que se labre una opinión por sí mismo.

El contacto personal con los "antiguos" no es difícil. Los "antiguos" se muestran poco propicios a la polémica y la experiencia les ha hecho perder la altanería con que los comunistas hablan normalmente de su partido. Al contrario, ayudan al extranjero, con diligencia y aparentemente con toda objetividad, a que se sumerja en su discutido pasado. A veces se sorprenden de que alguien se interese en ellos y a menudo quedan encantados al encontrar un interlocutor frente al que poder abrirse y dar explicaciones. De sus relatos se desprende la historia de un partido encerrado en su propia lógica, de un mundo aparte, aislado del complejo conjunto de la realidad cubana. Sin embargo ese partido supo inspirar a sus militantes una notable abnegación. El partido tenía sus héroes y sus mártires, sus costumbres y su propia moral. De su paso por el gobierno de unión nacional con Batista, durante la guerra, no había extraído ninguna de las típicas ventajas de la "politiquería" latinoamericana, hecho único y respetado por todos. Siguió siendo un partido de militantes pobres, íntegros, devotos y a menudo perseguidos. Pero otro había hecho la revolución en su lugar... Esto puso inesperadamente en entredicho todas sus teorías, sus opciones, su táctica e incluso su razón de ser. ¿Hay algo más dramático para un partido, surgido para hacer la revolución y convencido de que nadie puede hacerla sin él, que asistir como testigo casi inactivo al triunfo del socialismo en su país?

Este drama no pudo ser borrado por la integración. Blas Roca, el líder del P.S.P., estaba presente, claro está, en el balcón del palacio presidencial ese día de octubre de 1960 cuando Fidel anunció las medidas de socialización decisivas para el futuro de Cuba. Pero se encontraba en las últimas filas, detrás de los revolucionarios de verde olivo, varios de los cuales ignoraban incluso de quién se trataba y se preguntaban por qué le había hecho venir Fidel. Todos los "antiguos" son por tanto perfectamente conscientes de no haber sido admitidos, integrados en la revolución, más que por la buena voluntad de Fidel, del Che y de

algunos de sus colaboradores, en contra de la opinión de muchos otros que, por el contrario, habrían preferido pura y simplemente condenarlos al ostracismo.

Pero, en este momento, todos los "antiguos" saben igualmente que su "salvador", Fidel, guarda desde siempre opiniones no menos críticas que las de los demás sobre las pasadas opciones políticas del P.S.P. Fidel no le reprocha su conducta durante la lucha antibatistiana por la única razón de que, en su opinión, ese partido no estaba, de todos modos, capacitado para hacer la revolución. Si hubiera querido tomar la iniciativa de la insurrección contra Batista nadie le habría seguido. Esto era debido al ambiente anticomunista, característico de toda la zona de influencia norteamericana de los años cincuenta, pero también a la desconfianza que suscitaba el pasado específico del P.S.P. Así pues Fidel hacía responsables a las circunstancias históricas y eximía moralmente de toda culpa a los dirigentes de ese partido. Pero su juicio implicaba una aplastante condena política; puesto que afirmar que un partido comunista: "Era honesto, moralmente irreprochable, pero ha dejado de ser una fuerza capaz de guiar o incluso de influenciar el desarrollo de la revolución" es la peor de las críticas que pueden hacersele.

Después de la revolución Fidel no se propuso recuperar a ese partido como entidad, con todo su patrimonio; de él sólo quería sus cuadros y sus militantes. Esta recuperación resultó difícil, tal como veremos. Pero incluso en el caso de que se hubiera llevado a cabo sin choques e impedimentos, no implicaba ninguna rehabilitación de la antigua historia de los comunistas cubanos. Ese nudo en el pasado seguía, y por tanto sigue, presente; pero no sólo concierne a Cuba, sino que pesa singularmente en todas las discusiones que conciernen a la revolución en América latina. Puesto que nadie ignora que el pasado del P.S.P. cubano es todavía el presente de los partidos comunistas de ese continente.

No nos proponemos examinar detalladamente la historia del comunismo cubano. Para ello harían falta muchos libros como éste. Por ello únicamente intentaremos esclarecer las tres cuestiones que el hombre de la calle se plantea aún actualmente en La Habana: ¿por qué colaboró el P.S.P. con Batista? ¿Por qué renegó de Fidel prácticamente hasta la victoriosa salida de la batalla de la Sierra? ¿Por qué ha recuperado Fidel a los "antiguos" y les ha integrado a la revolución?

Para intentar responder a estas cuestiones es preciso situar siempre al comunismo cubano en el contexto del movimiento internacional. El P.S.P., al igual que todos los partidos comunistas, fue creado por el Komintern. Permaneció unido fielmente a la Internacional comunista hasta la disolución de la misma, en 1943. Entonces trasladó esa fidelidad a la Unión Soviética, pura y simplemente. Sus relaciones con "la patria del socialismo", al ser muy íntimas, hacen que sea imposible separar su estrategia de las opciones teóricas y prácticas de la U.R.S.S.

Pero el partido comunista, sección cubana de la Tercera Internacional, fue fundado bastante tarde, en agosto de 1925, o sea en una época en la que, en Rusia, Stalin empezaba a dominar tanto el partido como el Komintern. El nuevo P.C. de Cuba se formó por tanto ideológicamente con los abecedarios de un comunismo que ya se mostraba autoritario, hostil a toda discusión interna, intolerante con respecto a las minorías y que exigía una muy estricta adhesión a la ortodoxia formulada en Moscú en función de la construcción "del socialismo en un solo país", la U.R.S.S. Dicho de otra forma, el P.C. cubano recibió desde sus inicios una formación staliniana. Eso no le impidió realizar, al principio, espectaculares progresos e incluso convertirse en el más importante de todos los partidos comunistas de América latina.

Ello se debió a que se instaló en una isla perturbada desde hacía varios decenios por las guerras, las batallas y repetidas crisis. Los cubanos habían empezado a luchar por su independencia nacional en 1868, mucho después de que las restantes colonias

latinoamericanas (con excepción de Puerto Rico) se hubieran liberado del yugo español. Pero, tal vez debido a que eran los últimos, España no quería perderlos a ningún precio. Por ello la guerra duró treinta años y el país fue arrasado por los ocupantes como ningún otro en ese continente. Pero, precisamente en el momento en que, agotado y arruinado, iba a obtener la victoria, su poderoso vecino del norte, los Estados Unidos, intervinieron "como aliados" para dar el golpe de gracia al ejército español y establecer, de hecho, su protectorado sobre la isla. Los norteamericanos dieron su independencia a los cubanos después de haberles obligado a incluir en su Constitución de 1901 la "enmienda Platt"<sup>1</sup> en virtud de la cual los Estados Unidos se reservaban el derecho a restablecer el orden en Cuba en caso de necesidad.

Cuba acababa de escapar, después de pagar el precio de indescriptibles sacrificios, a la dominación de una lejana metrópoli, que se encontraba en plena decadencia, para caer bajo el dominio de una nueva metrópoli, cercana, poderosa y en plena expansión económica. Paradójicamente en el momento en que adquiría "la independencia" empezaron a desarrollarse en ella, con un ritmo acelerado, todas las características de un país auténticamente colonizado.

La antigua aristocracia terrateniente, de origen criollo, no tenía los recursos necesarios para impedir la masiva penetración de la economía norteamericana<sup>2</sup> y, en estas condiciones, no podía convertirse en la auténtica clase emprendedora que era necesaria para el "normal" desarrollo capitalista y, por tanto, para el funcionamiento de la república burguesa prevista por la Constitución. Cuba se transformó en un paraíso de compradores, especuladores y otros intermediarios al servicio de la nueva metrópolis. El enriquecimiento de esa "élite" se hacía necesariamente en detrimento del conjunto de la población y por ello los contrastes sociales se agravaban cada vez más. La miseria de los campos en los que, hasta la Segunda Guerra Mundial, vivía el 52 % de la población cubana, era algo casi irreal. Los que huían de esa miseria, con la esperanza de encontrar trabajo en las ciudades, iban a parar a los arrabales en los que malvivían al margen de la sociedad. La producción de azúcar, principal industria del país, le facilitaba el 80 % de sus recursos, pero ofrecía únicamente 20.000 empleos estables. Únicamente el período de la zafra exigía aproximadamente la presencia de 400.000 cortadores de caña. Pero las compañías azucareras, controladas en su mayoría por los norteamericanos, preferían "importar" de Jamaica o Haití grandes contingentes de "semiesclavos" que aún se mostraban menos exigentes, en lo referente al salario, que los obreros eventuales cubanos. En conjunto la clase obrera en Cuba no representaba, a finales de los años veinte, más que el 16,4 % de la población activa, mientras que el sector terciario, hipertrofiado como en cualquier país colonizado, absorbía ya el 35 % de la misma.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Tanto en Cuba como en los Estados Unidos existe una extensa bibliografía referente a la enmienda Platt. Leland H. Jenk describe detalladamente en su obra *Our Cuban Colony*, op. cit., los mecanismos políticos y económicos que han determinado su adopción, en primer lugar por parte del Congreso de los Estados Unidos y, posteriormente, por el Parlamento cubano. De hecho los norteamericanos exigieron a los cubanos esa indemnización a su soberanía, como condición de la evacuación de la isla por parte de sus tropas. A pesar de esta presión, la oposición cubana, conducida por el notable político negro Juan Gualberto Gómez, estuvo a punto de impedir la adopción de la enmienda por la Asamblea constituyente de La Habana. Al ser sometida a votación, le 12 de junio de 1901 obtuvo una escasa mayoría de votos.

<sup>2</sup> Citemos, de forma simplemente indicativa, algunas cifras sobre las inversiones norteamericanas en Cuba.

1902-1906	80 000 000 de dólares (sin contar la deuda pública)
1909	200 000 000 de dólares (incluida la deuda pública)
1922	1 200 000 000 de dólares que implicaban la propiedad de las tres cuartas partes de la industria azucarera.

Véase *Historia de Cuba* (La Habana: Dirección Política de las F.A.R., 1967), p. 583.

<sup>3</sup> Todos estos datos se han extraído de *Características fundamentales de la economía cubana*, de Julio Alienes y Urosa (La Habana: Banco Nacional de Cuba, 1950).

Evidentemente la mayoría de los cubanos no podían resignarse a que la más extremada corrupción se codeara con la más extrema miseria. "La sociedad cubana está a punto de desintegrarse. Cuba se hunde rápidamente en la barbarie", escribía en 1924 Fernando Ortiz, gran etnólogo y uno de los intelectuales más prestigiosos del país. "Vivimos una crisis sin precedentes que no es ni una crisis de gobierno, ni una crisis de un partido, ni la crisis de una clase, sino la crisis de todo un pueblo", constaba en ese mismo momento el escritor Raimundo Cabrera, otra autoridad moral cubana.

Pero los recuerdos de la guerra patriótica estaban aún muy frescos en la memoria, y un país que había consentido tantos sacrificios en nombre de tal esperanza no se reconocía a sí mismo en el marco del deshonor y la decadencia. Lo que es más, el apóstol de la independencia cubana, José Martí, le había prevenido proféticamente contra el imperialismo yankee ("Viví en el monstruo y le conozco las entrañas") y le había enseñado que "los derechos no se mendigan, se obtienen por la fuerza". Por ello no tiene nada sorprendente que los cubanos se muestren desde entonces propensos a la violencia. "Hace falta la dinamita para expulsar a los bribones del poder", proclamaba en 1923 el joven poeta Rubén Martínez Villena.

Así pues, en medio de este explosivo ambiente se inició la carrera del joven partido comunista. Todo parecía favorecerle. Era antiimperialista como su iniciador, la Tercera Internacional, y sus denuncias antiyankees eran muy similares a las de José Martí. Era antirracista y esto le unía con la importantísima población de color que, después de haber facilitado más del 60 % de los combatientes del ejército español, era víctima de una evidente discriminación económica y social. Finalmente, y de modo primordial, se encontraba frente a grupos políticos desorganizados, fraccionados por las escisiones debidas a las ambiciones personales y a la confusión ideológica. Por tanto estaba bien situado para ejercer esa "hegemonía" de que hablaba Antonio Gramsci.

Al principio podía creerse que estaría a la altura de la misión que se le había encomendado:

"El partido comunista ha obtenido notables éxitos debido a que sus líderes son hombres inteligentes, dinámicos e íntegros. Goza del apoyo de los mejores intelectuales de Cuba y de un número creciente de maestros, escritores y cuadros de la nueva generación. Varios de sus miembros pertenecen a esa minoría con espíritu religioso que, al ser capaz de una profunda devoción por la causa, le consagra todas sus actividades, toda su vida... La profunda influencia del movimiento comunista no es debida únicamente a la existencia de algunos miles de miembros que aceptan su rígida disciplina, sino a la simpatía que experimentan, en diversos grados, centenares de miles de cubanos hacia las ideas y los objetivos del comunismo. Esos cubanos han acogido al comunismo como una fuerza de redención susceptible de liberarles de la miseria y de la indigencia en las que Cuba está sumergida".<sup>4</sup>

Ésta es la conclusión a la que llegó la comisión de encuesta de 12 personas, enviada por la Foreign Policy Association de los Estados Unidos, la cual ciertamente no puede creerse que mostrara sus simpatías hacia la extrema izquierda. Podría sumarse a ese éxito la rápida implantación de los comunistas en los medios obreros; éstos controlaban ya la Confederación nacional de obreros de Cuba y la Federación obrera de La Habana, y estaban a punto de constituir un gran sindicato de los obreros de las centrales azucareras lo cual, teniendo en cuenta la dispersión de esas industrias situadas en las afueras de los centros urbanos, era un auténtico éxito.

Además, a partir de 1925, año de la fundación del P.C., Cuba tenía un nuevo presidente, elegido bajo la etiqueta liberal, el general Gerardo Machado. Éste había anunciado inmediata-

<sup>4</sup> Véase: Foreign Policy Association, *Problemas de la Nueva Cuba* (La Habana: Cultural S.A., 19352), p. 219.

Destaquemos que entre sus doce autores se encontraba L. H. Jenk, conocido por su obra *Our Cuban Colony*, un clásico que acaba de ser reeditado en La Habana por la Edición revolucionaria.

mente que bajo su mandato ninguna huelga duraría más de un cuarto de hora. Dos años más tarde Machado decidió prolongar su mandato por otros siete años y, a tal efecto, modificó la Constitución. Su iniciativa provocó una oleada de protestas (y, en primer lugar, en la universidad de La Habana) y arrojó en los brazos de la oposición a todos los que hasta ese momento alimentaban aún alguna ilusión con respecto a "la legalidad republicana". Cuba entraba, por tanto, en un período de dictadura y de lucha antidictatorial que convenía perfectamente a los comunistas.

Sin embargo el impulso inicial del P.C. no pudo esconder por mucho tiempo su tara congénita: como partido obrero se proponía transponer en la situación neocolonial de Cuba, país subdesarrollado, el esquema de la revolución tal como éste había sido concebido en los países capitalistas de Europa. El hecho de que en Cuba "la crisis de todo un pueblo" era el resultado de una subordinación a los intereses norteamericanos le preocupaba menos que las contradicciones, que por otra parte eran flagantes, entre el capital y el trabajo. Por ello no podía comprender el auténtico papel que podían desempeñar las fuerzas antimachadistas y antinorteamericanas que no se mostraban partidarias ni del leninismo ni siquiera del socialismo. El P.C. no se interesaba, de hecho, más que por un frente de lucha, el del trabajo. Pero éste, en las particulares condiciones cubanas, no era el frente más importante. El dominio norteamericano sobre la isla falseaba la evolución de una sociedad capitalista "normal". Las tensiones provocadas por este dominio prevalecían sobre las contradicciones que podían surgir de las cristalizaciones sociales típicas de los países menos dependientes. Tal dominio engendraba ese "espíritu de rebelión endémico" que caracteriza la vida política cubana. Al no haberlo comprendido los comunistas no pudieron controlar, y ni siquiera utilizar, esas "otras fuerzas" que calificaban globalmente de "pequeña burguesía anarquizante".

Esa ceguera frente a la realidad – de hecho, ese dogmatismo – marcó al partido comunista desde el principio. Actualmente se dice en Cuba – y tal vez se ha dicho siempre – que Julio Antonio Mella, un brillante y joven intelectual, fue el fundador y el primer secretario del P.C. En realidad Mella fue comunista durante toda su corta vida, pero no fundó el partido ni lo dirigió nunca. Conforme a la tradición europea los secretarios del P.C. en el momento de su fundación eran obreros.<sup>5</sup> Julio Antonio Mella no era más que un estudiante, fundador de la F.E.U. (Federación Estudiantil Universitaria) en 1923, y posteriormente de la universidad popular José Martí en 1924. También se distinguió como organizador de los obreros del tabaco en La Habana y fue por tanto el primer adalid de la unidad "estudiantes-obreros". Su papel se asemeja mucho – teniendo en cuenta, no obstante, los distintos contextos – al de un Rudi Dutschke. Fue un líder contestatario en la universidad, primero, y, posteriormente, en la sociedad. Supo teorizar la agitación y la acción directa, individual y colectiva. El comunismo fue para él, en esa época, el normal desenlace de su espíritu libertario, ferozmente antiimperialista y totalmente consagrado a la causa de la justicia social. Pero aplicó ese capital teórico con el impulso de un intelectual profundamente enraizado en el clima moral de su país y en su tradición.

Su apasionado temperamento impresionaba el espíritu de los jóvenes y entró a formar parte de su leyenda. Aún hoy en día se habla de sus extraordinarias hazañas. Cuando el gobierno cubano prohibió al barco soviético Vorovski atracar en el puerto de La Habana, Mella se lanzó al agua y, despreciando a los tiburones, nadó mar adentro para llevar a los marinos de la patria del socialismo un mensaje de solidaridad. Acusado de haber colocado una bomba en el

---

<sup>5</sup> El primer líder del P.C. de Cuba fue José Miguel Pérez. Pero, por ser de origen extranjero, fue deportado a las Canarias por Machado. Su sucesor, José Pina Vilaboa, dirigió el partido hasta 1927, al enfermar fue sustituido por Joaquín Valdés. Todos ellos eran obreros. Durante el crucial período de 1933 el secretario del P.C. era el abogado Jorge Vivó que, cuatro años más tarde, fue expulsado del partido. A partir de 1934 la situación en la cumbre se estabilizó y Blas Roca se convirtió, prácticamente, en el líder, hasta la "integración" en 1961.

teatro Payret, y detenido, Julio Antonio Mella se negó a someterse al procedimiento judicial de Machado, "ese Mussolini tropical", según su definición. E inició una huelga de hambre que duró 19 días. Las protestas en contra de su detención obligaron a Machado a ponerle en libertad; pero lo expulsó virtualmente del país y más tarde, en 1929, le hizo asesinar en México. Mella tenía entonces sólo 26 años de edad.

El martirio convirtió a Mella en el símbolo de su partido; pero únicamente el martirio, puesto que la naturaleza de su militancia no correspondía excesivamente a la disciplina del P.C. y no siempre era muy apreciada por sus camaradas. El partido se había mostrado disconforme con su huelga del hambre alegando que sólo los intelectuales, que comen cuanto quieren, apreciarían semejante acción individualista. Los obreros la juzgarían más bien como algo desmedido e inútil. Mella no se sometió a la exhortación de sus superiores y tuvo dificultades después de su puesta en libertad. Incluso se ha dicho que fue expulsado del partido. El comunista italiano Vittorio Vidali (Carlos) que entonces representaba a la Internacional entre los jóvenes comunistas cubanos, desmintió esa noticia. Pero confirmó que el caso Mella fue discutido durante mucho tiempo y que, posteriormente, en México, el joven exiliado había tenido graves discusiones con los comunistas mexicanos, haciéndose incluso necesaria su intervención mediadora.

El problema planteado por el caso Mella no se limita únicamente a una simple cuestión de disciplina. El caso ponía también de manifiesto la dificultad que tenían las organizaciones del partido comunista para asimilar a ese tipo de jóvenes revolucionarios, tan profundamente relacionados con su época. Otro célebre intelectual, el poeta Rubén Martínez Villena, corrió una suerte muy parecida. Él también ha pasado a formar parte de la leyenda como una de las grandes figuras del partido pero, aún cuando en vida tuvo más responsabilidades y menos problemas que Julio Antonio, no llegó nunca a ser secretario general.

Al igual que Mella, Martínez Villena se hizo célebre por sus acciones contestatarias realizadas antes de afiliarse al P.C. Ya en 1923, y al frente de 13 jóvenes, desafió al presidente Alfredo Zayas en plena sesión solemne de la Academia de Ciencias. Participó en el complot de la "Asociación de veteranos y patriotas" y se ofreció como voluntario para pilotar el avión que debía bombardear los objetivos militares de La Habana; pero el proyecto fracasó. Dirigió el grupo de intelectuales de vanguardia minorista y participó en todos los debates posibles e imaginables. Su desbordante actividad, tanto intelectual como política, estaba por encima de sus fuerzas de enfermo de tuberculosis y, a pesar de la valiente lucha que mantenía contra esa terrible enfermedad, sucumbió a ella en 1934.

La acción de estos dos pioneros del comunismo cubano demuestra que el partido disponía, al principio, de una pléyade de jóvenes talentos que hubieran podido servir de mediadores entre él y la "intelligentsia rebelde" que, como veremos, representó un papel esencial en la política cubana de los siguientes años. Hombres como Mella y Martínez Villena habían salido justamente de ese medio; estaban profundamente enraizados en esa realidad cubana particular, le debían su formación intelectual, su lenguaje antiimperialista y libertario de inspiración "josé-martiana"; ellos les inspiraban ese individualismo y esa afición por el gesto heroico, todo un estilo de vida que encontraremos de nuevo mucho más tarde – pero no por casualidad – entre los jóvenes castristas. Para Mella y Martínez Villena la adhesión al comunismo no era una ruptura sino una continuación y una profundización de su experiencia vivida. Permanecían, no obstante, estrechamente relacionados con sus compañeros de lucha universitaria que no habían seguido su ejemplo y continuaban la lucha al margen del partido comunista. Ningún tabique separaba aún a ambas fuerzas – podría decirse casi a esos dos mundos – opuestas al orden establecido.



Ese tabique surgió, no obstante, en el momento decisivo de la batalla antimachadista y esa adversidad marcó para siempre, a partir de ese momento, las relaciones en el seno de la izquierda cubana hasta la revolución castrista. El P.C., que se convirtió en la principal víctima, tuvo también la mayor parte de responsabilidad, tal como veremos al examinar atentamente los dramáticos acontecimientos que se precipitan a partir de 1930.

Para un país como Cuba, que dependía de los Estados Unidos, la gran crisis norteamericana de 1929 fue una catástrofe de enormes proporciones. Las exportaciones azucareras, que ya eran difíciles de estabilizar desde 1926, experimentaron un vertiginoso descenso. En 1929 aún dieron 200 millones de dólares, pero en 1930 sólo 129, 78 en 1931 y 42 en 1932.<sup>6</sup> Es la ruina. Empieza a reinar el hambre en los campos; en las ciudades impera el desempleo y la desesperación. Los banqueros norteamericanos que apoyaban a Machado – primordialmente el Chase National Bank – no sólo no pueden ayudarlo, sino que además exigen el reembolso de las deudas.

La lucha contra el dictador adquiere inmediatamente una mayor amplitud. Incluso la derecha se pasa a la oposición. Pero las dos fechas que jalonan de forma decisiva ese año del inicio de la rebelión señalan una acción de la izquierda. El 19 de marzo de 1930 una huelga general paraliza al país y asesta un terrible golpe al prestigio de Machado. El 30 de setiembre de 1930 los estudiantes salen a la calle para responder a la llamada indirecta de Enrique José Varona,<sup>7</sup> decano de los intelectuales del país. La policía les impide el acceso a la calle en la que vive el célebre filósofo, y uno de los dirigentes del movimiento, Rafael Trejo, cae bajo los disparos. El dictador decide cerrar la universidad y, al hacerlo, refuerza la solidad de los estudiantes rebeldes con un cuerpo de maestros reducido a la miseria. De hecho se inicia una guerra civil larvada.

¿Quiénes son sus protagonistas? El dictador se apoya evidentemente en el ejército, pero también en un cuerpo de "expertos" (policía especializada en la represión) y en la Liga patriótica: los porros. Sus adversarios marchan en orden disperso pero pertenecen a todos los sectores de la opinión; van desde los comunistas hasta la derecha conservadora agrupada alrededor del coronel Mendieta. Sin embargo, dos fuerzas se distinguen particularmente, el Directorio Estudiantil Universitario y, en menor grado, el partido A.B.C.

El Directorio universitario es, como indica su nombre, una organización de estudiantes, pero tiene ramificaciones muy amplias. Cuenta con el apoyo de todo un sector de la juventud y con los buenos consejos de "conspiradores profesionales", como José Rafael García Baena, director de la revista *Mundo Social*. El Directorio no tiene líder. Está dirigido por 40 ó 50 personas que representan a las distintas facultades y grandes escuelas. Cada miembro en la cumbre tiene un suplente para sustituirle inmediatamente en caso de detención. En la lista de los que, en uno u otro momento, participaron en esa dirección colectiva, se encuentran casi todos los grandes nombres del mundo político cubano, desde "Eddy" Chibas (fundador en 1947 del partido *ortodoxo* en el que Fidel inició su carrera política) a Raúl Roa, actual ministro de Asuntos Exteriores de la revolución cubana. Debe decirse, asimismo, que en esa

---

<sup>6</sup> Véase *Historia de Cuba*, op. cit.

<sup>7</sup> Enrique José Varona, filósofo, sociólogo, "independentista" y amigo de José Martí, que posteriormente fue presidente del partido conservador y vicepresidente de la República (en 1912), tenía 81 años en 1930. Implacable oponente del régimen machadista, se sorprendió en una entrevista concedida el 25 de setiembre de 1930, de la pasividad de la juventud cubana. Para responder a esa inquietud la F.E.U. decidió organizar una gran manifestación antimachadista e ir en cortejo hasta la casa del filósofo. Añadamos que Enrique José Varona había radicalizado mucho su posición al final de su vida y, a pesar de que decía que era demasiado viejo para revisar sus conceptos filosóficos, afirmaba su simpatía hacia la Unión Soviética y, principalmente, hacia la lucha antiimperialista.

lista también se hallan los nombres del futuro presidente "corrompido" Prío Socarrás y de un buen número de personas que posteriormente se convirtieron en auténticos "derechistas".

El periódico clandestino del Directorio, *Alma Mater*, no habla de la emancipación del proletariado contra el capital, ni de la lucha antiimperialista mundial; sus coordenadas políticas son más simples: apoya la justicia contra el abuso, el honor contra la corrupción; pregona la lucha contra la miseria como lucha por la dignidad del hombre. Sus denuncias de los crímenes machadistas son eficaces pero, para los estudiantes más "doctrinarios", eso no basta. Un grupo neo-marxista, dirigido por Aureliano Sánchez Arango,<sup>8</sup> forma "el ala izquierda estudiantil" y publica su propio periódico, *Linea*, en el cual se distinguen particularmente Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa. Ese periódico eligió una divisa extraída de un célebre poema de Maiakovski: "¡Basta de palabras, la palabra es vuestra, camaradas Mauser!"<sup>9</sup>

Pero el Directorio no hace sólo propaganda. Posee también una sección de armamento, que fabrica bombas y cohetes, y una sección de "acción directa", que los distribuye en el momento oportuno. El presidente del senado machadista, el fundador de los porros, el jefe de la policía de "expertos", y algunos otros, van cayendo bajo los golpes de los jóvenes justicieros. El propio dictador escapa por muy poco de varios atentados. El Directorio nunca elogió al terrorismo como tal; únicamente lo utilizó en caso necesario. Ninguno de sus miembros alardeará, después de la caída de Machado, de haber participado en esos atentados.<sup>10</sup>

Uno de los cofundadores del Directorio, Antonio Guiteras Holmes, competía muy seriamente con sus antiguos camaradas en el terreno de la acción directa. Antonio Guiteras es seguramente uno de los hombres más difíciles de clasificar políticamente si se siguen nuestros tradicionales criterios. Al no tener medios para poder finalizar sus estudios, abandonó la universidad en 1929, y se convirtió en representante de productos farmacéuticos. Debido a este trabajo recorrió la isla de un extremo a otro y reclutó a los jóvenes audaces que estimaban, al igual que él, que debía hacerse algo para salvar el país. Pero Guiteras no creó, al menos en ese momento,<sup>11</sup> un partido ni se adhirió a ninguna doctrina en concreto. Sus escritos, muy escasos, demuestran que no era anarquista, y que se situaba más bien bastante cerca de los comunistas. Guiteras encarna primordialmente la impaciencia revolucionaria y la necesidad de actuar de su generación. Ese conductor de hombres era, tal como demostraron posteriormente los acontecimientos, un inteligente hombre de Estado. Pero, por el momento, era principalmente un gran conspirador, una especie de precursor en el arte de la guerrilla; ya, el 29 de abril de 1933, tomó por asalto el cuartel de San Luis, en Oriente.

En lo que respecta al A.B.C. – ese movimiento que se puso de manifiesto al participar en varios complots y tentativas (fallidas) de desembarco – debemos decir que era un partido muy curioso. En sus filas contaba con Jorge Manach, un gran nombre de la literatura cubana, biógrafo de José Martí, pero su programa de 41 puntos, publicado en 1931, revela una sospechosa tendencia hacia las soluciones corporatistas, directamente entresacadas del arsenal de Mussolini. Su demagogia es sólo comparable con su confusión; lleva a cabo el proceso de la generación de la gran guerra patriótica y reivindica más lugar para los jóvenes, pero no

<sup>8</sup> Contrariamente a Raúl Roca y Pablo de la Torriente Brau, Aureliano Sánchez Arango fue miembro del P.C. hasta esa época. Posteriormente abandonó el partido y se convirtió en ministro de Educación de la administración Prío (1948). Durante la lucha antibatista dirigió un movimiento de resistencia de derecha, la "Triple A". Anticasta, actualmente reside en los Estados Unidos.

<sup>9</sup> El poema se titula en ruso *Levyi marche*.

<sup>10</sup> Salvador Villaseca, antiguo dirigente del Directorio, actualmente embajador de Cuba en Roma, ha aportado esta significativa precisión durante su conferencia sobre la revolución de 1933 que dio, el 17 de mayo de 1966, en la universidad de La Habana.

<sup>11</sup> No creó el movimiento Joven Cuba hasta después del fracaso de la revolución de 1933.

rechaza establecer contacto con los antiguos forajidos de la política cubana. En sus filas cuenta simultáneamente con una ala propagandista que predica "la decencia de las costumbres" y otra ala, llamada "radical", que predica, por el contrario, la violencia.

A pesar de esta multiplicidad de oposiciones, el dictador no puede dividir para reinar. Machado "es un asno con garras", decía Rubén Martínez Villenas, y los acontecimientos confirmaron su veredicto. Machado aplicó un contraterrorismo primario y golpeó ciegamente tanto a los huelguistas como a los descendientes de las "grandes familias patrióticas". Las garantías constitucionales fueron suspendidas; las fábricas casi no trabajaban; la tesorería estaba total y absolutamente endeudada y la universidad llevaba tres años cerrada.

El nuevo presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt envió a La Habana a uno de sus mejores diplomáticos, Sumner Welles, para que inaugurara la política de "buena vecindad" con América latina ayudando a la perla de las Caribes a encontrar de nuevo su paz interna. El mediador propuso a Machado lo siguiente: si aceptaba retirarse al final de su mandato, en 1934, él le ayudaría hasta ese momento a calmar a sus oponentes. Welles se puso en contacto con estos últimos para que la transición pacífica hacia un régimen democrático se hiciera de común acuerdo. Pero su labor era sumamente ingrata; los miembros de la oposición de mayor peso – desde el Directorio al muy conservador general Menocal – se negaron a entrevistarse con él; los que se prestaron a su mediación no representaban ningún papel determinante en la crisis; mientras el dictador intentaba más ganar tiempo que encontrar una salida honrosa al asunto. Además, por su presencia en La Habana, Welles promovía la acción de los revolucionarios en vez de frenarla; puesto que ¿qué es un dictador sometido a la mediación y a la presión de los Estados Unidos?, lógicamente un hombre que debe ser eliminado. En vez de resolver la crisis el embajador la condujo a su desenlace. Éste se produjo casi espontáneamente tres meses después de su llegada a La Habana.

El 2 de agosto de 1933 un depósito de autobuses se declaró en huelga en la capital; dos días más tarde todos los transportes de La Habana estaban paralizados. El 6 de agosto la huelga se extendió a todo el país. El 7, después de haber circulado el rumor de que el dictador había dimitido, la alborozada población salió a la calle y se dirigió hacia el Capitolio, sede del gobierno. Allí fue acogida por la policía, que disparó sobre ella provocando decenas de muertos y centenares de heridos.

El dictador no abandonó la partida y no dudó en recurrir a la extrema represión para defenderse. Sin embargo al día siguiente se produce la gran sorpresa: Machado tiende una rama de olivo a los que había perseguido desde hacía ocho años como "más funestos enemigos de la patria", a los comunistas del Comité central de huelga. Al día siguiente, nueva sorpresa: el Comité acepta negociar y sólo pide que se satisfagan totalmente las reivindicaciones de los obreros de los transportes. El dictador, acorralado, acepta. Después de veinticuatro horas de reflexión y de "consultas con la base", César Vilar firma, en nombre del Comité central de huelga y de la Confederación obrera de Cuba, la orden de reanudación del trabajo para el mediodía del 11 de agosto.

Pero el trabajo no se reanuda; al llegar el mediodía ni un solo camión ni tranvía sale del depósito; la huelga prosigue en todas partes. El dictador apela, *in extremis*, al ejército, pero los oficiales le niegan su apoyo. No hay otra elección, Machado emprende el camino hacia el exilio y deja al ministro de Defensa su sillón presidencial. Este último, de acuerdo con Sumner Welles, confía la presidencia de la República a un candidato más aceptable, Carlos Manuel de Céspedes, hijo del gran de Céspedes, iniciador de la guerra de independencia. El pueblo sale de nuevo a la calle y esta vez no hay en ella policías que disparen; es el pueblo

quien dispara sobre los "expertos" y persigue sin tregua a los "porristas" y a otros cómplices del machadismo.<sup>12</sup> Es la revolución.

Al margen de los recuerdos que provoca su nombre, De Céspedes no dispone de ningún medio para dominar la situación. Por ello no hace nada, no dice nada y ni siquiera promete nada. "No es un tirano, es un inútil", proclama el Directorio Estudiantil. Éste exige su partida, denuncia su sumisión a los Estados Unidos y pide, entre otras cosas, que sean juzgados todos los funcionarios comprometidos y que sean destituidos todos los alcaldes, gobernadores y jueces nombrados por Machado. Sumner Welles informa a Washington que "Cuba corre el riesgo de hundirse en un caos total y absoluto".

El 4 de setiembre los suboficiales conducidos por el sargento Fulgencio Batista se rebelan. Sus reivindicaciones son puramente corporativas – reclaman un aumento de los sueldos y protestan contra la reducción del personal militar –, pero su disidencia asesta el golpe de gracia al régimen de De Céspedes. Los estudiantes del Directorio se dirigen a la fortaleza de Columbia, proclaman, junto con los sargentos, el "Reagrupamiento revolucionario de Cuba"<sup>13</sup> y confían el poder a una pentarquía presidida por el profesor de fisiología de la universidad de La Habana, Ramón Grau San Martín.<sup>14</sup> Cinco días más tarde la junta decide ampliar su base y transformarse en un auténtico gobierno. Los estudiantes acuden de nuevo; todos los dirigentes del Directorio participan en las deliberaciones; los nombres de los candidatos a los distintos ministerios son sometidos a votación. El que obtiene mayor número de sufragios es Antonio Guiteras Holmes. Y, por tanto, se instala en la Secretaría de la Gobernación, ministerio de Estado encargado de todos los asuntos internos, y se convierte de ese modo en el n.º 2 del gobierno. Asimismo se le ofrece un cargo ministerial a Fulgencio Batista, pero éste responde modestamente "que será más útil a la revolución si se convierte en el jefe del ejército". Ya sabe perfectamente por donde va.

Sumner Welles, totalmente sorprendido por todo esto, acusa a los comunistas de haber tramado ese "amotinamiento" y anuncia que los Estados Unidos no reconocerán bajo ningún pretexto al gobierno Grau-Guiteras. Evidentemente Welles está mal informado; los comunistas no tienen nada que ver en ese desarrollo de la situación y sus relaciones con las

<sup>12</sup> De hecho, durante varios días se produjeron, no sólo en La Habana, linchamientos y ataques contra los policías y los políticos comprometidos. "El espíritu de venganza y el anhelo de sanción se manifestaron en saqueo, incendios y destrucciones", escribió Ramiro Guerra, en su muy oficial *Historia de la nación cubana*, vol. VIII, p. 80. Fidel quiso evitar, a cualquier precio, que ese espíritu se manifestara de nuevo después de su victoria y, por ese motivo, instauró inmediatamente un procedimiento judicial, expeditivo, pero que impedía los juicios callejeros y ofrecía más garantías a los sospechosos. Mientras la prensa norteamericana le reprochó desde el primer momento la condena de los antiguos batistianos, Fidel insiste en el hecho de que, en 1959, nadie fue víctima de una violencia comparable con la que se desencadenó en la isla en 1933. Sin embargo, la lucha contra Batista no fue menos dura que la que se desarrolló contra Machado y la represión batistiana provocó más víctimas (teniendo en cuenta el perfeccionamiento de los métodos policiales) que la de Machado.

<sup>13</sup> De hecho esta *Agrupación revolucionaria* no era más que un organismo *ad hoc*, que daba más respetabilidad al Directorio, única fuerza que se encontraba realmente detrás del nuevo gobierno. Es significativo que el manifiesto que informaba a los cubanos, el 5 de setiembre de 1933, del nacimiento del régimen revolucionario estuviera firmado por todos los miembros del Directorio. También es interesante observar que de un total de 33 firmas, 15 de ellas se encuentran actualmente en el exilio, 7 fallecieron en las sucesivas luchas o de muerte natural, 10 se encuentran en Cuba, la mayoría integrados a la revolución, y uno se halla en una cárcel cubana.

<sup>14</sup> El profesor Ramón Grau San Martín (1887-1969) debía su popularidad entre los estudiantes a sus valientes tomas de posición en 1927 y 1930, con motivo de los dos enfrentamientos entre el dictador y el movimiento estudiantil. El profesor Grau pasaba por ser uno de los catedráticos más comprometidos en la lucha antimachadista, aun cuando su acción se limitara, a primera vista, a firmar peticiones en favor de los estudiantes y protestas contra la dictadura. Por no tener escritos publicados resulta difícil saber si el profesor Grau tenía en esa época – como pretenden algunos – ideas muy radicales y antiimperialistas. Señalemos, finalmente, que después de la revolución de 1959 el profesor Grau se negó a exilarse o a colaborar con el régimen castrista. Sus últimos años de vida transcurrieron en su retiro de Miramar. Falleció en 1969.

restantes fuerzas revolucionarias son peores que en ningún otro momento. La negociación de última hora entre el Comité de huelga y Machado ha dado los argumentos decisivos a los miembros del Directorio que se mostraban opuestos a la colaboración con los comunistas y ha defraudado a los elementos de izquierda que hubieran podido mostrarse favorables a un frente común. El Comité central del P.C. se reunió en sesión plenaria el 26 de agosto en La Habana, para extraer las consecuencias del "enojoso incidente" de la negociación y para establecer su táctica frente a la nueva situación. En su opinión el Comité de huelga era culpable de haber subestimado la combatividad de las masas y de haber creído que éstas se conformarían con la satisfacción de sus reivindicaciones materiales. Pero el partido comunista no debe dejarse arrastrar por las masas: sus consignas deben inspirar, por el contrario, acciones más osadas que las que el pueblo puede inventar espontáneamente. El partido invitó por tanto al proletariado cubano a formar soviets "para que éstos se conviertan en los órganos del poder popular en cada localidad y sirvan de palanca para la toma del poder en la cumbre".<sup>15</sup> El partido no consultó, evidentemente, a ninguna otra fuerza política y no solicitó el apoyo de nadie para asegurarse el éxito de su táctica. El partido creyó que la oleada popular obligaría a los demás a alinearse, a aceptar de hecho sus opciones y su dirección. El advenimiento, inesperado, de un gobierno claramente más a la izquierda que el de De Céspedes, que no fue reconocido por los Estados Unidos, pareció confirmar a primera vista su análisis. En su opinión, Grau no era más que un Kerenski y era preciso apremiar más que nunca la formación de los soviets, que eran los únicos capaces de reflejar la auténtica voluntad popular. Por tanto no debía apoyar en absoluto al nuevo gobierno y éste denunció de entrada la "diversión comunista".

La revolución evolucionó rápidamente en dos planos, por así decirlo, paralelos: el del gobierno Grau-Guiteras y el de los "soviets". El primero promulga decretos que, para Cuba, son, en esos momentos, muy revolucionarios: jornada de trabajo de 8 horas; salario mínimo diario para los cortadores de caña; limitación del derecho de entrada de trabajadores eventuales extranjeros; reconocimiento de los derechos sindicales; reducción de un 45 % de las tarifas de electricidad seguida de una intervención – preludio de la nacionalización – en la compañía de electricidad que pertenece a los norteamericanos; anulación pura y simple de la deuda contraída por Machado con el Chase National Bank; limitación del derecho de adquisición de tierras por parte de los no cubanos; incautación de las tierras de los colaboradores machadistas; finalmente, promesa de una reforma agraria y decisión de convocar rápidamente una Asamblea constituyente encargada de abolir la enmienda Platt y de elaborar una nueva Constitución "social".

Los comunistas, por su parte, lograron crear algunos soviets aun cuando su propia base no les siguiera. En Oriente, en la provincia de Camagüey y de Las Villas, obtuvieron sin embargo algunos éxitos. El soviet de Mabey se convirtió en una especie de microcosmos de Estado proletario, puesto que aseguraba la gestión azucarera, se encargaba de la administración de las tierras adyacentes, organizaba la distribución y formó incluso su milicia obrera. También son conocidos otros soviets, en Jaronu, Santa Lucía, pero la lista no es completa.<sup>16</sup>

Las dos "revoluciones" progresaban, por tanto, ignorándose en principio entre sí. Pero el choque entre ellas era inevitable y ningún diálogo, aun cuando fuera crítico, podía amortiguarlo. El gobierno no podía tolerar los islotes de disidencia comunista, principalmente en vísperas de la zafra. El ejército, comandado por Batista, atacó los soviets con dureza, pero no por ello dejó de reprimir también las protestas de los oficiales conservadores en el Hotel

<sup>15</sup> Véase *Historia de Cuba*, op. cit., p. 634.

<sup>16</sup> Carlos Rafael Rodríguez me ha hablado – no sin ironía – de los soviets que se formaron en su ciudad natal, Cienfuegos, y que, en su opinión, no habían tenido importancia política.

Nacional con la máxima dureza, literalmente bajo las propias narices de Sumner Welles.<sup>17</sup> El 6 de octubre de 1933 el gobierno promulgó el decreto histórico 2059 que acordaba la total autonomía a la Universidad y aprovechó esta circunstancia para lanzar un llamamiento a la calma y la disciplina. Ese llamamiento fue escuchado por el Directorio que proclamó que "desde hace dos meses el país, por fin, es libre",<sup>18</sup> y pidió a su vez que se confiara en el gobierno y que se esperara la futura Asamblea constituyente. Pero el P.C. permaneció sordo a todos estos llamamientos. La caída de las centrales azucareras, que iban sucumbiendo una tras otra a los golpes asestados por el ejército, no impidió que reiterara solemnemente, el 10 de noviembre, la célebre consigna: "Todo el poder para los soviets".

Hostigado por la izquierda, saboteado por la derecha, amenazado por los Estados Unidos que concentran su flota alrededor de la isla, el gobierno Grau-Guiteras se ve obligado a dimitir el 15 de enero de 1934. El jefe del ejército, Batista, ha sido virtualmente quien lo ha derrotado, de acuerdo con los norteamericanos. Aun cuando todavía no pretende ningún puesto en el gobierno, Batista se ha convertido en el hombre fuerte del nuevo régimen. Durante los diez años que vendrán a continuación Batista dirigirá de hecho el país.<sup>19</sup>

De todos modos el gobierno Grau-Guiteras no hubiera podido mantenerse durante mucho tiempo, teniendo en cuenta la dependencia económica de Cuba con respecto a los Estados Unidos y a la imposibilidad de encontrar un contrapeso a esta dependencia en el tablero político mundial de esa época. El gobierno Grau-Guiteras fue el primero y único gobierno del continente que denunció públicamente, en Montevideo, en diciembre de 1933, frente a una asamblea de todos los Estados latinoamericanos, el intervencionismo y el poder norteamericano. Y exigió en esta ocasión la abolición de la enmienda Platt. Aun cuando la mayoría de sus medidas socialistas fueron rápidamente abolidas por el nuevo régimen batistiano, el gobierno Grau-Guiteras marcó un hito en la historia cubana y se creó una leyenda duradera en el país.

Pero Ramón Grau San Martín demostró posteriormente, en el poder, que era un falso profeta, "un mesías de desintegración".<sup>20</sup> Muchos de sus íntimos colaboradores, revolucionarios en 1933, se instalaron, al igual que él, en el seno de una sociedad que habían prometido solemnemente transformar. Ello no impidió que, durante un largo período, la opinión radical cubana depositara sus esperanzas en Grau y en su partido (Partido revolucionario cubano Auténtico) y creyera que iban a continuar la obra del efímero gobierno de setiembre de 1933. La decepción que se produjo tuvo un efecto desmoralizador y contribuyó a la degeneración de las costumbres políticas. Tal como veremos esa decepción tuvo gran influencia en el clima moral en el que se estaba formando la nueva generación de rebeldes, la generación de Fidel Castro.

Antonio Guiteras Holmes entró en la historia y en la leyenda con la reputación de ser un hombre puro. Prosiguió valientemente la lucha contra el nuevo régimen conservador, creó el

<sup>17</sup> Unos oficiales descontentos se instalaron en el Hotel Nacional, debido precisamente a que Summer Wells residía en el mismo y, el 2 de octubre, intentaron una manifestación armada que parecía tener pocas posibilidades de éxito. En efecto, terminó con una matanza. En su defensa *La historia me absolverá*, Fidel reprochó a Batista el hecho de que "varios oficiales hayan sido asesinados después de rendirse al finalizar el combate del Hotel Nacional". Lo mismo sucedió con motivo de otro sublevamiento de derechas, el 6 de noviembre de 1933, en el fuerte de Atares donde – dice Fidel – "las ametralladoras de los asaltantes segaron toda una fila de prisioneros" (cf. *La historia me absolverá*).

<sup>18</sup> El Directorio parafraseaba de este modo el título de un célebre libro de Mella, *Cuba, el país que nunca ha sido libre*.

<sup>19</sup> Fulgencio Batista se hizo "elegir" presidente de la República sólo en 1940, pero durante los seis años anteriores los tres presidentes – Carlos Mendieta, Miguel Mariano Gómez y Federico Laredo Bru – eran sus títeres. Su importancia en la vida política cubana era tan insignificante que todo el mundo considera el período 1934-1944 como el de Fulgencio Batista, sin dar importancia a los tres presidentes mencionados.

<sup>20</sup> Según expresión de Raúl Roa, en una entrevista concedida a la revista Cuba, n.º 78.

movimiento Joven Cuba y radicalizó aún más sus opiniones antiimperialistas. Resultó muerto en un encuentro armado con los hombres de Batista, el 8 de mayo de 1935, cuando se disponía a abandonar Cuba para preparar en el extranjero un desembarco libertador. Sus partidarios permanecieron fieles a los métodos de acción directa, pero en las nuevas condiciones de "reflujo de la oleada", y en ausencia de un líder de gran envergadura, no podían tener ninguna eficacia.

En cuanto al partido comunista, éste se hallaba definitivamente alejado de toda esa generación de "revolucionarios disponibles" que nunca le perdonaron sus "errores". Se le condenaba, principalmente, por su oportunismo y por sus pactos con Machado; se demostraba que no era "sinceramente revolucionario" ni "auténticamente cubano". Incluso en 1959 sus adversarios de derecha, como Andrés Valdespino, resucitaron ese asunto para reclamar la abolición de la revolución. Otros criticaron primordialmente su actitud respecto al gobierno Grau-Guiteras, aun cuando ellos mismos no pudieran estar orgullosos de la represión contra los soviets que había llevado a cabo Batista con la autorización de ese gobierno.<sup>21</sup> Pero los remordimientos de conciencia no disminuyen nunca la aspereza de la discusión.

El partido comunista cambió de dirigentes en 1934 e hizo su autocrítica. El nuevo equipo, dirigido por Blas Roca, reconoció que el P.C. había tenido una desviación "izquierdista" y que la consigna de los "soviets" había sido errónea. Pero los análisis de Blas Roca no llegaban hasta el fondo de las cosas; esos análisis no explicaban por qué el partido había cambiado de táctica en el curso de ese dramático mes de agosto de 1933 y, pasando de uno a otro extremo, había aceptado, primero, la negociación con Machado para rechazar, a continuación, todo tipo de acuerdo con el gobierno Grau-Guiteras.<sup>22</sup> ¿Por qué había oscilado de una reivindicación puramente económica a un programa insurreccional?

Para responder a estas cuestiones habría sido preciso confesar que el partido había subestimado, primeramente, el grado de descomposición del régimen machadista y, a continuación, cuando había fracasado la consigna de la reanudación del trabajo, había llegado a la conclusión, cometiendo un grave error de apreciación, de que los trabajadores controlaban la situación y podían impedir cualquier reconstitución del poder burgués. Lo que los comunistas no captaron fue que Machado no sólo tenía en contra suya a los huelguistas y a la

<sup>21</sup> Uno de los episodios más sombríos de la efímera época del gobierno Grau San Martín tuvo lugar el 29 de setiembre de 1933. Ese día se efectuaba en La Habana el entierro de Julio Antonio Mella, cuyas cenizas se habían traído de México con la autorización personal de Antonio Guiteras. Mientras una gran cantidad de personas acompañaba los restos del mártir del machadismo, un destacamento del ejército abrió el fuego, causando varias decenas de heridos. En la *Historia de Cuba*, publicada por la F.A.R. (op. cit., p. 602), se atribuye esta provocación a las personas que rodeaban a Batista, sino al propio Batista. Varios antiguos miembros del Directorio nos han dicho, sin embargo, que en esa época llevaron a cabo una escrupulosa investigación y no lograron establecer a quién se debía la responsabilidad de esta agresión anticomunista. En su opinión, se trataba de la acción incontrolada de un grupo de militares ultraconservadores. Ello no impide que al día siguiente de producirse el hecho muchos hombres de izquierda atacaron severamente al gobierno Grau-Guiteras, y, por ejemplo, Raúl Roa habló incluso de "la segunda muerte de Julio Antonio Mella". Cf. la recopilación de los escritos de Raúl Roa, *Retorno a la Alborada* (Universidad central de Las Villas, 1964).

<sup>22</sup> Para dar una muestra de la calidad de las explicaciones históricas del P.S.P. citemos el libro de Jacques Arnault, *Cuba et le marxisme* (Nouvelle Critique, agosto de 1962): "En el curso de esta época decisiva de lucha contra Machado se produjeron discusiones en el seno del P.C... Una tendencia defendió la idea de que era preciso considerar algo fundamental la economía. Lo esencial era obtener todo lo posible en el plano reivindicativo, incluso de Machado. Ésa fue la tendencia que prevaleció... Pero el movimiento era demasiado fuerte: las masas estaban en la calle, Machado se vio obligado a huir. Pero esto no dio fin a la discusión: el P.C. tuvo que enfrentarse constantemente con las tendencias economicistas en su seno. El partido comunista salió fortalecido de la lucha" (pp. 42-43).

Quien pueda, que lo entienda: ¿por qué salió fortalecido el partido de la discusión con Machado? ¿Qué es la tendencia economicista? Señalemos que Jacques Arnault se abstiene totalmente de hablar de los "soviets" de Cuba, como si ese aspecto de la lucha no le interesara.

clase obrera, sino también a un frente social mucho más amplio, en cuyo seno el proletariado habría podido hallar una salida, pero al margen del cual no tenía suficiente fuerza para conquistar el poder.

Pero, evidentemente, estas dificultades de apreciación de la auténtica situación estaban condicionadas por la teoría "clase contra clase" que la Internacional comunista predicaba desde 1928 y que mantuvo hasta su VII Congreso, celebrado en 1935. Fue entonces cuando el Komintern se dio cuenta de que el enemigo que debía combatirse, prioritariamente, era el fascismo y que, para lograrlo, era posible e incluso deseable aliarse con las fuerzas políticas y sociales reformistas. Mientras el movimiento comunista internacional no se diera cuenta de las diferencias existentes entre los diversos partidos no proletarios seguiría creyendo, naturalmente, que todos los gobiernos burgueses eran tal para cual. Esto equivalía a afirmar que los trabajadores no tenían otra alternativa, en caso de producirse una crisis social, que discutir sus reivindicaciones económicas – fuera quien fuera el interlocutor – o hacer la revolución y adueñarse del poder.

Esto es lo que hizo que los comunistas cubanos no comprendieran absolutamente nada frente a fuerzas como las que representaban el Directorio, o Guiteras, que no eran ni conservadoras ni auténticamente progresistas. Al no comprenderlas, los comunistas renunciaban a todo tipo de relaciones con ellas. Antes de la caída de Machado eran contrarios a la acción directa y calificaban a los grupos radicales de aventureros o anarquistas. Después de la caída de Machado, consideraban a estos mismos grupos como pequeñoburgueses y negaban que el gobierno Grau-Guiteras representara ningún avance. En ambas fases permanecieron aislados y minoritarios, incapaces de insertarse en la crisis y de influir en su evolución, aun cuando ésta les fuera favorable.

Éste es pues el decorado en el que debe situarse ese intrigante problema: ¿por qué, a partir de 1936, el P.C. empezó a acercarse a Batista, el hombre fuerte del nuevo régimen, que había ahogado en sangre la tentativa de huelga general de 1935 y que parecía, por definición, el enemigo n.º 1 de los comunistas y de toda la izquierda cubana?

## **2. Un curioso compañero para el frente antifascista**

"Habrà zafra o habrà sangre", había dicho el coronel Batista, en enero de 1934, en nombre del régimen de "concentración nacional". Y mantuvo su promesa; la resistencia obrera fue eliminada, durante los siguientes dieciocho meses, con una increíble brutalidad. esta es la descripción que dio Blas Roca, nuevo líder del P.C., en la VI sesión plenaria del Comité central, celebrada en otoño de 1935:<sup>23</sup>

"Batista, ese traidor nacional al servicio del imperialismo, ese fiel ejecutor de las órdenes de Caffery,<sup>24</sup> ha ahogado en fuego y sangre la huelga (general) de marzo, ha transformado la universidad en un cuartel, ha destruido los sindicatos obreros e incendiado sus locales, ha devastado la Federación médica de Cuba, ha llenado las cárceles con más de 3.000 hombres, mujeres o adolescentes que luchaban por la libertad y la democracia, ha desencadenado un terror bárbaro haciendo asesinar a sus adversarios por las calles, ha situado en la clandestinidad a todos los partidos anti-imperialistas, y ahora quiere aprovecharse de su victoria temporal para liquidar totalmente la revolución".

<sup>23</sup> En la fotocopia de ese discurso, que nos ha sido facilitada por la Biblioteca José Martí, la fecha concreta no está indicada. Pero, puesto que se refiere al VII Congreso de la Internacional comunista que se celebró en Moscú entre el 25 de julio y el 25 de agosto de 1935, podemos deducir que se pronunció durante el otoño, probablemente en octubre del mismo año.

<sup>24</sup> El embajador Caffery había sucedido a Sumner Welles, en diciembre de 1933, como representante de los Estados Unidos en Cuba.



Era preciso, a cualquier precio, que no tuviera éxito en sus propósitos. Para ponerle en jaque todos los antifascistas debían crear un frente común. Blas Roca no dejaba de reconocer que esta idea unitaria le había sido inspirada por las resoluciones del VII Congreso del Komintern. En efecto, en Moscú el camarada Dimitrov, "el gigante de Leipzig",<sup>25</sup> secretario general de la Internacional, "había asignado al movimiento comunista nuevas e importantes tareas". Dimitrov pidió a los partidos comunistas que hicieran todo lo posible para impedir el avance de la extrema derecha y que se uniesen en todas partes a las "fuerzas capaces de oponerse a la ascensión de las dictaduras fascistas".

Pero, seguía diciendo Blas Roca, en Cuba el fascismo era Batista y nadie más que Batista. Las polémicas contra ciertos dirigentes del A.B.C. "a los que antes hemos acusado de tendencias fascistas, se hacen estériles debido a que ese partido ha cambiado de líderes y porque sería absurdo y ridículo ver plasmado en él al peligro fascista en el momento en que Batista y sus 23.000 hombres armados siguen las huellas del machadismo y siembran el terror por el país". En estas condiciones los ataques contra el A.B.C. tenían que cesar y el P.C. debía considerar las posibilidades de aliarse con él formando un frente único.

Sin embargo el A.B.C. no era el único, ni siquiera el principal compañero para los comunistas.

"Ya en el mes de febrero entablamos conversaciones con Antonio Guiteras...<sup>26</sup> El 29 de abril de 1935 viajé a Miami para solicitar, en nombre de nuestro partido, una entrevista con el doctor Grau San Martín, pero desgraciadamente, no pude obtenerla. También querría recordar que, el 30 de junio, se reunieron, a instancias de nuestro partido, los delegados del Partido revolucionario de Cuba Auténtico, del Joven Cuba, del Partido agrario nacional y de la Confederación nacional de obreros y que, durante esa reunión, propusimos la formación de un bloque electoral común, con una única candidatura para la presidencia, la del doctor Grau San Martín. El 3 de julio nuestro Comité central envió una carta a este último para solicitar su participación en las elecciones y para informarle de que estábamos dispuestos a votar en su favor".

Blas Roca daba otros detalles sobre los contactos que se habían establecido con las "fuerzas antiimperialistas y antifascistas" e intentaba convencer a sus camaradas de la necesidad de esta nueva política del P.C. Hablaba con elocuencia en favor de la "grandiosa línea histórica de la Internacional comunista y su justa aplicación en Cuba". A los que sostenían que el partido no debía "establecer ni pacto ni compromiso" con los antiguos rivales, Blas les explicaba cuán grave era su error: "El traidor Batista y su formidable aparato militar hacen pesar sobre el país un peligro mortal, fundamental". Permanecer fieles a la línea "Solos contra todo y contra todos" equivalía a un suicidio.

Menos de tres años más tarde, el 18 de julio de 1938, el Comité central se reunió para celebrar su X sesión plenaria en La Habana. Blas Roca pronunció de nuevo un histórico discurso. Pero el tema central había cambiado. Cuba vivía, en su opinión, en unas "condiciones semidemocráticas", puesto que Batista "ya había empezado a dejar de ser la figura central del campo reaccionario". Y Blas Roca explicó de este modo esa extraña metamorfosis:

<sup>25</sup> Georgi Dimitrov, comunista búlgaro, fue acusado por Hitler de haber sido el instigador del incendio de Reichstag; pero, en el curso de un proceso celebrado en Leipzig, en 1934, logró eludir esa provocación nazi y llegar hasta Moscú donde se convirtió en el secretario general del Komintern.

<sup>26</sup> Esta reunión tuvo lugar en vísperas de la huelga general de marzo, tres meses antes de la muerte de Guiteras en Morillo, en mayo de 1953. De hecho, Antonio Guiteras fue el principal promotor de la huelga y quiso darle un carácter insurreccional. Es poco probable que su entrevista con Blas Roca pudiera referirse a la edificación de un frente único, orgánico, con los comunistas. Los herederos de Guiteras – el movimiento Joven Cuba – concluyeron posteriormente, en México, un acuerdo con el Dr. Grau, pero se separaron cuando éste aceptó participar en las elecciones en la Asamblea constituyente. Los "guiteristas" eran contrarios a las elecciones y permanecían aferrados a su táctica insurreccional. Posteriormente el P.C. llevó a cabo extensas y sistemáticas campañas contra ellos y contra su "desviación política".

”Debemos tener en cuenta el origen social de Batista. Aun cuando se haya enriquecido rápidamente, al igual que todos los nuevos oficiales, y aun cuando pueda considerársele como alguien que pertenece a la clase de los poseedores, para ciertos estratos reaccionarios y aristocráticos de la burguesía Batista no deja de ser ‘un sargento’, un hombre en el que no pueden confiar. Por otra parte sus lazos con el movimiento revolucionario siguen siendo fuertes; Batista sigue frecuentando a los antiguos sargentos, cabos y soldados que escucharon sus juramentos de fidelidad a los intereses de Cuba. Así pues, creo que la fuerza del movimiento revolucionario que, en setiembre de 1933, impulsó a ese hombre a rebelarse contra el poder de entonces, no ha dejado de ejercer presión en él y en todos los demás que participaron en esos acontecimientos”.

Blas Roca sabía, evidentemente, que el origen social de Batista no le había impedido asesinar alegremente a los revolucionarios. Sin embargo, Blas Roca seguía hablando de las ”condiciones objetivas” que contribuían a la evolución del dictador:

”La situación en los Estados Unidos no deja nunca de influenciar la vida cubana. Pero todo el mundo conoce la orientación democrática de la administración Roosevelt y sus esfuerzos para poner en marcha la política de ‘buena vecindad’. Roosevelt se opone a la propaganda bélica y pide la puesta en cuarentena de las potencias fascistas. Ha ejercido presión en favor del restablecimiento de la democracia en nuestro país... Roosevelt querría que aumentara el poder adquisitivo de nuestro país para que podamos consumir más productos manufacturados a los Estados Unidos. Contrariamente a sus predecesores, relacionados con Wall Street, y por tanto con los exportadores de capitales que únicamente se preocupan de los grandes beneficios que pueden sacar de sus inversiones, y que imponían en nuestro país salarios míseros, Roosevelt comprende nuestras aspiraciones a un nivel de vida más elevado y favorece nuestras exigencias democráticas”.

El orador recordaba también que Cuba atravesaba en aquellos momentos un período de dificultades económicas; el precio del azúcar había bajado un 18 % en el mercado mundial y los norteamericanos habían reducido en 200.000 toneladas la cuota cubana para 1938. Esta amenaza de crisis dividía al campo reaccionario, por una parte, en fascistas, partidarios de la represión, y por otra parte, en ”batistianos”, favorables a las reformas y al diálogo con el pueblo. Por esta razón Batista había aceptado la constitución de la Constituyente, exigida por la izquierda desde 1933, y era objeto de las críticas de los periódicos reaccionarios, como el *Diario de la Marina*.

”En esta situación – seguía diciendo el secretario general del P.C. – cuando se nos pregunta si estamos dispuestos a establecer un acuerdo con Batista respondemos abiertamente, a la luz del día, frente a todo el pueblo: Todo dependerá de la actitud de Batista frente a los problemas esenciales de la democracia, de la Constituyente, de la mejora de la condición popular y de la liberación de Cuba. Batista no es el representante de un partido alejado del poder, es el auténtico jefe del gobierno. No podemos conformarnos con sus promesas, vamos a juzgar sobre los hechos, sobre los actos concretos”.

Mientras esperaba que Batista presentara sus pruebas, Blas Roca anunció que una fracción izquierdista, reunida alrededor de ”Pablo” y de ”Nieto”, era expulsada del partido y recomendó una lucha sin cuartel contra los ”trotskystas y otros grupos minúsculos e impotentes” que pretenden oponerse a ”la marcha victoriosa del pueblo saboteando la unidad y toda acción popular fecunda”.

Finalmente el líder comunista establecía el balance de sus relaciones con ”el partido revolucionario y fraternal del Dr. Grau San Martín”. Este último, al no mostrarse muy entusiasta con respecto a la política del frente común, había propuesto la formación de un partido único de la revolución. Por su parte el P.C. no se oponía a este proyecto, pero se mostraba escéptico en cuanto a las posibilidades de llevarlo a cabo rápidamente. Pero el tiempo apremiaba:

”Con las elecciones en la Asamblea constituyente va a iniciarse una nueva época en la historia. Esta vez no se tratará de elegir un presidente o un diputado de mandato limitado, circunscrito en el

tiempo, sino de elegir los representantes del pueblo capaces de dar al país una nueva ley fundamental”.

El P.C. dejaba, por tanto, la puerta abierta tanto a un acuerdo con Batista como a un acuerdo con sus ”hermanos enemigos” de la batalla antimachadista.

El tercer acto del drama se representó seis meses más tarde, el 11 de enero de 1939, en Santa Clara. Ese día se iniciaba el III Congreso nacional del P.C., reconocido desde hacía poco, por primera vez, como un partido legal.<sup>27</sup> Así pues Batista ha bía dado pruebas de su buena voluntad al legalizar el P.C., y los comunistas no permanecieron indiferentes ante ese gesto. Ya en el mes de noviembre de 1938, cuando el hombre fuerte del régimen regresó de las festividades del veinteavo aniversario del armisticio de 1918, celebrado brillantemente en Washington, el P.C. había movilizado a sus militantes para que le acogieran triunfalmente. Blas Roca apareció en esa ocasión en el balcón del palacio presidencial al lado del ex-sargento ”ex-fascista”, ex-asesino de Antonio Guiteras, convertido en ese momento en el aliado n.º 1 de los comunistas en el gran ”frente antifascista”. En el congreso de Santa Clara, Blas Roca se proponía justificar el establecimiento de esa alianza.

”Proclamamos frente al pueblo la necesidad de adoptar una actitud positiva hacia Batista y de apoyar con todas nuestras fuerzas todas sus gestiones progresistas. Afirmamos sin embages que la principal labor de un movimiento revolucionario, en la hora actual, consiste en la lucha por la unidad nacional alrededor de un programa democrático. Frente al avance del nazismo, y el fascismo, frente a la eventualidad de un triunfo germano-italiano en España, frente a la amenaza del eje Roma-Berlín-Tokio sobre América, Cuba, como Estado que es, debe colaborar estrechamente con los gobiernos democráticos del mundo y más particularmente con el de los Estados Unidos. Cuando proclamamos estas simples verdades ciertos revolucionarios, influenciados por las campañas de los periódicos de extrema derecha, *Alerta* o el *Diario de la Marina*, nos gritan ‘traición’, no acusan de haber ‘abandonado la revolución’ y de otras cosas por el estilo. Los nazis del *Diario de la Marina* y los trotskystas pretenden que sacrificamos los intereses de nuestro pueblo a los de la Rusia soviética en el plano internacional. Sus argumentos son ridículos. La lucha por la unidad nacional, para la defensa de nuestro país contra la invasión nazi-fascista, para la colaboración con los países democráticos, es por el interés de nuestro pueblo, corresponde a sus necesidades más urgentes y se desprende de las condiciones concretas en las que se encuentra”.

Después de estas explicaciones, Blas Roca estableció el balance de las acciones positivas llevadas a cabo por Batista: el gobierno había sido reorganizado y tres ministros de izquierda habían entrado a formar parte del mismo; la ley sobre los peajes se había hecho más flexible. Durante su viaje a Washington Batista había establecido ”las bases de una eficaz colaboración entre Cuba y los Estados Unidos contra la amenaza fascista”. En la VII Conferencia pan-americana, se había mostrado favorable a ”la formación de un bloque continental contra el fascismo” y había solicitado ”la condena de la persecución racial o religiosa”. Finalmente, había prometido abolir el decreto-ley n.º 3, de 1934, que prohibía a los sindicatos agruparse en federaciones y tener, por consiguiente, organismos unificados a escala nacional.

”A Batista le hubiera gustado hacer mucho más, pero sus proyectos progresistas han sido saboteados por el congreso (Parlamento). Ahora bien, la incomprensión de ciertos revolucionarios que se obstinan en ver en él al principal enemigo facilita ese sabotaje de los reaccionarios y de este modo se opone a los intereses del pueblo”.

Con esta lapidaria constatación el líder comunista cerró el informe de sus relaciones con el jefe del ejército. Sin embargo, no podía acabar con esta declaración e ignorar lo que desde hacía catorce años era el caballo de batalla del partido: el dominio norteamericano sobre la

<sup>27</sup> El P.C. fue legalizado en Cuba el 13 setiembre de 1938. Pero, de hecho, una organización paracomunista, presidida por Juan Marinello, funcionaba legalmente desde hacía dos años en La Habana.

isla, la explotación del país por parte del imperialismo yankee y la situación semicolonial o neocolonial en que le mantenía.

”Nosotros nunca hemos sido antiyankees, sino únicamente antiimperialistas – respondió el líder comunista –. Pero en este año de 1939 el imperialismo más amenazador no es el de los Estados Unidos, sino el imperialismo nazi-fascista. La penetración de este último ha adquirido en Cuba un extraordinario vigor. Sus principales puntos de apoyo son la Compañía Lloyd nortealetmana y la casa hamburguesa Bayer, que dice que se ocupa de productos farmacéuticos pero que pertenece, de hecho, al mayor trust de fabricantes de armas químicas. Al frente de la filial cubana de esa casa se halla un cierto Reiman, nombrado directamente por las autoridades de Alemania, país en el que se pasa además varios meses del año. En cuanto a la Lloyd, instalada en el n.º 307 de la calle Obispo, dispone de una emisora de radio y se beneficia de extrañas complicidades con el Ministerio de Comunicaciones.

”A pesar de ello – siguió diciendo Blas Roca – y a pesar de la intensificación de la propaganda nazi, algunos inquietistas pretenden que sobre Cuba no pesa ninguna amenaza fascista y que debemos consagrarnos al combate contra el imperialismo yankee, incluso si se trata de la administración democrática de Roosevelt. Esto es precisamente lo que desea el imperialismo nazi, que acaba de armar a los integralistas, brasileños para que den un golpe que, afortunadamente, ha fracasado; que suministra, a través de Guatemala, armas a los rebeldes fascistas opuestos al presidente mexicano Lázaro Cárdenas; que ha provocado un golpe en Chile, ocupa provincias enteras en Costa Rica y prepara la colonización de todos nuestros países de América”.

Al referirse a Roosevelt, Blas Roca no pudo hacer más que repetir los elogios que ya le había prodigado y recordó a sus camaradas las palabras pronunciadas en La Habana durante un mitin monstruo celebrado el 12 de noviembre de 1932 por un importante comunista de los Estados Unidos, James W. Ford:

”El discurso del presidente Roosevelt (con respecto a América latina) expresa los sentimientos del movimiento progresista que se halla en pleno ascenso en Norteamérica. Su política de ‘buena vecindad’ no exige, por parte de cualquier nación, sacrificios sobrehumanos o imposibles. El imperialismo yankee fue una política antipopular hecha para favorecer los intereses de una reducida minoría. La política de ‘buena vecindad’ se hace en interés de las masas populares de todos los países de América del Norte y del Sur”.

El secretario general del partido no dijo claramente que ya había establecido un pacto electoral con Batista, pero ello podía deducirse fácilmente de su discurso. De hecho, el 15 de noviembre de 1939, los cubanos fueron llamados a elegir la Asamblea constituyente tanto tiempo esperada. Dos coaliciones se disputaban los sufragios: por una parte, la coalición ”socialista democrática” dirigida por el coronel Batista y que incluía al P.C. y, por otra, el bloque de la oposición, compuesto por el Partido revolucionario cubano Auténtico, el A.B.C., el partido demócrata republicano y el partido de acción. Fue el bloque de la oposición, dirigido por el Dr. Grau San Martín y que apelaba a la revolución de 1933, quien ganó por una cómoda mayoría (45 escaños de los 81 en juego). Los comunistas sólo obtuvieron 6 escaños en el seno de la coalición batistiana.<sup>28</sup>

La Constituyente concluyó sus trabajos el 1 de julio de 1940, pero la nueva Constitución debía entrar en vigor sólo el 10 de octubre, día del aniversario de la guerra de la Independencia. El nuevo código electoral democrático no debía ser aplicado hasta 1943. Mientras, el 25 de julio de 1940, el general Fulgencio Batista, apoyado por los comunistas, se hizo elegir presidente según el antiguo método de escrutinio restrictivo, permitiendo votar únicamente a la mitad del electorado. A cambio de la aceptación de este semifraude Batista prometió a la

<sup>28</sup> Los seis constituyentes comunistas tuvieron, sin embargo, un importante y meritorio papel durante los trabajos de la Asamblea. Excelentes oradores, con un profundo conocimiento de los problemas sociales de la isla, se distinguieron por la seriedad de sus intervenciones y sus propuestas sociales.

oposición que no pretendería ser reelegido en 1944, al expirar su mandato. Solicitó a todos que se unieran a su gobierno de unión nacional y obtuvo la adhesión de Jorge Manach pero no la del Dr. Grau San Martín. Dos años después, el 24 de julio de 1942, Batista hizo entrar a dos ministros comunistas, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, en su gobierno. Eran los primeros comunistas en el poder de América latina.

Los hechos que acabamos de resumir hablan por sí mismos y son fáciles de reconstituir en Cuba. La Biblioteca Nacional José Martí en La Habana posee la colección de los discursos-informes de Blas Roca y otras muchas intervenciones comunistas. Mucho antes de la legalización del P.C. la prensa del partido era tolerada y dedicaba un amplio espacio a los problemas "del frente antifascista". Los datos referentes a la vida política "legal" están consignados, por otra parte, en los diez volúmenes de la *Historia de la Nación Cubana*, ligeramente "batistiana", pero bien documentada.<sup>29</sup> Por el contrario, no existe ningún análisis global, reciente, que se refiera a la alianza de los comunistas con Batista.

Hemos consultado, por ejemplo, el *Manual de Capacitación Civil*, redactado en 1960 para uso de los militantes castristas: en él hay 50.000 palabras dedicadas a la historia, pero ésta finaliza en 1934; el resto se resume en media página, 250 palabras como máximo. En 1967 la dirección política del Ministerio de las Fuerzas Armadas publicó un manual de historia mucho más ambicioso, una especie de versión marxista de la historia cubana desde la época precolombina. Tiene 611 páginas, gran formato, pero dedica únicamente ocho líneas a los acontecimientos posteriores a la revolución de 1933-1934. Una vez hecha la verificación podemos afirmar que en Cuba no existe ningún tipo de literatura sobre el período que separa el fracaso de esta revolución de la victoria de Fidel Castro, un cuarto de siglo más tarde.

Este silencio testimonia el extraordinario embarazo de los comunistas con respecto a su relación con Batista. Si el presidente al que sostuvieron tan valientemente se hubiera retirado definitivamente de la escena política al final de su mandato, en 1944, sin duda habrían podido justificar su participación en su gobierno minimizando sus tendencias fascistoides y represivas de los años 1934-1936. Pero los panegíricos probatistianos de los comunistas se transformaron en un terrible boomerang cuando el fascistas de 1934 reincidió en 1952. A partir de ese momento los discursos de Blas Roca y de sus camaradas que entregaban, en plena Asamblea constituyente, certificados de buena conducta y buenas costumbres al hombre de la represión, ese "líder de raíces profundamente populares", ese "símbolo viviente de la revolución de 1933", suenan retrospectivamente como siniestras bromas, como testimonios de una miopía política totalmente patológica. Así pues en La Habana se prefiere no hablar de ello.

Sin embargo el silencio no siempre es oro; tenemos la impresión de que esta discreción causa daño a los "veteranos" comunistas. Pero debe reconocerse que la mayoría de ellos no saben sinceramente cómo ni por qué el partido se comprometió en una aventura tan peligrosa. Me han dicho muchas veces que, en su opinión, la clave del problema no se hallaba en La Habana, sino en Washington: al parecer Roosevelt ordenó a Batista que colaborara con los comunistas, y el partido se aprovechó de ello para reforzarse y arrancar concesiones para la clase obrera. Esta ingenua versión haría sonreír a los que conocen, aun cuando sea superficialmente, la historia del *new deal*; puesto que, evidentemente, F. D. Roosevelt no fue nunca procomunista y nunca hizo presión sobre un gobierno extranjero, fuera cual fuera, para que éste favoreciera masivamente a la extrema izquierda. Incluso los más agresivos adversarios de Roosevelt, o posteriormente los maccarthystas, nunca han acusado al presidente demócrata de haber jugado un doble juego. Por tanto es imposible encontrar ni una sola prueba para

<sup>29</sup> La *Historia de la nación cubana*, publicada en La Habana en 1952, fue redactada por un equipo muy heterogéneo, dirigido por Ramiro Guerra y Sánchez, gran historiador y autor de un libro clásico, *Azúcar y población en las Antillas* (La Habana: Cultural S. A., 1927).

comprobar la tesis según la cual los comunistas cubanos fueron los inocentes beneficiarios de la generosidad de Roosevelt <sup>30</sup>

Los "veteranos" más inteligentes, como Carlos Rafael Rodríguez, facilitan por otra parte una explicación totalmente opuesta a la anterior. En su opinión, todas las desgracias de la izquierda cubana son el resultado del pronorteamericanismo del Dr. Grau que nunca aceptó la mano tendida por los comunistas. "La división era el talón de Aquiles de la izquierda en Cuba", <sup>31</sup> al igual que en otros muchos países pero, aquí, era insuperable a partir del momento en que los revolucionarios como Grau San Martín habían llegado a la conclusión, después del fracaso de 1933, de que en la isla no podía operarse ningún cambio en contra de la voluntad de los Estados Unidos. A partir de entonces hicieron lo imposible para caerles simpáticos a Washington ofreciéndoles, como muestra de buena voluntad, su sistemático anticomunismo. Todas las tentativas del partido para constituir junto con ellos un amplio frente común fracasaron por esta causa.

Esta tesis aparentemente más coherente no resiste, sin embargo, un profundo análisis. En primer lugar, los discursos de Blas Roca bastan para demostrar que el P.C. había dejado de ser "antiyankee" en 1936; a partir de ese momento intentó halagar a Roosevelt como cualquier otro partido cubano. Por tanto no podía inquietar a Washington, y los norteamericanos no parecían preocuparse en absoluto por el *flirt* entre Batista y los comunistas. ¿Por qué le habrían prohibido a Grau lo que permitían tan generosamente a "su hombre en La Habana"? Y, finalmente, incluso la imposibilidad de ponerse de acuerdo con Grau no basta para explicar la necesidad de aliarse con Batista. Entre las fórmulas "solos contra todo y contra todos" y "con todo y con todos" existía ciertamente un margen que la simple prudencia habría debido sugerir a los comunistas que no tenían que franquear.

Sin embargo, Carlos Rafael Rodríguez tiene razón cuando habla de la división de la izquierda cubana. Incluso un europeo, acostumbrado a observar ese fenómeno en su propio continente, a menudo queda desconcertado al ver el grado que había alcanzado en Cuba. Basta señalar que en el momento de las elecciones de la Asamblea constituyente había al menos cinco partidos que se decían de izquierda, y cada uno de ellos (o casi) contaba en su seno con otras tantas tendencias. El Dr. Grau San Martín, al que mencionamos a menudo como el líder y el símbolo de esta oposición surgida de la batalla antimachadista, tenía grandes dificultades para controlarla y parecía pasarse la mayor parte del tiempo de que disponía concluyendo y anulando acuerdos con tal o cual tendencia, más o menos revolucionaria, más o menos moderada. Sin embargo, esta abigarrada izquierda estaba al menos de acuerdo en un punto: no aceptaba el golpe dado por Batista en enero de 1934 e incluía constantemente en el orden del día el problema del poder.

El carácter heterogéneo de esta coalición contribuía, por otra parte, a su actitud desconfiada hacia los comunistas. En el campo antimachadista, en 1933, no faltaban los "revolucionarios" de derecha y el recuerdo de los "soviets" lanzados por el P.C. no hacía más que agravar sus

<sup>30</sup> Robert Merle, en su obra *Moncada, premier combat de Fidel Castro* (París: Laffont, 1965), trata subsidiariamente de los problemas de la historia cubana anterior al acontecimiento al que está dedicada la obra. Pero se hace eco de esta tesis sobre "la beneficiencia" de Roosevelt:

"¿Es liberal Roosevelt? Él (Batista) también. ¿Le declara la guerra al Japón después de Pearl Harbor? Batista también. ¿Se alía Roosevelt con la Rusia soviética? Batista llama a un comunista para que forme parte de su gobierno" (p. 48).

Incluso suponiendo que Batista haya sido ese fiel imitador, debe resaltarse que Roosevelt nunca llamó a un comunista para que entrara a formar parte de su administración y nunca estableció acuerdos electorales con el P.C. de los Estados Unidos. Podemos preguntarnos, asimismo, por qué los restantes gobiernos latinoamericanos no adoptaron la actitud "batistiana" hacia los comunistas. Toda esta tesis parece algo simplista.

<sup>31</sup> Esta frase figura en un manuscrito de Carlos Rafael Rodríguez: *La Revolución cubana y el período de transición*, que nos ha prestado amablemente, autorizándonos a mencionarla antes de la publicación del libro.

temores son respecto al futuro de la "democracia cubana", en el caso en que los comunistas reforzaran su posición. Ahora bien, las noticias provenientes de Europa – y particularmente de Francia y España – parecían indicar que los P.C. eran los principales beneficiarios de los "frentes populares". Blas Roca lo decía en todos sus discursos para convencer a sus camaradas de la necesidad de hacer lo mismo en Cuba. Pero, al hacerlo, contribuía a asustar aún más al "ala burguesa" de la oposición cubana.

En cuanto al ala radical de la izquierda, ésta desconfiaba de los comunistas por motivos totalmente opuestos. Desde 1936 el ala radical tenía la impresión de que el P.C. no jugaba realmente el juego de la oposición y no ponía tanto en entredicho la existencia del régimen de Batista, sino que más bien discutía su orientación. Si el usurpador autorizaba a los comunistas a celebrar mítines de solidaridad con España, éstos se mostraban inmediatamente dispuestos a hacer concesiones en lo referente a la política interna. La conciliadora actitud del partido, sus constantes polémicas con los izquierdistas, reforzaban por tanto los temores de los que recordaban perfectamente el gran giro dado por el partido en el momento de la huelga antimachadista. ¿No actuarían del mismo modo en caso de una prueba de fuerza con Batista? Al utilizar las mismas palabras que el líder del P.C. español José Díaz, ¿no afirmaba Blas Roca que los principales enemigos de la humanidad, los que era preciso desterrar de la civilización, eran "los fascistas, los trotskistas y los 'incontrolables'"? Ahora bien, ¿quiénes eran esos "incontrolables" en Cuba, sino la izquierda revolucionaria?

Así pues no era únicamente el pronorteamericanismo del Dr. Grau – del que estaban exentos algunos participantes en la coalición – lo que explicaba las reticencias de la izquierda frente a las propuestas de los comunistas. En el origen de esa actitud se hallan prioritariamente las secuelas de las sangrientas jornadas de agosto de 1933 y de las particularidades propias al campo de los revolucionarios cubanos. En una palabra, los comunistas se encontraban simultáneamente demasiado a la izquierda y demasiado a la derecha para encontrar los apoyos precisos en su seno. Por ello la coalición del Dr. Grau planteó al partido condiciones exorbitantes; en primer lugar al pedirle que se integrara en el seno de un "partido único de la revolución", y, posteriormente, haciéndose el sordo cuando, en contra de lo que era de prever, el P.C. se mostró dispuesto a aceptar dichas condiciones. Los comunistas, para superar esos obstáculos, hubieran tenido que mostrar una gran habilidad, claridad y constancia en sus intenciones, y, primordialmente, una capacidad para dialogar con el ala progresista y anti-imperialista de esos "revolucionarios pequeñoburgueses". Pero, precisamente, carecía de todas estas cualidades, y ello ya desde el origen de su partido.

Asimismo también es cierto que Batista había hecho proposiciones al Dr. Grau y que ello no había conducido inmediatamente a la fragmentación de la coalición. Pero el líder del P.R.C. no consintió entrevistarse con el ex-sargento hasta 1938 y, además, le planteó la única condición que Batista no podía aceptar: que le entregara el poder. Ambos se pusieron de acuerdo para someterse al arbitraje de los electores, una vez la Constituyente estableció las condiciones de una leal confrontación. De hecho Batista respetó cuidadosamente las cláusulas de su contrato – concedió una amnistía y restableció la autonomía de la Universidad – con excepción de lo referente a las elecciones presidenciales de sufragio universal, puesto que sabía que se encontraba en posición minoritaria y que los cubanos no le habían perdonado su "traición de 1934". Por ello aplazó para más tarde, al final de su mandato, la entrada en vigor de ese sistema electoral y el Dr. Grau supo permanecer cautamente en la oposición mientras esperaba su aplicación efectiva. Y obró correctamente, puesto que cuando se presentó la primera elección legal, en 1944, obtuvo la presidencia <sup>32</sup> Ahora bien, repitémoslo, la

<sup>32</sup> El Dr. Grau San Martín obtuvo una amplia mayoría de votos en 1944 (65 %) contra el candidato batistiano, Salagrida, apoyado por los comunistas. Jacques Arnault en su *Cuba et le marxisme* (op. cit.) se supera a sí mismo

intransigencia del Dr. Grau no reflejaba su estado de ánimo personal – en la presidencia demostró que no era un hombre de principios – sino el del conjunto de los radicales de 1933.

El ex-sargento no ignoraba la hostilidad que mostraba hacia él la opinión pública y era totalmente consciente de la dificultad que representaba hacer funcionar durante mucho tiempo un país rebelde amenazándole con bayonetas. A fin de cuentas él también había vivido la caída del machadismo y las jornadas de la gran venganza popular. Además, la evolución interna de los Estados Unidos tampoco favorecía una simple política represiva en América latina. Gracias a Roosevelt el movimiento sindical norteamericano había obtenido, por primera vez, una auténtica importancia en la vida del país y protestaba fuertemente contra la persecución antiobrera en la zona de influencia de los Estados Unidos. Batista, por tanto, se veía en la necesidad de ampliar su base popular haciendo que se le uniera al menos una parte de la oposición. Y fue su instinto de conservación, y no las órdenes de Washington, lo que le condujo hacia los comunistas, después de haber casi fracasado al intentar hacer lo propio con los partidarios de Grau.

El P.C. se prestó inmediatamente a sus maniobras debido a que también estaba buscando desesperadamente salir de su aislamiento. Era preciso que, costara lo que costase, formara el frente antifascista preconizado por el Komintern. Pero, ¿cómo formar ese frente con una izquierda "izquierdista" que le despreciaba, con los herederos de Guiteras – esos "incorregibles insurreccionalistas" –, o con los pseudomarxistas de la antigua Ala Izquierda Estudiantil, que se presentaban primordialmente como "independentistas" antiyankees? ¿Cómo embarcarse en semejante empresa con unos aliados tan imprevisibles en el mismo momento en que Moscú recomendaba primordialmente no lanzarse a "aventuras anti-norteamericanas"?

Con Batista las cosas eran mucho más simples. En primer lugar éste no pedía a los comunistas que hicieran su autocritica con respecto a su conducta en 1933; más bien Batista tenía que hacerse perdonar su propia actitud en esos momentos. Después Batista era mulato, por tanto antirracista, por tanto antinazi, y en ese momento éste era el criterio determinante. Finalmente, se mostraba favorable a la reconstitución de una gran central sindical unificada, la Confederación de Trabajadores Cubanos (C.T.C.) y de este modo dejaba que el partido se adueñara de un sector esencial para sus intereses. Y, a cambio de todo esto, ¿qué es lo que pedía? Poca cosa, aparentemente: que los comunistas le "indultaran" de su actitud durante la represión y garantizaran "sus profundas raíces populares", que aseguraran la paz social necesaria para el esfuerzo bélico y, finalmente, que mantuvieran la polémica con sus enemigos comunes de la

para justificar esta derrota electoral de los comunistas y su extraña alianza con un candidato que él mismo describe como un conservador:

"Frente a la negativa de Grau para tomar una postura claramente antifascista – cuando aún no había finalizado la Segunda Guerra Mundial – los comunistas decidieron apoyar la candidatura de Salagrida. Pero la corrupción que marcó la presidencia de Batista condujo a los electores a votar por el candidato de la oposición... Este fracaso electoral no significa, sin embargo, un retroceso en la influencia comunista entre la clase obrera" (p. 46).

Gracias a Jacques Arnault sabíamos ya que el "partido sale fortalecido" de cualquier prueba, sea cual sea su conducta. Pero, ¿cómo puede acusarse al Dr. Grau de ser, simultáneamente, pronorteamericano y de negarse "a tomar una postura claramente antifascista" durante la Segunda Guerra Mundial? La dialéctica de Jacques Arnault le permite superar todos los obstáculos "históricos". En el mismo capítulo, a pocas líneas de distancia, escribe: "después de la caída de Grau (en 1934) se amplía la persecución contra el movimiento obrero. Batista, que se ha pasado al imperialismo, asume cada vez más la realidad del poder... La represión es atroz"; y, posteriormente: "Durante las elecciones presidenciales de 1940 los comunistas participaron en la 'coalición democrática socialista' que apoyó la candidatura de Batista" – sin dar la más mínima explicación sobre las razones que pudieron inducir al P.C. a unirse a semejante candidato. Más adelante, al hablar del golpe de Estado de 1952, compara a Batista con De Gaulle y habla de la confusión provocada por el retorno al poder, en sus respectivos países, de ambos generales. No es necesario ser gaullista para darse cuenta de que, al margen de su rango militar, ninguno de los dos ha tenido nunca algo en común. De Gaulle no inició su carrera ahogando sangrientamente una huelga general y asesinando a los más importantes líderes de la oposición.



oposición. Esta nueva distribución de las cartas proporcionaba, por tanto, ventajas a ambas partes. ¿Podía prever el P.C. que un día los cubanos llegarían a la conclusión de que, en nombre del antifascismo, había establecido un pacto con el fascista n.º 1 del país?

De todas formas, para ellos, era la posibilidad de poner un dedo en el engranaje político. Una vez comprometidos con un hombre como Batista, los comunistas se veían obligados necesariamente a franquear otras etapas en esta singular evolución. Visiblemente partían del principio que en Cuba utilizaban todos los no-comunistas de que el partido podía tanto negociar con Machado como con el Directorio estudiantil, con Batista o con la oposición de izquierda, mientras esto "fuera en interés de la clase obrera". Esto les había costado caro en 1933 y, a pesar de las apariencias, les costó aún más caro en 1938-1944. El partido había contribuido al máximo a la confusión y a la regresión ideológica de toda esa izquierda cubana de la que dependía, más de lo que se podía imaginar.

Algunos datos bastan para demostrar su rápido declive después de su colaboración con Batista: en 1942, según datos oficiosos, el P.C. contaba con 87.000 miembros, 20.000 en 1952, en vísperas del nuevo golpe de Estado del ex-sargento, y 7.000 en el momento de producirse la victoria de Fidel Castro, en 1959. En 1939, cuando se fundó la C.T.C., el comunista Lázaro Peña fue elegido secretario general por una inmensa mayoría de votos; en 1947, los comunistas ya estaban en minoría en el seno de los sindicatos, y en 1959, en el curso del primer congreso de la C.T.C. después de la revolución, de un total de 3.240 delegados, sólo 170 eran comunistas.

Ciertamente la guerra fría y la gran ofensiva anticomunista de los Estados Unidos durante los años cincuenta hicieron que la labor de los comunistas fuera extremadamente compleja en esa "isla norteamericanizada". Para afrontar semejante combate al partido le hubiera hecho falta tener muchos aliados y ser muy previsor. Y no tenía ninguna de ambas cosas, al contrario: durante su período de colaboración con el poder batistiano había desaprovechado concienzudamente todas sus oportunidades. Para comprender de qué modo preparó por sí mismo su propia decadencia tenemos que abrir otro dossier delicado y menos conocido de su historia: el de su total adhesión al "browderismo".

### 3. La tierra prometida "Browderiana"

"Earl Browder, dirigente y guía del P.C. de los Estados Unidos, el más formidable cerebro político de América, nos enseña: El mundo cambia rápidamente y las relaciones entre los diversos grupos de la sociedad se transforman gradualmente. Todo lo que vive y crece evoluciona. Todo lo que muere y se pudre, cambia igualmente, pero de un modo muy distinto".

Blas Roca elogiaba de esta forma, en 1938, a Earl Browder, para celebrar su acceso al puesto de secretario general del P.C. de los Estados Unidos.<sup>33</sup> Las palabras del nuevo líder no ponían aún de evidencia las cualidades de su "formidable cerebro", pero los comunistas cubanos estaban ya muy impresionados. Durante siete largos años, de 1938 hasta 1945, se refirieron continua y respetuosamente al pensamiento del guía del partido hermano de los Estados Unidos.

Esta alineación no se debía evidentemente a la fuerte personalidad de Browder, ni a la importancia de su obra, que, vista retrospectivamente, es muy escasa. La línea "frontista" del Komintern, después de la Segunda Guerra Mundial, situaba a los comunistas de América latina a remolque de la política de los Estados Unidos y les obligaba, al mismo tiempo, a atribuir una importancia primordial a las posiciones de sus camaradas en ese país. Contrariamente a lo que sucedía con los comunistas europeos, que entraban a formar parte de

<sup>33</sup> En un discurso, ya citado, durante la X Sesión plenaria del Comité central, el 18 de julio de 1938.

los "frentes populares" sin abandonar por ello su propia fisonomía, los de América latina estaban obligados, desde un principio, a entregarse a una singular gimnasia ideológica y a renegar de la mayoría de sus anteriores análisis. Estos comunistas predicaban la unión contra el fascismo – "la expresión más feroz del gran capital" – al mismo tiempo que la coalición de "todas las naciones democráticas" contra el eje Roma-Berlín-Tokio. Ahora bien, el gran capital, en su continente, era primordialmente norteamericano: el fascismo – si es que había fascismo – no podía ser más que su expresión. ¿Cómo luchar contra él mientras, al mismo tiempo, se trataba cuidadosamente a los Estados Unidos, convertidos, primero, en un aliado potencial y, posteriormente, en un precioso compañero de la U.R.S.S. en el seno de la Gran Alianza? Por otra parte, ¿se podía luchar en pro de los cambios sociales en un país como Cuba, totalmente dominado por las grandes compañías mientras, simultáneamente, se quería contribuir al crecimiento económico de los Estados Unidos? Lo que, en resumen, equivalía a intentar la cuadratura del círculo.

Al no poder llevar a cabo ambas políticas, evidentemente irreconciliables, los comunistas latinoamericanos escogieron inmolarse en el altar de la alianza táctica ruso-norteamericana. Su "buena conducta" debía garantizar la paz social en el seno del imperio y probar de este modo en Washington que los comunistas se habían convertido en "personas razonables", que podían contribuir a la estabilidad de una libre empresa modernizada, conforme al espíritu rooseveltiano. Frente a la cordura de los comunistas cubanos, ¿no se vería inclinado el presidente norteamericano a pensar en la posibilidad de construir el mundo del futuro, en los otros continentes, con su participación activa?

Los comunistas cubanos se comportaban de hecho como si su país fuera, con toda equidad, parte integrante de América del Norte. Y se preocupaban, ante todo, de su estabilidad interna, de su prosperidad y del poder de sus ejércitos. El lobo se había transformado, en su opinión, en un vulnerable cordero que iba valientemente al frente de un amenazado rebaño. Era preciso apoyarle, costara lo que costase, mientras se pensaba en la propia defensa. Los oradores comunistas multiplicaban, en La Habana, sus patéticos llamamientos en pro del rápido rearme de la isla. Durante un célebre mitin, el 12 de noviembre de 1938, Blas Roca reclamó para su país "potentes cañones y ejércitos capaces de defender nuestras costas, de oponer un dique infranqueable a los invasores nazis". Uno cree estar soñando al leer estas frases, pero resulta fácil imaginar la influencia que podía ejercer esta propaganda en el cambio de actitud de los cubanos hacia la metrópolis norteamericana y también hacia su propio ejército, gobernado por el general Batista.

Ciertamente, los países del Eje representaban un evidente peligro para los Estados Unidos y para su "coto" latinoamericano. Ni en Berlín ni en Tokio ningún loco pensaba, evidentemente, invadir ese continente, tan sólidamente protegido por la flota norteamericana de los Estados Unidos. Pero los agentes pro-nazis en América latina contaban con los sentimientos anti-yankees, muy fuertes en esas latitudes, para llevar a cabo todo tipo de complots, con la esperanza de separar a la economía norteamericana de sus fuentes privilegiadas de materias primas. Tampoco debe olvidarse que lo que estaba en juego en la Segunda Guerra Mundial afectaba al conjunto de la humanidad y que una victoria de Hitler habría costado muy cara a todo el mundo. Pero de todos modos podemos preguntarnos, a pesar de todo, por qué los comunistas se creían obligados a escamotear hasta ese punto la verdad sobre los auténticos problemas de su país. ¿Era necesario que pasaran de un extremo a otro y trataran de "provocadores" o de "agentes nazis" a todos los que se atrevían a plantear el problema de la explotación de su país por los norteamericanos o hablaban, simplemente, de una futura e inevitable revolución social?

Ciertamente, los errores de los P.C. latinoamericanos no provenían tanto de su ceguera como de la suprema astucia de Stalin. Este último había comprendido, ya en 1936, que Roosevelt

era sincera e implacablemente antifascista, que era incluso el único capaz de arrastrar a los Estados Unidos a la guerra contra el enemigo n.º 1 de la U.R.S.S., la Alemania de Hitler. El Japón parecía representar una amenaza más inmediata para Norteamérica, pero Roosevelt, gracias a su gran olfato político, vio que el frente principal, vital para su país, se hallaba en Europa. Los estrategas del Foreign Office contaron mucho tiempo con la posibilidad de un enfrentamiento germano-ruso, para abatir de un solo disparo ambas presas, pero el líder norteamericano no se entregó nunca a un juego de ese tipo, inútil y peligroso. En su opinión no había otra solución: "se debía detener a Hitler antes de que estuviera capacitado para detener a los Estados Unidos". Por ello, Roosevelt merecía que se le facilitara su labor y que se le ofreciera, como prenda de la buena voluntad soviética, la cooperación de los P.C. latinoamericanos.

Además, tanto en Europa como en Asia, la resistencia y la lucha a muerte contra el fascismo contribuía a la radicalización de los partidos comunistas. El Kremlin podía hacer lo necesario para desarmar esa combatividad "extremista" en nombre de la coexistencia y del reparto del mundo entre los tres Grandes, pero le era imposible – y no le interesaba – desarmar totalmente a los comunistas, que debían serle útiles después de la guerra. Así, mientras jugaba el juego de la Gran Alianza, Stalin hacía lo necesario para ampliar la influencia de los comunistas en todas partes donde ello era posible. Había disuelto el Komintern para que no se le acusara de dirigir una amplia "organización subversiva internacional", y porque, de todos modos, no necesitaba a ese aparato político para controlar a los P.C. extranjeros. Pero cuando en Teherán Roosevelt le habló del maravilloso mundo de la postguerra, no dijo ni sí ni no y pidió más bien algunas precisiones sobre las inmediatas intenciones militares de los Aliados y sobre el futuro desmembramiento de Alemania. En contrapartida no vio ningún inconveniente en que los comunistas de los Estados Unidos y de América latina, en cuyo futuro nunca había creído, adoptaran las tesis propuestas por Roosevelt y de este modo le tranquilizaron, aun cuando esto les condujera en sus propios países a un auténtico harakiri.

El partido comunista de Cuba, reducido a representar por tanto el simple papel de simple punto de apoyo en el seno de una coalición nacional pro-norteamericana y forzosamente conservadora, estaba condenado a dejarse la piel en ella. Ciertamente, podía haber obtenido apreciables concesiones para su base obrera – la garantía de empleo, jornada de ocho horas, aumento de salario, etc. –, pero, al no haberse resuelto ningún problema fundamental del país, que ni siquiera se habían planteado, nada de todo esto era duradero ni susceptible de transformar auténticamente la condición de las masas cubanas. El P.C., a pesar de intentar explicar "por qué y para qué participan los comunistas en el gabinete",<sup>34</sup> no podía ni decir toda la verdad ni convencer. Fue entonces cuando Earl Browder acudió en su ayuda.

Inmediatamente después de la conferencia de Teherán, que reunió a los Tres Grandes,<sup>35</sup> Earl Browder tomó la palabra, el 12 de diciembre de 1943, durante un mitin celebrado en Bridgeport, para formular una nueva teoría comunista.

"Todos los conflictos y problemas sociales de los Estados Unidos pueden y deben ser resueltos mediante compromisos pacíficos: la perspectiva de luchas internas ilimitadas amenazaría, en efecto, la unidad mundial cuya necesidad ha sido reconocida en Teherán".

<sup>34</sup> Éste fue el tema de una conferencia nacional de información, celebrada en La Habana el 26 de marzo de 1943.

<sup>35</sup> La conferencia de Teherán entre Roosevelt, Churchill y Stalin se celebró del 28 de noviembre al 2 de diciembre de 1943. La versión occidental del desarrollo de esta reunión es conocida principalmente gracias a las Memorias de sir Wiston Churchill. Los soviéticos publicaron, por su parte, en 1965, un detallado informe de la conferencia con el título *Documenty tegheraskoi i krymskoi konferentsii rukovoditielei triokh vielikhib diergav* (Moscú: Gosizdat, 1965).

El 10 de enero de 1944, en el Madison Square Garden newyorkino Browder pronunció un discurso aún más sensacional, reproducido *in extenso* en la prensa comunista de La Habana bajo el significativo título de "El P.C. de los Estados Unidos cambia de nombre".<sup>36</sup>

"Antes de Teherán – explicó Browder – el mundo se preguntaba si la coalición entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y la U.R.S.S. no se rompería después de la destrucción del enemigo común y si esos tres países, emprendiendo cada uno su camino, no iniciarían un nuevo período de agitación revolucionaria y de luchas internacionales que desembocarían indefectiblemente en la Tercera Guerra Mundial. Teherán ha tranquilizado a esos espíritus superficiales que no comprenden que no se puede llevar a cabo una guerra juntos si no se está de acuerdo sobre lo que debe ocurrir después... La humanidad ha alcanzado un nuevo grado de inteligencia. El capitalismo y el comunismo ha empezado ya a caminar juntos hacia la futura colaboración pacífica. Esta amplia política, esa suprema política, llevada a cabo en el interés de todos, comporta también un deber para todos: reducir al mínimo y, si es posible, eliminar todo tipo de lucha violenta de la vida interna de cada país... He reflexionado mucho y he llegado a la conclusión de que el pueblo de los Estados Unidos está mal preparado, desde el punto de vista subjetivo, para un cambio de la sociedad hacia el socialismo. Al presentarle inmediatamente semejante objetivo no unificaremos la nación y ello servirá únicamente a las fuerzas más reaccionarias. Para sembrar la confusión en el campo democrático los reaccionarios llevan a cabo su campaña electoral (para las elecciones presidenciales de noviembre de 1944) bajo la bandera de la libre empresa, pero los marxistas no deben caer de ningún modo en su trampa proponiendo una consigna diametralmente opuesta... Declaramos abiertamente que estamos dispuestos a contribuir a la eficacia del capitalismo de libre empresa para que no se retrase el maravilloso desarrollo de nuestra economía una vez finalizada la guerra".

Después de analizar los problemas económicos de los Estados Unidos y demostrar la nocividad de las huelgas inconsideradas, Browder constató que algunos preconizaban una ayuda a los países subdesarrollados que podía ir en contra de los principios de la libre empresa. Pero ese espinoso problema no parecía incomodarle: "Admitimos de buena gana que nuestro gobierno debería ir en esa dirección tan lejos como lo permiten los intereses de los exportadores capitalistas". En cuanto a la cuestión de los salarios, ésta debía ser regulada por una inteligente política de las rentas, que permitiera aumentar los salarios proporcionalmente al crecimiento de la producción.

Para finalizar, Browder propuso la disolución del partido comunista, puesto que la tradición del bipartidismo en los Estados Unidos no le permitía representar un papel que fuera eficaz. Una nueva Asociación política comunista (que, sin embargo, estaba rígidamente verticalizada, según las buenas reglas) no presentaría ningún candidato a las elecciones, sus miembros se conformarían con actuar en el seno de los dos grandes partidos existentes, "que forman dos grandes canales institucionalizados", para hacer avanzar "todo lo que hay en ellos de bueno y progresista". "Estamos a punto de adoptar la línea de los problemas y no la de los partidos".

El discurso de Browder causó entre los comunistas de La Habana el efecto de una bomba. Hasta ese momento habían llevado su acción gubernamental un poco a ciegas y la resistencia de su propia base embraba, necesariamente, algunas dudas sobre esa actuación y su posible desenlace. Inesperadamente, gracias a Browder, los dirigentes del P.C. cubano encontraron una justificación teórica a todos sus compromisos. Todo lo que hacían era indispensable – Browder *dixit* – para la paz entre los Grandes, para el futuro del mundo, puesto que todo dependía de la paz social en el interior de cada país. Al contribuir a la unidad nacional de los cubanos aportaban su modesta contribución a la maravillosa construcción del mundo, basada en acuerdos pacíficos, sobre la concordia entre los hombres y los distintos sistemas, y no ya en las "agitaciones revolucionarias" y las luchas incontrolables. Además, al igual que ocurría con el pueblo norteamericano, el de Cuba no estaba "preparado subjetivamente para un

<sup>36</sup> Véase *Fundamentos*, revista teórica del P.C. cubano, febrero de 1964.

cambio social hacia el socialismo". Si el partido lo hubiera propuesto prematuramente habría ayudado simplemente a los reaccionarios en sus intenciones. Por tanto era totalmente correcto no hacerlo, y ahora podía felicitarse por su clarividencia y por la cordura de su programa moderado.

No intentamos llevar a cabo interpretaciones, sino que, simplemente, resumimos innumerables discursos pronunciados por la mayoría de los líderes cubanos que están reunidos en un libro titulado, de forma muy browderiana, *A la luz de Teherán*.<sup>37</sup> El P.C. cubano aceptó todas las tesis fundamentales de "su gran camarada de los Estados Unidos", excepto una: no se transformaría en una "asociación de comunistas". En Cuba el escenario político estaba lleno, hasta la saturación, de partidos, grandes o pequeños; hubiera sido absurdo hablar de una tradición bipartidista. El P.C. decidió simplemente, para no ser menos, cambiar de nombre. Y resolvió que a partir de entonces se llamaría Partido Socialista Popular y, como es sabido, permaneció fiel a ese nombre hasta el fin de su existencia, en 1961.

Ciertamente todas estas innovaciones encontraron ciertas resistencias, tanto en el interior del P.C. de los Estados Unidos como en el de Cuba. En Nueva York el prestigioso líder negro William Foster discutió ampliamente con Earl Browder, mientras que en La Habana César Vilar, uno de los fundadores del partido, acusó abiertamente a Blas Roca, Aníbal Escalante, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez – los cuatro "teheranistas" más importantes – de haber sucumbido al espíritu pequeñoburgués, y pidió insistentemente que el partido conservara su apelación comunista. El debate adquirió un carácter poco elegante, puesto que debía decidirse "si el nombre hacía la cosa" o "la cosa hacía el nombre"; este debate lo resolvió de una forma totalmente salomónica Juan Marinello, poeta y presidente del partido, que declaró: "El nombre hace la cosa si la cosa hace el nombre".<sup>38</sup>

Así pues, el grupo dirigente había ganado el pleito y, durante la segunda Asamblea nacional del P.S.P., en setiembre de 1944, Aníbal Escalante intentó profundizar las tesis de Browder, "el gran norteamericano", abordando notablemente el problema de los países coloniales. "Desde Teherán el mundo ha entrado en una nueva fase histórica; en esta heterodoxa situación nosotros debemos buscar soluciones heterodoxas, puesto que, de otro modo, no seríamos marxistas". Cuba podía abordar confiadamente ese nuevo mundo, puesto que estaba segura de sacar provecho, al lado de los Estados Unidos, "de las dificultades económicas de los otros continentes, devastados por la guerra. La producción de azúcar había decrecido en Europa, en Java, en las Filipinas, y Cuba tenía el deber y el privilegio de abastecer el mercado mundial con ese producto esencial". Pero, aun colaborando fielmente con los Estados Unidos en el espíritu de Teherán, Cuba les pidió que hicieran "algunos sacrificios voluntarios", que revisaran "el tratado de reciprocidad" comercial con Cuba y que devolvieran su libertad a Puerto Rico.

La Asamblea encomendó a Blas Roca la tarea de enviar una "Carta a Earl Browder" para pedirle que utilizara las buenas relaciones que mantenía con el preclaro capitalismo de los Estados Unidos y le incitara a dar un cariz más progresivo a la política de buena vecindad. A la vez que felicitaba al camarada de Nueva York por la cordura de sus escritos y el éxito de su libro en Cuba (veinte mil ejemplares vendidos en cuatro meses), el P.C. constataba que las relaciones entre las dos Américas no evolucionaban, automáticamente, conforme al espíritu de Teherán: los comunistas debían luchar resueltamente para suprimir los obstáculos reaccionarios del camino de la victoria.

<sup>37</sup> Véase el libro, editado con este título en febrero de 1944, en La Habana, en las ediciones del P.C., Paseo Carlos III, n.º 609.

<sup>38</sup> Véase el artículo de Carlos Rafael Rodríguez "De la Liga comunista al Partido Socialista Popular", *Fundamentos*, febrero de 1944.

Mientras discutían de este modo sobre el futuro del mundo y el del hemisferio, los comunistas habían perdido las elecciones: el Dr. Grau formó su nueva administración. Pero el partido se negó a pasar a la oposición. Fiel a su concepto de la unidad nacional, se declaró dispuesto a sostener el gobierno del P.R.S. Auténtico y, mientras evocaba sus muy antiguas (pero infructuosas) negociaciones con esos "revolucionarios", les deseaba pleno éxito para su actuación en el poder. Como muestra de su buena voluntad ofreció la colaboración de sus sindicatos – que controlaba en su 80 % – a la política social de la administración. Y de este modo tuvo lugar, en el mes de febrero de 1945, en La Habana, una comida "histórica", única en los anales del país: la Asociación de Patronos recibió, en presencia de los miembros del gobierno, a todos los dirigentes de la C.T.C. (Confederación de Trabajadores Cubanos). Lázaro Peña, el principal líder comunista sindicalista, hizo un brindis a la gloria "de la nueva era en la historia de la humanidad", mientras que Blas Roca describió el acontecimiento como un "acto trascendental". Los discursos que se pronunciaron fueron incluidos en un libro, al que se dio amplia difusión, titulado *La colaboración entre patronos y obreros*. Para completar ese documento y disipar las dudas, el partido puso en circulación una especie de catecismo, compuesto de preguntas que se planteaba una base escéptica y respuestas tranquilizadoras dadas por los dirigentes.

La euforia colaboracionista estaba en su apogeo en La Habana cuando, el mes de abril de 1945, el rayo condenatorio se abatió sobre el padre espiritual de toda esta política: Earl Browder. Contrariamente a lo que podía esperarse, ese rayo no había sido lanzado por Moscú. Stalin, fiel a las promesas que había hecho en el momento de la disolución del Komintern<sup>39</sup> en 1943, seguía fingiendo que se desinteresaba de las actividades de los P.C. del extranjero. Stalin no podía efectuar el disparo de advertencia contra la política colaboracionista del partido de los Estados Unidos sin alarmar a los norteamericanos y poner en entredicho su decisión de seguir adelante con la Gran Alianza. El ataque contra Browder había sido lanzado por uno de los líderes del partido comunista francés, Jacques Duclos, y podía ser considerado, por los no iniciados, como la expresión de una opinión personal o incluso como el inicio de una polémica entre dos teóricos independientes. De hecho el P.C. francés disfrutaba desde hacía tiempo del estatuto de "hijo primogénito de la Iglesia moscovita". Su líder, Maurice Thorez, acababa de regresar al país después de haber permanecido durante toda la guerra en Moscú, y tenemos derecho a pensar que el artículo antibrowderiano de Jacques Duclos, publicado en los *Cahiers du Communisme*,<sup>40</sup> estaba inspirado por las instancias competentes del Kremlin.

Jacques Duclos acusaba a su camarada norteamericano de tres pecados imperdonables: a) haber liquidado el partido independiente de la clase obrera en los Estados Unidos; b) haber desarrollado una teoría revisionista sobre la desaparición de la lucha de clases en cada país y a escala mundial; c) haber sembrado peligrosas ilusiones oportunistas presentando el acto simplemente diplomático que había sido la conferencia de Teherán como una nueva plataforma política comunista. Al final de este extremadamente áspero requisitorio, Duclos constataba que casi todos los partidos habían rechazado el revisionismo "browderiano", con excepción de algunos P.C. de América latina, particularmente los de Cuba y Colombia (este último había cambiado su nombre por el de "partido socialista demócrata").

Earl Browder se aferró a su opinión. Agradeció secamente a Duclos su "interesante contribución", pero recordó que la Internacional comunista ya no existía y que, por

<sup>39</sup> El Komintern fue disuelto oficialmente el 22 de mayo de 1943.

<sup>40</sup> El artículo de Jacques Duclos figura en el número de abril de 1945 en los *Cahiers du Communisme*, órgano teórico del partido comunista francés.

consiguiente él era el único habilitado para formular la política de su partido. Se trataba de su último combate, puesto que su causa ya estaba juzgada y perdida. El partido socialista popular de Cuba no tuvo la audacia de ir hasta ese extremo y defender toda una época de su propia política. Se hundió inmediatamente como bajo el efecto de un rayo fulminante. El mes de julio de 1945 publicó el artículo de Jacques Duclos acompañándolo con un comentario de Blas Roca que sólo intentaba únicamente minimizar las faltas prácticas cometidas por el P.S.P.: "Nosotros no hemos disuelto nuestro partido, hemos hablado únicamente de una tendencia a la atenuación de la lucha de clases, no hemos alimentado verdaderamente ilusiones oportunistas". Blas Roca reconocía que había confiado excesivamente en la cordura del P.C. de los Estados Unidos e invocaba, como única excusa, el hecho de que las opiniones de Browder eran apreciadas igualmente por "algunos destacados marxistas rusos". Prudentemente evitaba citar los nombres de esos destacados marxistas, y, de todos modos, el argumento era muy endeble. Seis meses más tarde la desbandada del P.S.P. era aún más completa: la tercera Asamblea del partido, celebrada en enero de 1946, fue la de la autocrítica ritual de rigor. Los oradores se sucedían en el estrado para hablar, uno tras otro, de "nuestros errores". Pero la dirección no varió. Los dirigentes siguieron en sus puestos y, al final de sus trabajos, publicaron simplemente un documento cuyo título incluía ya todo un programa: "¡AL COMBATE!"<sup>41</sup>

Pero, ¿qué combate?, ¿contra quién?, ¿con qué aliados? ¿Se podía empezar realmente de nuevo a partir de cero, olvidar la alianza con Batista, los años del browderismo, e iniciar con buen pie la gran batalla antiimperialista y anticapitalista en Cuba? El partido estaba comprometido y aislado: de nuevo se enfrentaba a todos los demás y, en ese desigual combate, se encontraba en inferioridad de condiciones debido a la pesada carga de sus compromisos. Sólo sus más fieles adeptos – esa "minoría con espíritu religioso" – eran capaces de seguirle en ese nuevo y peligroso giro. "La incompreensión" de la mayoría de los cubanos condenaba en lo sucesivo al P.S.P. a vivir únicamente según la hora de Moscú. Y depositó todas sus esperanzas en el éxito de la U.R.S.S., puesto que no podía tener esperanzas de otro tipo. Ahora bien, Rusia iniciaba precisamente la era de los fastos años del jdanovismo, de la represión y de la glorificación "pau-rusa". Se necesitaba mucho valor para hacer propaganda en Cuba en favor de esos extraños temas, pero no debía esperarse que esta propaganda estableciera un puente que uniera al P.S.P. con el resto de la sociedad. El P.S.P., simple portavoz de un mundo aparte, se situaba de este modo al margen de la sociedad cubana, para vivir su propia vida, específica e inaccesible a los no creyentes y a las nuevas generaciones.

Ciertamente no era una vida muy cómoda. La guerra fría estaba en su apogeo y los Auténticos en el poder, para hacerse perdonar sus antiguas y culpables inclinaciones hacia la izquierda, se entregaban a un desenfrenado anticomunismo. Principalmente se ensañaron con los sindicatos comunistas, para privar al P.S.P. de su último feudo. Y lo lograron a base de cometer innumerables crímenes,<sup>42</sup> de estimular el gangsterismo político y desmoralizar totalmente al país. Las esperanzas surgidas durante las gloriosas jornadas de agosto de 1933 habían sobrevivido, contra viento y marea, a pesar de los altibajos de una izquierda dividida, hasta la llegada al poder del gobierno de Grau. Su deposición asestó un golpe mortal a toda una herencia tradicional. "La revolución frustrada produce revolucionarios caricaturescos", me dijo lapidariamente Fidel, al describir la atmósfera que reinaba en 1946 en la universidad de La Habana en la que, a los 19 años, realizaba sus estudios y daba sus primeros pasos políticos.

<sup>41</sup> Véanse las "resoluciones de la Tercera Asamblea Nacional del P.S.P." celebrada en La Habana del 24 al 28 de enero de 1946.

<sup>42</sup> Diversos líderes sindicalistas fueron asesinados por los matones a sueldo del gobierno. El más prestigioso de ellos, Jesús Menéndez, gran dirigente de los obreros azucareros, fue asesinado en 1948.

#### 4. "Legalidad constitucional" y violencia

"La historia – afirmaba Ortega y Gasset – procede por generaciones". Los cubanos dividen a menudo su evolución según esta fórmula. Hablan elogiosamente de la generación revolucionaria de los años treinta, tristemente de la "generación sin esperanza" del siguiente decenio y con entusiasmo de la tercera generación que encontró de nuevo, con Castro, el camino de la revolución victoriosa. Este desglose es, evidentemente, aproximativo: una generación no sale nunca totalmente formada como Minerva de la cabeza de Júpiter. Los "sin esperanza" estaban íntimamente relacionados con la generación de los años treinta y, sin ellos, los castristas nunca se hubieran convertido en lo que son. Aquellos a los que se denomina "hijos perdidos" de la generación intermedia representaban, a fin de cuentas, una tradición y una potencialidad que habían degenerado temporalmente debido al contexto político y a la falta de un líder.

No ofrece ninguna duda que, entre 1934 y la caída de la república constitucional en 1952, la izquierda insurreccional llevó a cabo una política de violencia gratuita. Los "revolucionarios caricaturescos", organizados en camarillas rivales, que encontró Fidel en 1946 en la universidad de La Habana, estaban armados hasta los dientes pero no eran muy revolucionarios. Se declaraban partidarios de la tradición libertaria pero no mataban, y en cambio se mataban entre sí en nombre de esas grandes ideas. Un grupo armado necesita renovar su arsenal, reclutar nuevos combatientes, encontrar medios de financiación; su supervivencia se convierte en un objeto primordial, principalmente cuando la situación no le permite llevar a cabo una lucha eficaz. Esos "revolucionarios" celebraban piadosamente, el 8 de mayo de cada año, el aniversario de la muerte de Antonio Guiterras, pero reanudaban inmediatamente sus combates para obtener el monopolio de la venta de los apuntes ciclostilados. Abusaban de los estudiantes ricos, traficaban con los diplomas, falseaban totalmente el funcionamiento de la F.E.U. (Federación Estudiantil Universitaria) y aterrorizaban de paso a los catedráticos. ¿Eran unos vulgares gánsters? Sí y no. Algunos lo eran o lo fueron posteriormente, otros eran sus víctimas, otros eran simples rebeldes que se vengaban de una sociedad mediocre y corrompida.

Por otra parte, el terrorismo, bajo sus más diversas formas, había existido siempre en Cuba; no lo habían inventado esos jóvenes rebeldes. En Cuba los guardianes del orden habían adquirido, desde hacía mucho tiempo, la fastidiosa costumbre de utilizar asesinos a sueldo. Su imprudencia aumentaba con el paso del tiempo, proporcionalmente a su inmunidad y a su "experiencia". Durante los años veinte, en el transcurso del mandato del "liberal" Alfredo Zayas, ya se decía en La Habana: "Cualquier crimen cometido en la isla tiene su origen en el palacio presidencial". Su sucesor, Machado, aún había ido más lejos: Machado utilizaba a sus asesinos incluso en el extranjero y no tenía ningún escrúpulo en reconocer que había hecho asesinar a Julio Antonio Mella en México. Al llegar Batista al poder, en 1934, batió todos los records al "legalizar" los ajustes de cuentas introduciendo discretamente una ley que permitía condenar a muerte a los sospechosos que habían sido denunciados simplemente por un policía.

Así pues la violencia del poder y la violencia de la oposición formaban parte desde hacía mucho tiempo de la lucha política usual en Cuba. Pero, después de la caída del efímero gobierno revolucionario de Grau-Guiterras, la oposición insurreccional se vio obligada a operar en un marco confuso, excesivamente complejo para sus capacidades políticas. Actualmente nadie piensa en justificarla, debido a que sus tiroteos causaron demasiadas víctimas inútiles e inocentes. Pero sería inútil negar que esta violencia ponía de manifiesto, a pesar de todo, la persistencia de esa "crisis de todo un pueblo" que el mundo político quería enmascarar o escamotear a toda costa. En este contexto es donde debe intentarse comprender la curiosa evolución de esos "grupos de acción".



Desmoralizada por el derrocamiento del gobierno Grau, la izquierda cubana sucumbió, según ciertos comentaristas, a un "fatalismo geográfico". Los cubanos, al igual que los mexicanos y los latinoamericanos, creían desde hacía mucho tiempo "que estaban demasiado lejos de Dios y demasiado cerca de los Estados Unidos".<sup>43</sup> Por ello los "realistas" habían propuesto, ya en la misma época de la dominación española, que la isla se conformara con tener autonomía interna en el seno de la Unión norteamericana. José Martí rechazaba firmemente esta tesis pero, después de la conquista de la independencia, toda una clase de compradores, que sólo veían su inmediato interés, quedó convencida de las virtudes del "autonomismo". Ahora bien, a partir de 1934, la izquierda, incluso la más intransigente, comprendió al parecer que Cuba no podía aspirar a nada más. Naturalmente esta izquierda no proclamaba en voz alta esta convicción, pero en la práctica renunció paulatinamente a la batalla antiimperialista e "independentista".

El siempre brillante Jorge Mañach resumía las razones al pedir "que se demuestre con fórmulas matemáticas bien concretas cómo es posible llevar a cabo la revolución en la misma desembocadura del Mississippi, sin que los Estados Unidos arrojen sobre la isla, en el momento decisivo, todo el poder de su flota de guerra".<sup>44</sup> Nadie se apresuró a responderle. Los partidos admitían implícitamente que no existían tales fórmulas. Cuba debía resignarse a vivir a la norteamericana bajo la tutela de los norteamericanos, y lo único que aún podía reivindicar la izquierda era el derecho a beneficiarse, a su vez, de las ventajas del sistema metropolitano, a saber, de las instituciones democráticas. De hecho, a partir de 1935, la oposición, incluidos los comunistas, sólo habló de este tema.

Gracias a un excepcional cúmulo de circunstancias los distintos elementos de la izquierda se unieron, por diversas razones, a la idea de una fructuosa cooperación con los Estados Unidos, entregándose al mismo tiempo a una demagogia pro-norteamericana. Para los comunistas, después del VII Congreso del Komintern, el antifascismo prevalecía por encima de todo, y estaban más preocupados por la amenazadora penetración de "la casa Bayer" que por el dominio norteamericano sobre la isla. Para los otros, que no tenían una visión muy clara de la sociedad, la retórica rooseveltiana dejaba entender que sería posible establecer nuevas relaciones "justas y equitativas", entre los Estados Unidos y Cuba, sin afectar por ello el problema de la dependencia económica de la isla. Incluso se creía poder explicar a los norteamericanos que su interés residía en ayudar a Cuba a convertirse en un país "justo y democrático". Ciertamente los antiguos miembros del Directorio no se habrían adentrado tan a la ligera en ese terreno si no se hubieran visto estimulados, a su izquierda, por una polémica antiimperialista. Pero, en este caso, debían preocuparse sobre todo por no dejarse desbordar a su derecha por el pronorteamericanismo del P.C. y, por ello, intentaban superarles en ese terreno.

De este modo Cuba se convirtió en el teatro de un gran festival democrático que debía durar cerca de quince años (de 1935-36 hasta 1952). La acción se veía apenas perturbada por algunos tiroteos que se desarrollaban en un plano secundario. Sin embargo, el decorado no se había construido en función del nuevo espectáculo. Cuba seguía siendo un país de sorprendentes contrastes sociales. Los campos estaban sumidos en la miseria y el paro alcanzaba el fantástico nivel del 25 % de la mano de obra disponible. Ciertamente, gracias a la evolución de la metrópolis, la isla había podido salir de la gran crisis de los años treinta y el aumento del precio del azúcar, durante la Segunda Guerra Mundial, había permitido al tesoro disponer de algunas reservas de divisas. Pero, incluso entonces, la tasa del desarrollo económico no

<sup>43</sup> El primero de ellos, el presidente mexicano Porfirio Díaz exclamó: "¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!"

<sup>44</sup> Citado por Raúl Roa en su clásica *La bufa subversiva* (La Habana, 1936).

llegaba a alcanzar la del crecimiento de la población.<sup>45</sup> La principal preocupación de los dirigentes era "evaluar" la producción azucarera para aumentar – o mantener – el precio en el mercado mundial.

¿Cómo hacer funcionar armoniosamente una democracia "liberal" en medio de un semejante desequilibrio generador de corrupción? En La Habana se decía que la Constitución de 1940 se parecía a una hermosa virgen: era agradable a la vista pero nadie podía aprovecharse de sus encantos. La mayor parte de las cláusulas que limitaban la arbitrariedad de los poseedores no se habían aplicado nunca, y resultaba evidente que no podían serlo sin una previa revisión de las relaciones con los Estados Unidos. En su primer período el P.C. demostró que la corrupción que caracterizaba a todos los gobiernos no se debía a la casualidad; esa corrupción no dependía de la mayor o menor moralidad de los ministros en ejercicio sino del conjunto del sistema. Y éste no podía ser salvado a base de pequeñas reformas. Pero, a partir de 1938, los comunistas sostuvieron activamente – si no participaron directamente –, precisamente, un "gobierno de Unión nacional" que sólo prometía ligeras reformas.

Sólo los "violentos" perturbaban ese armonioso concierto; pero eran incapaces, después de sus tiroteos, de formular argumentos susceptibles de desmitificar la sociedad. Desde el principio su debilidad provino de la relación que mantenían – de forma totalmente natural – con uno de los partidos que estaban en la legalidad. En efecto, los "grupos de acción" habían surgido a partir de 1934, después de la "gran traición" del ex-sargento Batista, cuando el prestigio del Dr. Grau se encontraba en su apogeo. Este último, único presidente "honesto y revolucionario", patriota y amigo de la juventud, fue brutalmente depuesto por la morralla militar a sueldo del extranjero. Los militantes del Directorio y toda una franja de jóvenes que gravitaban a su alrededor regresaron, por tanto, a su combate clandestino, con la mirada puesta en Miami, donde se había refugiado el antiguo presidente. Éste acababa de fundar un nuevo partido y de darle el mismo nombre que había utilizado para el suyo hacía mucho tiempo José Martí: Partido revolucionario cubano. A este nombre le añadió incluso el adjetivo Auténtico con objeto de que nadie ignorara que se trataba del mismo movimiento y del mismo combate contra la tiranía. Sus partidarios armados en Cuba tenían, por tanto, ciertos motivos para creer que, siguiendo el ejemplo de Martí, Grau desembarcaría un día para liberar la isla.

Naturalmente, el Dr. Grau no había tenido nunca unos proyectos tan temerarios. Normalmente se conformaba con expresarse de una forma sibilina y dejaba que cada uno interpretase sus intenciones. En realidad no era más que un mediocre demagogo, incapaz de tener una sola idea propia. Si hubiera permanecido en el ambiente de la gran rebelión antimachadista, sin duda habría seguido defendiendo las ideas radicales de su entorno. Pero, en Miami, oía una melodía totalmente distinta y su alma de demócrata cedió fácilmente ante el canto de las nuevas sirenas. La guerra de liberación, por tanto, no tuvo lugar: el Dr. Grau regresó tranquilamente a Cuba en un avión de línea norteamericano después de haber llegado, en 1938, a un acuerdo con Batista sobre el retorno a la "legalidad constitucional".

Este *happy end* no satisfizo excesivamente al ala insurreccional de los Auténticos que, mientras tanto, habían sufrido debido a las arbitrariedades del poder, y perdido a sus mejores combatientes. Por ello les resultaba difícil comprender cómo su ídolo podía legitimar, a cambio de algunas promesas, un régimen surgido de un golpe de fuerza militar. A modo de consolación los militantes de los "grupos de acción" se beneficiaron de una amplia amnistía y pudieron instalarse impunemente en los recintos universitarios en los que la policía no entraba

<sup>45</sup> Julián Alienes y Urosa afirma en su obra (ya citada) que el crecimiento económico cubano superó escasamente el 2 % anual durante todo el período de la República constitucional, de 1940 a 1952.

nunca <sup>46</sup> El Dr. Grau, si bien había perdido algo de su prestigio, seguía siendo, a pesar de ello, el único oponente de talla frente a Batista que, como hemos visto, había "recuperado" mientras tanto a los comunistas. Los "grupos de acción" conservaron, pues, su fidelidad al "guía". Era inevitable, pero ello tuvo fatales consecuencias: un movimiento insurreccional que conservaba sus relaciones con un partido tan poco revolucionario y tan poco escrupuloso como el de los Auténticos estaba condenado a una rápida e irremediable degeneración, que, por otra parte, no tardó en producirse.

El reclutamiento no planteaba problemas a los "grupos de acción". Por sí sola la Universidad permitía una constante renovación de los efectivos, puesto que la nueva generación se resentía, con igual intensidad que sus antecesores, del punto muerto en que se encontraba una sociedad incapaz de garantizarle un mínimo de dignidad para su futuro. En los suburbios, entre los parados, tampoco faltaban los voluntarios para ese combate. Lo que resultaba difícil determinar eran los objetivos del mismo. Batista había hecho regresar a los cuarteles a sus tropas de choque; sus hombres de confianza se habían convertido en oficiales, como mínimo, en sargentos. No tenía ningún partido, con excepción de su ejército. Para combatir contra los batistianos habría sido preciso, por tanto, atacar los cuarteles y esto no era muy fácil en un período de paz y reconciliación nacional. Los únicos gubernamentales que podía atacarse en ese momento eran los comunistas. Éstos eran muy numerosos en la Universidad y desarrollaban una gran actividad en todos los sectores de la sociedad. Ciertamente también disponían de su propio servicio de orden. Éste estaba regido por el temible Rolando Masferrer (del que hablaremos más adelante) y no estaba compuesto precisamente por "angelitos", pero los comunistas, a pesar de todo, seguían siendo más vulnerables que los militares. Así pues, los "grupos de acción" se transformaron paulatinamente en tropas de choque de una guerra anticomunista.

Este papel no era muy cómodo para los radicales. Y se operó una especie de antiselección en el seno de los "grupos", y mientras los mejores abandonaron ese dudoso combate los más violentos se aprovecharon de ello para apoderarse de los puestos del gobierno. Ello provocó muchos conflictos internos y escisiones; finalmente, se constituyeron clanes al modo de las sociedades secretas, basándose cada uno de ellos en una fiel incondicionalidad a un líder y a una férrea disciplina.

Semejantes "movimientos" habrían escandalizado en cualquier democracia; en Cuba se prefería no hablar de ellos. Los comunistas eran los único que protestaban y pedían en vano al Dr. Grau que renegara, como líder de la oposición, de los "terroristas guiteristas". Pero el líder Auténtico, por creer que esos "grupos de acción" aún podían serle útiles, no les hacía caso. Grau tenía sus dudas respecto a la legalidad cubana, y prefería disponer de un ejército secreto de reserva susceptible de replicar, en caso necesario, a una nueva oleada de terror gubernamental. Y no fue hasta su llegada al poder, en 1944, cuando el fenómeno estuvo a punto de hacerse peligroso para él mismo; al haberse convertido en el guardián del orden y la democracia los "grupos de acción" parecían no encontrar su sitio en la nueva situación.

En otro país semejante contradicción habría conducido a una desgarradora crisis; en Cuba, el Estado permitía resolverla sin dolor y a gusto de todos los interesados. La única industria auténticamente nacional – o sea, totalmente controlada por los cubanos – que podía permitir a unos enriquecerse y a otros subsistir era, precisamente, el propio Estado. Éste ponía a disposición de los ministros considerables fondos que podían utilizar a discreción para construirse villas o crear puestos de trabajo suplementarios para sus parientes, amigos o simpatizantes. Y La Habana prosperaba en gran parte gracias a esto. Los apetitos de los Auténticos se habían abierto de forma particular durante su larga permanencia en la oposición

---

<sup>46</sup> La autonomía universitaria fue restablecida en 1937, como muestra de buena voluntad, por Batista. Los constituyentes de 1940 la inscribieron en la ley fundamental de la República.

en la que habían tenido que conformarse con algunas migajas. De este modo, a partir de 1944, los nuevos ministros se entregaron arduamente a la tarea de vaciar las cajas del Estado, hasta el extremo de que su celo en la labor deslumbró incluso a los expertos en la materia.

El ministro de Educación, José Manuel Alemán, por ejemplo, se hizo célebre gracias a las revelaciones de un periodista que, en 1952, le describió como el autor del "mayor robo del siglo".<sup>47</sup> Alemán había invertido lisa y llanamente los fondos de su Ministerio en Florida, en empresas mucho más rentables que la educación nacional cubana. Semejante hombre estaba especialmente indicado para ponerse de acuerdo con los jefes de los "grupos de acción" que operaban en la Universidad. Su colega del Ministerio de Trabajo, Carlos Prío Socarrás,<sup>48</sup> estaba igualmente dispuesto a pagar la ayuda de los "revolucionarios" para liberar a los sindicatos del "dominio comunista". Finalmente el Ministerio del Interior encontró empleos estables para los jefes de los "grupos" cuyas capacidades les designaban de forma totalmente lógica para dirigir la policía. Como se ve la administración Grau intentaba resolver de un modo totalmente democrático el problema.

Y, claro está, lo hizo discretamente, para no enfrentarse con la oposición parlamentaria y, principalmente, para no arruinar las plataformas ideológicas de los "grupos". Era preciso permitirles proseguir con su reclutamiento para que los jóvenes idealistas no se vieran tentados a encontrar guías menos complacientes. Así pues, los dos grandes grupos de revolucionarios subvencionados conservaron las mismas "razones sociales" que en la hermosa época de la lucha contra el "régimen podrido"; el primero, el Movimiento Socialista Revolucionario (M.S.R.), tenía por jefe a Mario Salabarría, mientras que el segundo, la Unión Insurreccional Revolucionaria, permanecía estrictamente fiel a Emilio Tro. Aun cuando los nombres de estos dos movimientos sugieren un cierto parentesco ideológico ambos se combatían ferozmente; sus líderes se odiaban hasta el extremo que continuaron su lucha a muerte cuando ambos se convirtieron en altos funcionarios de la policía.

En ese explosivo ambiente apareció, en 1946, un joven "musculoso" y batallador, deportivo y seguro de sí mismo, al que le gustaba meterse en todo. Fidel Castro no es uno de esos novicios que se someten a la novatada, sino que más bien presenta su candidatura a la dirección de la vida estudiantil de su facultad. Inmediatamente se vio rodeado de adeptos que le tomaban en serio – de lo que actualmente están, evidentemente, orgullosos – puesto que sabía hablar e imponerse como un conductor de hombres. Es hijo de una familia acomodada de propietarios rurales, pero no se parece en nada a un niño mimado. Sus medios le permiten apenas subsistir. Y por ello, curiosamente, pertenece a esa categoría de estudiantes que deberían interesarse en poder aumentar su presupuesto. Pero la *dolce vita* no le interesa en lo más mínimo y desprecia a la juventud "dorada". Es un hombre de acción, un patriota que sigue la tradición de su Oriente natal, un apasionado por la política.

¿De dónde le viene esa pasión? Fidel no habla nunca de sus padres, pero un día, en 1961, describió sin amabilidad el clima de su adolescencia: "Me formé en medio de la peor de las reacciones y he perdido muchos años de mi vida en el oscurantismo, la superstición y la mentira".<sup>49</sup> Así pues no es en el colegio de jesuitas de Santiago o de La Habana donde aprendió el inconformismo y se aficionó a la política. Además, sin ninguna duda, se vio influenciado por el ambiente de ese país lleno de contradicciones que la retórica "legalista"

<sup>47</sup> En la revista norteamericana *American Mercury* de febrero de 1952, los periodistas Sam Boal y Serge Fliegers publicaron un artículo con ese título. En él ambos autores explicaban detalladamente cómo el ministro Alemán había cargado en camiones el dinero en metálico de su Ministerio para trasladarlo a Florida. Citamos según *Juventud Rebelde* del 5 de enero de 1968.

<sup>48</sup> Carlos Prío Socarrás sucedió al Dr. Grau en 1948 en la presidencia de la República.

<sup>49</sup> Véase el discurso de Fidel Castro a los intelectuales del 30 de junio de 1961.

nunca había anestesiado totalmente y que arrastraba aún fuertes corrientes de rebelión endémica.

A primera vista Fidel Castro es un candidato totalmente adecuado para la batalla de los "grupos de acción". Tiene agallas, sabe manejar el revólver, y su impulso político, unido a su falta de preparación doctrinal, debería arrojarle en brazos de los que hablan mucho de insurrección mientras distribuyen puestos de responsabilidad en la Federación de estudiantes. Sin embargo, Fidel no formará parte nunca de un grupo armado. Fidel pone de manifiesto, desde el principio, una singular capacidad para vivir las experiencias de su generación sin por ello ser prisionero de la misma.

El M.S.R. de Mario Salabarría comprendió rápidamente que ese ambicioso individuo podía ser peligroso. Y decide suprimirlo antes de que sea demasiado tarde. Fidel escapó milagrosamente de una emboscada preparada por los hombres de Salabarría y estableció contactos con la U.I.R., único grupo capaz de hacer contrapeso a la presión de sus enemigos. Pero no por ello aliena su independencia y conserva un estatuto de francotirador, aliado al grupo sin por ello estar sometido a su disciplina. Fidel sabe sacar provecho de esta situación al poder conocer directamente a toda una juventud que marcha por el camino de una pseudorrevolución, pero es demasiado sagaz para comprometerse en sus locuras. Un día de 1947, el periódico comunista *Hoy* le trata, sin embargo, de "gángster".<sup>50</sup> Sus adversarios buscan inútilmente desde hace más de veinte años las pruebas que puedan justificar semejante acusación.<sup>51</sup> De hecho Fidel se distinguirá algunos años más tarde al denunciar muy eficazmente el "gangsterismo"; sus primeras intervenciones en *Alerta* y sus primeros pasos jurídicos estarán dedicados a la defensa de las víctimas de los pseudoinurreccionalistas a sueldo de la policía.

A Fidel nunca le ha gustado la aventura por la aventura; sus camaradas estudiantes, incluso los que admiten que entonces no supieron reconocer todas sus cualidades, se muestran unánimes al respecto. Pero, a pesar de su prudencia y de su precoz discernimiento, no pudo eludir todas las trampas tendidas por los demagogos que sabían especular con los generosos sentimientos de la juventud. Cuando, durante la primavera de 1947, buscan voluntarios para liberar Santo Domingo de la dictadura de Trujillo, Fidel es uno de los primeros en ofrecerse. Debe reconocerse que el objetivo había sido elegido cuidadosamente. Entre los tres héroes nacionales cubanos – José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo –, uno de ellos, Máximo Gómez, era un dominicano que había acudido por idealismo a la isla para liberarla del yugo español.<sup>52</sup> Por tanto los jóvenes cubanos habían contraído una deuda con la patria de Máximo Gómez. Para los más politizados, como Fidel, el régimen de Trujillo encarnaba el mal total, y su presencia "deshonraba" la reputación de América latina. Por tanto, era totalmente lógico que toda la ira de los jóvenes cubanos, avivada por sus inútiles tentativas de introducir un poco de justicia en su propio país, se vertiera sobre el cáncer del trujillismo.

---

<sup>50</sup> El número de este periódico falta en la colección incompleta de la Biblioteca nacional.

<sup>51</sup> La falta de pruebas no ha impedido nunca a ciertos escritores anticastristas insinuar que Fidel había sido un miembro activo del grupo de acción de Emilio Tro. Andrés Suárez, en su obra *Cuba Castroism and Communism* (M.I.T. Press, 1967), pp. 14-15, roza el ridículo cuando compara la acción de los hombres de Emilio Tro, que ejecutaron a sus adversarios y escribieron en sus cadáveres: "La justicia es lenta pero segura" con el hecho de que Fidel, en uno de sus discursos, haya utilizado la misma frase.

<sup>52</sup> El general Máximo Gómez es distinguió durante la primera fase de la guerra y José Martí le concedió, en nombre del Partido Revolucionario cubano, el título de comandante en jefe del ejército cubano. Juntos hicieron un llamamiento para que se reanudaran las hostilidades, en 1895, a partir del territorio dominicano, el *Manifiesto de Montechristi*. Después de la victoria el general Máximo Gómez se negó a mezclarse en la política cubana, por no ser nativo del país. Pero es considerado como un héroe puro y, lo que es más, como un precursor en el arte de la guerrilla.

La operación se organizó bajo la égida del M.S.R., pero la independencia que Fidel supo conservar con respecto a la U.I.R. le permitió participar en la expedición. Por otra parte, Mario Salabarría se mantuvo al margen, para atenuar de este modo el carácter "partisano" de la empresa. Entre sus tres líderes más relevantes encontramos a Rolando Masferrer. Este, que había combatido en la guerra de España, y posteriormente dirigió a las juventudes comunistas para convertirse después en responsable del servicio de orden del partido, era el prototipo del activista. En el momento de emprender la expedición sólo tenía 29 años, pero ya había acumulado las más diversas experiencias. Su idealismo había ido disminuyendo en el curso de los años, pero no su tendencia a la violencia. Abandonó el P.S.P. en 1945, fundó su propio periódico *Tiempo en Cuba* y entabló amistades internacionales con hombres que sabían defenderse en un mundo corrompido e hipócrita. Como además de todo esto era inteligente y hábil, estaba totalmente capacitado para triunfar en ese medio.<sup>53</sup> Pero en 1947 aún no podía postular el mando supremo del pequeño ejército de liberación de Santo Domingo. Y compartió la dirección con dos "retoños" del movimiento Auténtico, Eufemio Fernández y Manolo Castro. Eufemio, además de ser un experto en violencias, había participado en todas las batallas de los grupos de acción. Manolo Castro,<sup>54</sup> presidente de la F.E.U., era amigo del ministro José Manuel Alemán y sabía, por tanto, cómo obtener los fondos necesarios para llevar a término la expedición. Éste ya había recibido del presidente argentino Perón un apreciable regalo: 350.000 dólares en armas de diversos tipos.

Al principio todo fue sobre ruedas. Para no comprometer con su acción la responsabilidad del gobierno cubano los miembros de la expedición se instalaron en un arrecife que no pertenecía a nadie, que se encontraba a medio camino entre Cuba y Santo Domingo, llamado Cayo Confites. Este Cayo, que es una simple roca plana, de un kilómetro de longitud por algo menos de anchura, no tiene ningún tipo de vegetación. Por tanto no es posible eludir ni el aplastante calor ni las frecuentes lluvias tropicales. En contrapartida una nube de moscas y mosquitos se alegró extraordinariamente de la llegada de esos 1.500 combatientes. Los veteranos de la guerra del Pacífico encontraron más dura la vida en Cayo Confites que lo había sido durante la lucha contra los japoneses. Los más jóvenes, como Fidel, descubrieron brutalmente todos los inconvenientes del oficio de las armas bajo un clima tropical.

Sin embargo, nada de esto amilanó a los voluntarios. Éstos se adiestraban pacientemente y discutían ya las batallas que deberían librar después de la victoria sobre Trujillo. Todos decían estar dispuestos a ir a liberar a continuación Nicaragua del régimen de Somosa y abatir una tras otra todas las dictaduras del continente. Decidieron llamar su pequeña tropa armada Ejército de Liberación de América. En cualquier caso, ya estaban dispuestos los planes para la primera batalla. El batallón suicida que llevaba el nombre de Antonio Guiteras debía desembarcar directamente en la capital enemiga y atraer a las fuerzas trujillistas. Los tres restantes batallones que se llamaban Máximo Gómez, José Martí y César Augusto Sandino,<sup>55</sup> aprovecharían esta circunstancia para atacar la ciudad por los flancos y rodear al adversario. Por

<sup>53</sup> La carrera de Rolando Masferrer puede servir como ejemplo de la decadencia moral de un cierto tipo de revolucionario. Este antiguo voluntario de las Brigadas internacionales en España, que fue senador con Batista, a partir de 1952, ha acabado poseyendo su propio ejército de asesinos a sueldo, "los tigres de Masferrer", y se ha hecho célebre por sus acciones contrarrevolucionarias. Evidentemente, ha hecho fortuna y reside en Florida. Junto con la C.I.A. estuvo mezclado con los preparativos del desembarco de Playa Girón, en 1961, y después del asesinato del presidente Kennedy, en 1963, figuraba entre los sospechosos de un complot de extrema derecha.

<sup>54</sup> Más honesto, Manolo Castro fue abatido después de regresar de la expedición, en pleno parque central de La Habana. Sus asesinos no fueron descubiertos, y puede decirse que ni siquiera se les buscó. De ello proviene la tesis de que se vio arrastrado a la aventura de Cayo Confites sin estar al corriente de todas las implicaciones y por ello se convirtió en un peligroso testigo "que sabía demasiado".

<sup>55</sup> César Augusto Sandino (1895-1934), revolucionario nicaraguense, se hizo legendario por su resistencia a la ocupación norteamericana de su país en 1928. ¡Hicieron falta seis años de guerra para vencerle!

consiguiente cada batallón se entrenó para la misión que le había sido encomendada y, después de sesenta días de intensos preparativos, las tropas estuvieron a punto para el asalto.

Pero la orden de desencadenar la operación no llegaba. Los jefes querían comprar aviones para asegurar a los asaltantes una cobertura aérea y anunciaron la próxima adquisición de un barco especialmente equipado para el desembarco. Así pues los miembros de la expedición aguardaron la llegada de ese navío acorazado y magnífico que simbolizaba la seguridad de su victoria. Mientras, la vida se hizo insostenible. La comida, totalmente aderezada con insectos, empezaba a escasear. Evidentemente en el arrecife no se podía comprar nada y las iniciales reservas personales se agotaron rápidamente. Y empezaron a estallar disputas, que llegaron incluso hasta algún tiroteo, y a producirse robos. La disciplina se relajaba cada vez más. Y el "barco fantasma" seguía sin llegar.

El gobierno Grau, que, al principio, no vio con malos ojos ese éxodo de los jóvenes combatientes hacia otros cielos, empezó repentinamente a inquietarse por el giro que había tomado la expedición. En La Habana circularon rumores de todo tipo sobre las auténticas intenciones de los jefes de la expedición y sobre las relaciones que mantenían con los políticos ambiciosos, que aspiraban a dar un golpe de Estado. El nombre del ministro Alemán se pronunciaba muy frecuentemente. Nada de ello era cierto, nada podía probarse, pero teniendo en cuenta el estado en que se hallaba todo en esa frágil "legalidad", nada de todo ello era tampoco improbable. El presidente Grau decidió que, en la duda, era mejor adoptar precauciones. De todos modos estimó que era una imprudencia poner tantas armas en manos de jóvenes que exaltaban la memoria de esos grandes libertadores. Y el comandante en jefe del ejército cubano legal, el general Pérez Damera, recibió la orden de dispersar a los combatientes de Cayo Confites. Los jefes de la expedición protestaron para tapar el expediente, pero no ofrecieron ninguna resistencia.<sup>56</sup>

Carlos Franqui, que se encontraba en Cayo Confites un poco como francotirador, un poco como periodista, me ha explicado que Fidel, no queriendo someterse a las órdenes de dispersión, propuso a Juan Bosch, que también estaba presente en el arrecife, reunir a unos cincuenta hombres y llevar a cabo solos la lucha de guerrillas en Santo Domingo. Bosch rechazó la propuesta de ese joven que en aquellos momentos acababa de cumplir veinte años.

Resulta fácil imaginar el estado de ánimo de Castro cuando regresó a La Habana, en octubre de 1947, después de haber perdido inútilmente tres meses en ese arrecife. Y, para acabar de arreglar las cosas, ciertos amigos suyos le dijeron que, al parecer, había sido víctima de un gigantesco engaño: todo el asunto había sido montado por Mario Salabarría, jefe del M.S.R. y desde hacía poco director de la Oficina de investigación de la policía, para coger desprevenido y liquidar a su eterno enemigo Emilio Tro, jefe de la U.I.R., que, a su vez, era, desde hacía poco, director de la Academia de la policía. A pesar de la partida de sus tropas para la expedición, Sala-barría había conservado algunos destacamentos de choque en La Habana y, una noche, los lanzó al asalto de la villa de Tro que, en principio, debía estar solo. De hecho, Tro había conservado prudentemente a su lado una guardia bien armada. El encuentro dio lugar a un gigantesco tiroteo, digno del Chicago de la buena época. Y ello fue excesivo, incluso para la tolerante opinión cubana: el gobierno se vio obligado a encarcelar a Salabarría, el vencedor de ese sangriento ajuste de cuentas. De este modo desaparecieron ruidosamente de la escena los dos jefes de los "grupos de acción".<sup>57</sup> Pero el escándalo repercutió en los Auténticos; esos dos altos funcionarios, "revolucionarios gánsters", habían sido los amigos y protegidos de los ministros y del propio presidente.

<sup>56</sup> Rolando Masferrer concedió, simplemente, una entrevista a Bohemia el 12 de octubre de 1947, para lamentar que "el jefe del ejército haya decapitado la revolución dominicana".

<sup>57</sup> Aun cuando el gansterismo no tardó en actuar de nuevo, como veremos más adelante.

Así, pues, el año 47 finalizaba en medio de una mezcla de farsa y tragedia: la liberación de América latina había fracasado en los arenales de Cayo Confites y la antigua tradición revolucionaria del Directorio se había hundido en una innoble historia de gangsterismo. Fidel, inquieto, buscó en otra parte. En abril de 1948 viajó junto con Alfredo Guevara y otros dos camaradas, a Bogotá, donde tenía lugar una conferencia de estudiantes latinoamericanos. Esa reunión, inspirada principalmente por las juventudes peronistas, empezó mal. Los argentinos vilipendiaban a Gran Bretaña y se preocupaban muy poco de los Estados Unidos. Por el contrario los cubanos no tenían mucho que reprochar al imperialismo británico. Esa dificultad para encontrar un lenguaje común ponía de manifiesto, una vez más, la amplitud y la profundidad de las divisiones existentes en el continente.

Así pues la Conferencia iba a quedarse en agua de borrajas cuando, inesperadamente, el 9 de abril, una extraordinaria explosión social conmovió a Bogotá. En pleno centro de la ciudad un asesino profesional asesinó a Jorge Eliecer Gaitán, líder del partido liberal y gran defensor de los explotados. Algunas horas más tarde, Bogotá era asolada; una masa furiosa parecía querer destruirlo todo y derrocar el orden establecido.<sup>58</sup> De hecho el "bogotazo" no era aún una revolución: no se trataba más que del primer episodio de una guerra civil que aún perdura en Colombia. Sin embargo, Fidel pudo ver con sus propios ojos la extraordinaria violencia que se ocultaba bajo la superficie aparentemente tranquila de América latina; principalmente tomó conciencia de sus raíces sociales: la desesperación y el hambre. Frente a él, y tal vez por primera vez, el concepto de revolución se unía al de lucha contra la explotación, y la política revelaba sus fundamentos materiales. A partir de ese momento, para él, el problema de la libertad ya no se planteó únicamente en términos morales y de derecho; se trataba, en primer lugar, de la supervivencia de los humildes. Esto le marcó profundamente. Su antiimperialismo se ancló en una cierta concepción de la sociedad.

A su regreso se sumergió en la literatura social, accesible gracias a la gran editorial mexicana Fondo de Cultura Económica e intentó comprender las razones profundas de la crisis cubana. Leyó a Lenin, y un poco a Marx y, aun cuando nunca se vio tentado a afiliarse al P.S.P., estableció amistad con ciertos estudiantes comunistas. Y con ellos fundó una línea anti-imperialista que denominaron "30 de setiembre".<sup>59</sup> Fidel apreciaba su seriedad, su sentido de la organización, a veces incluso su cultura política, todas las cualidades de que carecían a menudo los demás rebeldes. "¿Saben cuántos antiimperialistas había entonces en la universidad de La Habana?", preguntó en 1964 a los delegados de la conferencia de los P.C. de América latina, "pues bien, en total éramos treinta, incluyendo a los comunistas".

De hecho Cuba – tres años después de haber finalizado la guerra – parecía totalmente replegada sobre su enfermedad crónica: la degeneración de la vida pública. La política representaba para unos una carrera hacia la riqueza y, para otros, no era más que una perpetua diatriba entre la corrupción de las costumbres. Es preciso consultar la colección de *Bohemia*, revista semanal de gran tirada (250.000 ejemplares), para comprender este fenómeno. En la sección *En Cuba* se podía encontrar cada semana noticias concretas y extraordinariamente documentadas sobre la corrupción, el gangsterismo, los asesinatos políticos y las extravagantes

<sup>58</sup> El mismo día en que se produjo esta extraordinaria explosión popular, se inauguró en Bogotá una conferencia de la O.E.A. La prensa de los Estados Unidos acusó por tanto a los comunistas de haber urdido un complot y, en su impulso descriptivo, no dudó en hablar de la ejecución de los sacerdotes y otros actos de "vandalismo rojo". Totalmente ofuscados, los periodistas norteamericanos parecían olvidar el origen del acontecimiento, a saber, el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, líder de la izquierda colombiana. Por otra parte, un hombre tan poco sospechoso de ser comunista como Jules Dubois explica en su obra sobre Castro que en Bogotá no fue ejecutado ningún sacerdote y que no existe ninguna prueba de complot comunista. Cf. Jules Dubois, *Fidel Castro* (México: Grijalbo, 1959).

<sup>59</sup> En recuerdo de la célebre manifestación del 30 de setiembre de 1930, durante la cual fue asesinado Rafael Trejo. Ver p. 89.



costumbres de la república. El director de *Bohemia*, Miguel Angel Quevedo, no hacía muchos comentarios: simplemente exponía las noticias y las fotos de los arreglos de cuentas en las páginas de la revista. De todo ello se desprendía la imagen de un gigantesco malestar social.

Todo lo demás se difuminaba. En el plano internacional la información se plegaba dócilmente a los clichés norteamericanos de la guerra fría. *Bohemia* se encontraba, a este respecto, al nivel del más mediocre semanario tejano. Unos reportajes sensacionalistas, reproducidos fielmente de la prensa norteamericana, pintaba a la Unión Soviética con unos rasgos totalmente sombríos, identificándola, sin vacilaciones, con la Alemania nazi. Los Estados Unidos eran exaltados como los piadosos defensores de la libertad. Evidentemente ese alineamiento provenía, en gran parte, de la presión de la "comunidad de negocios norteamericana", de la que no podía escapar ninguna publicación: los fondos de publicidad se convierten fácilmente en una interesada subvención y en un precioso medio para ejercer chantaje. Pero el "pro-atlantismo" de *Bohemia* era también consecuencia de todo esa tradición de la Segunda Guerra Mundial que la propia izquierda había contribuido a instaurar.

Al antisovietismo y al pronorteamericanismo de *Bohemia* los comunistas sólo replicaban con una exagerada glorificación de Stalin y de la U.R.S.S. Por otra parte, la propaganda comunista alcanzó el máximo de la indigencia durante ese período, la época de Jdanov y de los "congresos de la paz". El malestar que suscitaba en Europa esa época era atemperado por los recuerdos de Stalingrado; el papel que los comunistas habían representado en la resistencia estaba aún fresco en todas las memorias; nada de todo esto podía incluirse en el haber de los cubanos. Por ello éstos periclitaban en su *ghetto* y la isla gravitaba tranquilamente en la órbita norteamericana. Los jóvenes de la Liga antiimperialista no podían contar más que con sus propias fuerzas para encontrar, por encima de la simple propaganda y a partir de las nuevas condiciones materiales y morales de América latina, las profundas bases del impulso anti-norteamericano de los años treinta.

Pero suscitaron pocos ecos. El interés estaba centrado en esos momentos en la política interna. Eduardo Chibas, senador Auténtico de Oriente y antiguo dirigente del Directorio, reaccionando contra la degeneración de las costumbres, acababa de erigir la bandera de la rebeldía contra su propio partido: "¡Basta de corrupción, basta de injusticia, vergüenza contra dinero!", repetía en su programa semanal en la radio. Su actitud provocó una escisión en los Auténticos y, en octubre de 1947, fundó el partido del pueblo cubano, al que denominó "Ortodoxo" para subrayar su fidelidad a la ortodoxia de José Martí. La insignia que eligió, una escoba, mostraba claramente sus intenciones. Sus discursos brotaban directamente de las páginas del antiguo *Alma Mater*, el periódico antimachadista del Directorio. En ellos están presentes las mismas llamadas al honor contra los ladrones en el poder, a la justicia contra la explotación y la miseria, la misma nobleza moral y la misma imprecisión con respecto a los medios a utilizar para cambiar realmente la sociedad.

Ciertamente, esta vez, Chibas no tenía frente a él a un Machado, dictador caricaturesco, apoyado por los banqueros norteamericanos, sino un buen demócrata "independiente", el Dr. Grau. Así pues Chibas no preconizaba la utilización de la dinamita, sino que quería derrotarle en el terreno electoral. Chibas parecía responder a lo que estaba esperando toda una juventud, que ya entreveía la posibilidad de una política limpia y concreta. La ascensión del nuevo partido fue fulminante. Al expirar su mandato, en 1948, Grau fue sustituido por Prío Socarrás pero no por ello el partido Ortodoxo dejó de adquirir mayor importancia. En menos de tres meses se convirtió en el más importante partido cubano. La "escoba" de Chibas no dejaba a salvo a nadie. Incluso llegó a acusar al propio presidente y a su ministro Alemán de haberse comprometido en negocios sucios. Pero, al no poder demostrarlo, se le amenazó con entablarle un juicio por difamación. Finalmente, el 5 de agosto de 1951, Chibas se suicidó espectacularmente durante su emisión semanal radiofónica. Finalizó su alocución con las

siguientes palabras: "¡Pueblo de Cuba despiértate, éste es mi último aldabazo!" El disparo que ponía fin a la carrera de Eduardo Chibas resonó en miles de hogares cubanos. Evidentemente la emoción fue enorme. Al partido Ortodoxo llegaron adhesiones en masa, y éste estaba seguro de ganar las elecciones del siguiente años. Fidel era uno de sus candidatos a diputado.

Pero el radicalismo de los Ortodoxos, aun cuando suavizado, todavía parecía muy peligroso. Rubén Martínez Villena ya había visto lo que era preciso hacer: "Debe utilizarse la dinamita para expulsar a los bribones del poder". Las elecciones de junio de 1952 no se celebraron: nueve semanas antes de la fecha prevista, durante la noche del 10 de marzo de 1952, el general Fulgencia Batista dio un nuevo golpe, evidentemente con la intención de restaurar "el orden y la democracia". Cuba se despertó otra vez bajo una dictadura.

## 5. Los "Frontistas" en la tormenta de una revolución

El segundo golpe de Estado de Fulgencio Batista ilustra de forma perfecta la célebre expresión de Marx: las tragedias históricas sólo se repiten bajo la forma de farsas. En 1934, para desbaratar la oleada revolucionaria que se desencadenaba sobre la isla, el ex-sargento había ahogado el país en un baño de sangre. Y, simultáneamente, había dado al traste con las esperanzas que tenían sus compatriotas de llegar a una auténtica independencia nacional y a una vida algo más digna. Dieciocho años después, en 1952, con la ayuda de un puñado de soldados, volvió a encontrarse con el poder, sin pegar ni un tiro, al llegar el alba de una noche de carnaval. Según parece, Batista fue el primer sorprendido ante la facilidad de su victoria. El presidente Prío disponía de medios suficientes para defender la legalidad; pero prefirió no utilizarlos y se embarcó con dirección a Miami.

Así pues, ¿qué es lo que condujo, por segunda vez, a Fulgencio Batista al palacio presidencial? ¿Podía imponer un grupo de oficiales del cuartel de Columbia, por sí solo, su ley al país? Los comunistas intentaron demostrar, posteriormente, que el "madrugazo" estaba relacionado con profundas razones sociales. Los latifundistas, partidarios de la reducción de la producción azucarera, que en 1952 había batido todos los récords y amenazaba la estabilidad de precios en el mercado mundial, escogieron, en su opinión, a un hombre fuerte para imponer su voluntad a los pequeños propietarios y a los asalariados susceptibles de verse perjudicados por las eventuales restricciones. En resumen, se trataba de un golpe de Estado preventivo, destinado a hacer frente a una hipotética crisis social. Tal vez. Sin embargo, en 1952, Cuba iba bastante bien; tan bien como podía ir un país afectado por una enfermedad estructural crónica, en el que el 25 % de la fuerza de trabajo se hallaba en paro permanente. Ninguna revolución era inminente, como en 1933. Los sindicatos estaban domesticados y paralizados por el "mujalismo";<sup>60</sup> y los comunistas reducidos al aislamiento y la impotencia. Únicamente el partido Ortodoxo amenazaba el poder de los Auténticos, pero se trataba también de un partido burgués, radical-demócrata, que no se proponía más que limpiar la administración pública de la corrupción que la estaba minando.

De hecho el golpe se vio facilitado por la extrema degeneración de los poderes. Apenas seis días antes del golpe de Estado el joven abogado Fidel Castro trazó un impresionante cuadro

<sup>60</sup> Eusebio Mujal, antiguo trotskista convertido en líder sindicalista, primero al servicio de los Auténticos y después unido a Batista, era un *union boss* a la norteamericana. Amasó una fortuna pero defendió, a menudo hábilmente, las reivindicaciones puramente salariales de los trabajadores. De este modo el "mujalismo" se convirtió en el sinónimo de un cierto concepto del sindicalismo que condujo a la despolitización de la clase obrera. Las opiniones son a menudo contradictorias respecto a sus nefastas consecuencias. Maurice Zeitlin en *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class* (Princeton N. J.: Princeton University Press, 1967) demuestra, según una encuesta realizada en Cuba en 1962, que la inmensa mayoría de los obreros era favorable a la revolución; pero varios líderes castristas me han dicho que el "mujalismo" había alejado parcialmente a los trabajadores industriales – que de todos modos eran poco numerosos – de la participación activa en la lucha y que siguió influyendo en su actitud después de la victoria de la revolución.

de esa decadencia en las columnas del periódico *Alerta*. En ellas comentaba la denuncia que había presentado, en el Tribunal de Cuentas, contra el presidente Prío. Esa denuncia empezaba de forma muy solemne:

”En nombre de la Patria recorro a este Tribunal. Cuba, que se ha convertido en una tierra fratricida, se encamina hacia su propia destrucción, se transforma en garito y se convierte en el refugio de personas desenfrenadas; y se dirige a ustedes en su desesperación, Señores Jueces, esperando el milagro que pueden salvarla del hundimiento constitucional y moral... La causa única y fundamental de la crisis de autoridad, y de la oleada de sangre, es la desenfrenada carrera hacia el enriquecimiento a costas del Estado. El ataque a un banco, o a cualquier institución privada, moviliza inmediatamente todos los recursos de la sociedad – opinión pública, fuerzas represivas, tribunales – mientras que, por una inexplicable falta de instinto de conservación social y de conciencia colectiva, el asalto continuo que se lleva a cabo contra fabulosas cantidades de dinero público no provoca ninguna reacción. A la larga las consecuencias son fatales: sangre, desmoralización, anarquía y ruina”.

Fidel denunciaba ante todo el gangsterismo que, a pesar del escándalo de 1947, había brotado de nuevo con mayor intensidad. El nuevo presidente, Prío Socarrás, desde el inicio de su mandato, había promulgado la famosa ”Ley contra el gangsterismo” (ley n.º 5 de noviembre de 1948) pero había renunciado a aplicarla, creyendo más cómodo establecer un ”pacto entre los grupos”. ”No se ha llegado a ese acuerdo” se indignaba Fidel, ”por razones sociales o humanas, o por la convicción de que toda represión era estéril. No, se trata de uno de los hechos más escandalosos que han ocurrido nunca en una sociedad civilizada. Prostituyendo su supremo cargo, el presidente ha capitulado incondicionalmente frente a los grupos fratricidas y ha comprado la paz pública al precio de vergonzosas concesiones”. Castro no se limitaba a formular acusaciones de carácter general; también daba detalles sobre los mecanismos que permitían a los miembros de los grupos de acción percibir salarios en los distintos ministerios sin rendir a cambio ningún servicio.<sup>61</sup> El Palacio presidencial entregaba, además, 18.000 dólares al mes a los distintos grupos en forma de 600 remuneraciones particulares.<sup>62</sup> ”Sin ese dinero”, concluía Fidel, ”no habría atentados. Los revólveres con que se mata son pagados por Prío. Los hombres que matan son protegidos de Prío. Yo le acuso frente a este tribunal de ser el responsable de nuestra tragedia nacional, aun cuando tenga que pagar con mi propia sangre el imperativo deber de mi conciencia”.<sup>63</sup>

Prío no respondió a esta acusación, así como tampoco reaccionó, algunos días más tarde, frente al desafío de Batista. Las restantes fuerzas políticas no tuvieron, es cierto, reacciones más vivas que las de Prío. En el momento de producirse el golpe de Estado un grupo de estudiantes se presentó en el Palacio para suplicar al presidente que resistiera. Al fracasar esta gestión, el grupo publicó en *Bohemia*<sup>64</sup> una ”declaración de principios” que iba encabezada por una frase de Martí: ”Los estudiantes son la defensa de la libertad y su ejército más fiel”. Esa declaración proclamaba:

<sup>61</sup> Ésta es la lista de salarios atribuidos gratuitamente a los distintos grupos: grupo de Comela, 60 puestos; Tribunal Ejecutor Revolucionario, 120 puestos; Unión Revolucionaria Insurreccional, 110 puestos; Acción Revolucionaria, 250 puestos; Grupo Colorado, 400 puestos; Grupo Masferrer, 500 puestos; Grupo Policarpio, el más temible, 600 puestos. En total, más de 2.120 salarios mensuales eran distribuidos gratuitamente por los Ministerios de Salud, Trabajo, Interior y Obras Públicas. Los jefes de los grupos y sus colaboradores más próximos se embolsaban personalmente numerosos salarios: un cierto Manuel Vilma, por ejemplo, se quedaba con treinta; Guillermo el Flaco, con 28; Pepe *el Primo*, con 26; *el Bóxer*, con 26, etc. Esas remuneraciones eran distribuidas por el señor Casero, secretario en el Ministerio de Obras Públicas, por orden expresa del propio presidente.

<sup>62</sup> Fidel Castro acusaba igualmente al presidente Prío de utilizar a los soldados para cultivar sus tierras e indicaba el precio que esa explotación le costaba a Hacienda. Eduardo Chibas ya había formulado esa queja dos años antes a Prío.

<sup>63</sup> Cf. *Alerta*, ”El derrumbe constitucional”, 4 de marzo de 1952.

<sup>64</sup> Cf. *Bohemia*, 23 de marzo de 1952, n.º 32, p. 54.

”No regresaremos a nuestros estudios mientras la Constitución sea violada... Llamamos a todos los partidos, organizaciones y grupos democráticos para que cierren sus filas, junto con nosotros, en esta noble cruzada en pro de la república. Exhortamos a los estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales y cuadros para que unan su voz a la nuestra, que es la del pueblo y, por tanto, la de Dios”. Esta llamada, firmada en nombre de la F.E.U. por una veintena de estudiantes – entre los cuales se encontraba José Antonio Echeverría, futuro fundador del nuevo Directorio –, causó gran impresión, pero no suscitó ninguna iniciativa en los partidos. Todos manifestaron sus grandes aprensiones con respecto al futuro, pero nadie hizo nada. Miguel Angel Quevedo, director de *Bohemia*, resumió con una frase esa inquietud: ”Este régimen no traerá al pueblo más que persecución, muerte y aflicción”.

Asimismo, el partido comunista condenó, desde el primer momento, el golpe de Estado, sumando a esa condena un meticuloso análisis de las condiciones internacionales e internas que lo habían engendrado.<sup>65</sup> Los comunistas, aislados desde hacía varios años, no pudieron hacer oír su voz fuera de las asambleas del partido y deploraron la pasividad de las masas. Daban la culpa, primordialmente, a la debilidad de los demás partidos y les propusieron inmediatamente una unión contra el fascista en el poder. Esta vez el partido no hablaba de ”las profundas raíces populares de Batista”. En la hora de la guerra fría el partido veía en él al hombre de los norteamericanos, a alguien que había roto las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, a un anticomunista cínico que utilizaba el espantajo rojo para suscitar ”un partido del miedo”. Creyendo que ”no hay mal que por bien no venga” los comunistas confiaban en la formación de un ”frente democrático nacional” para salir de una vez de su aislamiento.

Pero sus esperanzas eran vanas; la oposición democrática era más anticomunista que anti-batistiana y no pensaba comprometerse en absoluto con un compañero que habría reducido a la nada su influencia en los Estados Unidos. Por el contrario, hizo todo lo posible por recordar a los norteamericanos la antigua alianza de Batista con los comunistas e intentar convencerles de que estaban apostando a un mal caballo para defender la isla contra los rojos. Esta propaganda tenía también su eficacia en el interior de Cuba, aun cuando los comunistas proclamaran a voz en cuello que Batista no era el mismo que antes y que la desunión de los anti-fascistas favorecía sus más aviesas intenciones. Los argumentos del P.S.P. no dejaban de ser lúcidos, al igual que sus análisis de la situación social de la isla, pero su eficacia práctica era casi nula; el partido no tenía ningún interlocutor entre las fuerzas tradicionales y ni siquiera sospechaba la existencia de nuevas fuerzas. El P.S.P. se situaba, por tanto, siempre en una perspectiva legalista y frontista, lo que, evidentemente, no podía aportar ninguna solución ni a su aislamiento ni a la lucha contra Batista.

Los Ortodoxos, aun cuando estaban frustrados debido a que el golpe de Estado les había privado de una inminente victoria electoral, prefirieron callarse. Estaban afectados por una extraña parálisis, como vencidos por ese mal golpe que les había asestado el destino. No habían previsto nada, no sabían qué hacer y su cohesión interna empezaba a resquebrajarse. El dulce perfume del poder había llevado a su lado a numerosos personajes ambiciosos que no veían con mucho agrado una nueva- permanencia de larga duración en la oposición. Además, el dictador se mostraba liberal y juraba que su más caro deseo era restaurar el orden y la Constitución. Batista prometía elecciones, ciertamente en una fecha indeterminada, pero ¿no bastaba con esto para iniciar el diálogo? Aún más, Batista había dado a sus oficiales una orden formal: ”Sobre todo que no haya sangre”; la vida en La Habana se había hecho más soportable que durante el tiempo de los Auténticos.

Sólo los jóvenes Ortodoxos estaban a salvo de semejantes ”tentaciones”, pero, por carecer de una dirección energética, se veían obligados a actuar individualmente. Fidel Castro fue el pri-

<sup>65</sup> Cf. *Fundamentos*, abril de 1952, p. 431, ”El madrugón del 10 de marzo tuvo un largo proceso de gestación”. (Análisis de la comisión ejecutiva del P.S.P.)

mero en reaccionar. El 24 de marzo de 1952 presentó una denuncia en la Corte constitucional contra el golpe de Estado de Batista; después se dirigió al Tribunal de urgencia para reclamar una orden de detención contra el usurpador. En una extensa acusación, jurídicamente impecable, demostró que Batista podía ser castigado a cien años de cárcel por haber violado toda una serie de leyes.

”Si frente a esos flagrantes y reconocidos crímenes de traición y sedición – concluía – el tribunal no interviene para juzgar y castigar, ¿cómo podrá juzgar en el futuro este mismo tribunal, por sedición o rebelión, a cualquier ciudadano que se rebele contra este régimen ilegal, surgido de una traición? Sería algo absurdo, inadmisible, monstruoso, a la luz de los más elementales principios de la imparcialidad de la justicia... La lógica me dice que si existen tribunales, Batista debe ser castigado; y si Batista no es acusado, si continúa siendo jefe del Estado, presidente, primer ministro, senador, jefe civil y militar, depositario del poder ejecutivo y del poder legislativo, dueño de la vida y de los bienes de los ciudadanos, entonces es que los tribunales ya no existen, él los ha suprimido. ¿Es ésta la terrible verdad? Si es así, que los Señores Jueces lo digan, que se quiten la toga y renuncien a su cargo. Lo malo sería callar esta verdad, resignarse a una realidad trágica, absurda, sin lógica, sin normas, sin sentido, sin gloria ni honor, sin justicia”.

La Corte constitucional rechazó el recurso del abogado Fidel Castro declarando que ”la revolución es origen de ley”. El Tribunal de urgencia no tramitó su denuncia. Por otra parte era poco probable que Castro esperara alguna respuesta. Sus gestiones tendían más bien a probar, a la juventud Ortodoxa y a sí mismo, que era inútil cualquier tentativa en el plano del derecho y de la Constitución. De este modo Fidel quemaba sus naves. Para él y su generación la revolución – la auténtica, la que era preciso preparar para salir de la dictadura y del punto muerto hacia el que se deslizaba la oposición tradicional – se convertía también en origen posible del derecho.

No era una elección fácil; Castro había combatido, durante los años precedentes, contra la violencia, convertida en sinónimo de degeneración política, debido a la influencia de su formación jurídica. Sin embargo, inevitablemente, era preciso retornar a la violencia; el fracaso del recurso de inconstitucionalidad era la prueba de ello. Pero, esta vez, era preciso que la violencia rompiera el círculo vicioso en el que se debatía la política cubana; en el pasado los jóvenes se sacrificaban para restablecer una legalidad, el ”libre juego de las fuerzas democráticas”, que, invariablemente, daba origen, a su vez, con ocasión de un golpe de Estado o de un ”cuartelazo”, a una nueva dictadura. La cosa no tenía sentido. Por ello Castro daba a la palabra ”revolución” un nuevo significado; incluso si no la relacionaba con socialismo, resulta evidente que, ya en 1953, concebía el proceso revolucionario como algo que no podía limitarse a un simple retorno al *statu quo ante*.

Esta convicción le indujo a actuar al margen de los partidos, alejándose incluso de esa Ortodoxia a la que permaneció unido, sin embargo, aún cierto tiempo.<sup>66</sup> En efecto, Fidel no

<sup>66</sup> La ruptura formal entre Castro y el partido Ortodoxo no se produjo hasta el 19 de marzo de 1956. Hasta ese momento Castro actuaba de forma totalmente independiente; Fidel polemizaba con el Partido o con su organización juvenil pero tendía más bien a ignorar ese Partido, que había dejado de interesarle. El 16 de agosto de 1955 envió al Congreso del Partido un mensaje que afirmaba: ”El Movimiento 26 de Julio no constituye una tendencia en el interior del Partido; es el aparato revolucionario del ‘chibasismo’ enraizado en su base de la que ha surgido para luchar contra la dictadura cuando la Ortodoxia ha demostrado ser impotente debido a sus mil divisiones internas”. En el momento de producirse la ruptura Fidel acusó a la Ortodoxia de haberse entregado a una lucha contra la corriente y haber adoptado una línea oportunista; también afirmaba que el Movimiento 26 de Julio era el auténtico heredero de la tradición de Eddy Chibas, ”una Ortodoxia sin dirección de latifundistas del tipo Fico Fernández Casas; sin azucareros del estilo Gerardo Vázquez; sin especuladores bursátiles, sin magnates de la industria y el comercio, sin los abogados de los grandes fortunas, sin potentados provinciales, sin politicastros...” Esta actitud de Castro es explicada por Tules Dubois en Fidel Castro (México: Grijalbo, 1959), pp. 95-97. Dubois fue atacado posteriormente por los castristas que dijeron era miembro de la C.I.A., pero en ese

confiaba excesivamente en una radicalización de las fuerzas tradicionales, puesto que las más importantes, Autenticismo y Ortodoxia – a pesar de ser distintas en el plano moral – se habían revelado ineficaces en la práctica. Los estudiantes estaban profundamente marcados por los años de lucha sangrienta entre "grupos de acción" y Castro no pensó en dirigirse a ellos. Más bien tenía intención de construir un nuevo instrumento, al servicio de la revolución, y más adelante veremos cómo se entregó a esa labor.

Quedaba, finalmente, el problema de las relaciones con el P.S.P., partido tradicional, ciertamente, pero entregado, en principio a la revolución social. Uno de sus dirigentes me ha explicado que el mes de mayo de 1953, o sea, dos meses antes del ataque al cuartel de Moncada, Fidel Castro había pasado por la librería del partido y solicitó verle en su oficina. "Me causó muy buena impresión", confiesa actualmente ese dirigente que se pregunta si Fidel iba a hacerle alguna propuesta o a sondear sus intenciones. En todo caso, no hizo nada de todo esto; la conversación fue totalmente convencional; naturalmente, la línea de los comunistas no se conciliaba con el proyecto de Fidel y ni el más convincente de sus interlocutores habría podido, en ese momento, arrastrar al partido a una lucha armada.

Por tanto, Castro decidió actuar solo. Y agrupó a personas que, al igual que él, estaban hartos de Batista y de la pasividad de la oposición que se le enfrentaba <sup>67</sup> Fidel empezó reuniendo a esos amigos en un apartamento del Vedado, en La Habana; cada miembro del grupo traía o indicaba la existencia de nuevos adeptos. Jesús Montané, jefe de personal de la General Motors cubana, llevó, por ejemplo, a Abel Santamaría, que se convirtió posteriormente en el brazo derecho de Fidel. Otro amigo le presentó a Nico López, un joven obrero que se convirtió en el "tercer hombre" del equipo. Todos juntos decidieron actuar sin demora, estimando que una resonante acción militar bastaría para provocar un levantamiento en la isla. Todos se negaban a tener en cuenta la apatía general que reinaba en el ambiente; en su opinión casi todo el mundo se mostraba ferozmente hostil a Batista y sólo se esperaba un signo para manifestar esa hostilidad. Por ello decidieron atacar el cuartel de Moncada, en Santiago, provincia de Oriente, la menos sumisa y más combativa de todas las provincias. Mientras un grupo, cuyos miembros se habían disfrazado de soldados, se apoderaba del cuartel, otros dos se apoderarían del Tribunal y del Hospital civil de la ciudad; otro grupo llevaría a cabo una operación de dispersión en Bayamo. Finalmente se lanzaría por radio una llamada a la nación.

Castro seleccionó 170 hombres, entre un millar de candidatos, pero sólo un pequeño núcleo conocía con precisión sus proyectos. Las armas fueron compradas con el dinero de los militantes: Jesús Montané dimitió de su puesto y entregó a Fidel todos sus ahorros; otros vendieron su casa o su pequeño comercio familiar. Se citaron en una granja, cerca de Santiago, en Siboney. La víspera del 26 de julio de 1953, Fidel distribuyó los uniformes y las armas y pronunció un breve discurso frente a su tropa, dando a cada uno de sus miembros la oportunidad de retirarse. Casi todos le siguieron.

---

momento era presidente de la Sociedad interamericana de prensa y un claro antibatistiano. Su libro, gran fuente de datos, es muy primario en sus tentativas de interpretación política.

<sup>67</sup> Veamos como José Ponce, uno de los comandantes de los rebeldes, explica su enrolamiento: "Conocí a Pepe Suárez en un parque, por la noche, y me explicó lo que se preparaba. Me habló de Fidel, me dijo que era joven, que tenía ideas nuevas y que el movimiento no tenía nada que ver con el pasado ni con los politicastos de la época. Entonces le dije: 'Está bien, tenme al corriente'. Recuerdo que un sábado vino a decirme: 'Ponce, espérame mañana; nos vamos a La Habana'. Es todo lo que me dijo". Cf. Carlos Franqui, *Le Livre des Douze* (París: Gallimard, 1965), p. 15. Veamos ahora lo que dice Juan Alemida Noir, albañil, que se convirtió en uno de los jefes de la Sierra Maestra: "Conocí a Fidel en la colina de la universidad... Las primeras armas que he visto en mi vida fueron las que él nos dio. Se puso a hablar de la Revolución, de lo que era la Revolución, explicó los procesos evolutivos, y que el golpe de Estado implicaba un paso hacia atrás. Afirmaba que la juventud tenía que unirse, que era la fuerza viva, que contaba con unos elementos que no tenían ningún compromiso con el pasado". Cf. op. cit., p. 16.

Los camiones emprendieron el camino hacia Santiago, que se encontraba en plena fiesta; era la noche del carnaval. El grupo de Raúl Castro, el primer que llegó al lugar, se apoderó fácilmente del Palacio de justicia. El segundo, dirigido por el Dr. Muñoz, con Melba Hernández y Haydée Santamaría, ocupó el hospital sin dificultad. Pero el asalto del cuartel Moncada fracasó. Fue una matanza: la batalla no fue excesivamente sangrienta, pero los militares torturaron y ejecutaron a sangre fría a la mayoría de prisioneros, entre los que se encontraba Abel Santamaría. Después de arrancarle los ojos se los mostraron a su hermana Haydée, Fidel, Raúl y algunos otros lograron escapar, en orden disperso, hacia las montañas de los alrededores. Una semana después, agotados por el hambre y el cansancio, tuvieron que entregarse. Y salvaron la vida de milagro. Posteriormente Fidel Castro explicó en qué modo le había enseñado esa experiencia que la montaña puede ser un magnífico refugio, pero que para sobrevivir se debía estar seriamente preparado y equipado.

Los supervivientes fueron llevados ante el Tribunal militar en setiembre de 1953; pero, después de dos días de proceso, el caso de Fidel fue apartado del de los restantes acusados. Fue juzgado solo, a puerta cerrada, el 23 de octubre, en una pequeña habitación del hospital de Santiago y se defendió a sí mismo. Su defensa, *La historia me absolverá*, se convirtió en la carta del futuro "Movimiento 26 de julio". Mientras, condenado a 15 años de cárcel, fue relegado, al igual que los restantes procesados, a la penitenciaría especial de la isla de Pinos.<sup>68</sup>

El fracaso de Moncada no fue el final sino el principio de la empresa castrista. Batista tuvo que renunciar inmediatamente a su máscara de hombre de orden, deseoso de restablecer la legalidad, llevó a cabo una feroz represión, decretó el estado de excepción y restableció la censura. Algunos meses más tarde, para calmar a sus protectores norteamericanos – los sucesivos embajadores de los Estados Unidos en Cuba, Gardener y Smith, eran amigos personales suyos –, anunció, sin embargo, que las elecciones tendrían lugar en 1954. Batista esperaba que su eterno rival, el doctor Grau San Martín, representaría el papel de candidato de la oposición y daría de este modo un mínimo de autenticidad a la consulta electoral. El antiguo líder Auténtico empezó prestándose a esa farsa pero, algunas semanas antes del escrutinio, se retiró de la competición, al comprender que los datos estaban trucados.

De hecho, no sólo Batista, sino todas las fuerzas de la oposición, estaban obligadas después de Moncada a determinarse en relación con ese tercer interlocutor, Fidel Castro. Aun cuando estuviera relegado en la isla de Pinos, Fidel se había convertido en una figura nacional dotada de un considerable prestigio; nadie ignoraba que desde su celda de la cárcel estaba tejiendo los hilos de una nueva red política. Sus amigos parecían encontrarse en todas partes y todo el mundo estaba convencido de que, tarde o temprano, Batista se vería obligado a dejarle en libertad. Ese singular prisionero logró incluso, en mayo de 1954, provocar una crisis en el seno del gabinete: el secretario del ministro del Interior, en una carta abierta, denunció a su patrón por haber viajado a la isla de Pinos para celebrar una entrevista secreta con Castro. El secretario, Díaz Balart – declarado batistiano a pesar de ser el cuñado de Fidel Castro –,<sup>69</sup> tuvo que dimitir, al igual que el ministro, Hermida.

Fidel salió de la cárcel el mes de mayo de 1955 gracias a una amnistía general. Los periodistas le esperaban en la puerta y le acompañaron, en barco y tren, hasta la capital. En la estación de La Habana la masa le reservó una triunfal acogida. Fidel se instaló en Vedado, no como un prisionero arrepentido, feliz por haberse librado de una buena, sino como líder

<sup>68</sup> Con respecto a Moncada véase en particular la defensa de Fidel, *La historia me absolverá* (La Habana: Instituto del Libro, 1967) (véase también la edición, más accesible para el lector español, Documentos de Cuba [Barcelona: Edición de Materiales, 1968]); *Haydée habla del Moncada* (La Habana: Instituto del Libro, 1967); véase también en Carlos Franqui, op. cit., los relatos de Celia y de Haydée y el libro de Robert Nerle ya citado.

<sup>69</sup> Fidel estaba aún estudiando cuando se casó con Mirta Díaz Balart, con la que tuvo un hijo, Fidelito. Mirta Díaz solicitó el divorcio mientras Fidel estaba encarcelado en la isla de Pinos.

revolucionario que anunciaba, *urbi et orbi*, que muy pronto iba a empezar de nuevo. Algunos meses más tarde viajó a México, no sin afirmar que iba a regresar inmediatamente, con las armas en la mano, para liberar la isla. Detrás suyo dejaba un movimiento que aún se encontraba en una fase embrionaria, más bien pobre, pero también a muchos curiosos y simpatizantes a los que apasionaba su promesa. Sus compañeros de Moncada buscaron inmediatamente el modo de unírsele.

En México, Fidel no dejó que se olvidaran de él. No perdió ninguna ocasión de pronunciar un discurso, a los jóvenes o a los viejos, de depositar flores en los monumentos de los héroes de la revolución mexicana, de exaltar la solidaridad con su patria encadenada, de recolectar fondos, etc. Se comportaba como lo habría hecho el líder de una nación hermana, en visita oficiosa, seguro de regresar próximamente al palacio gubernamental que había dejado, ocupado por algún intruso sin derecho a ello. La policía mexicana tenía dificultades para seguir el rastro de ese hombre-huracán que surgía por todas partes, provocando la curiosidad de todos. Pero, además de esta desbordante actividad pública, Fidel Castro llevaba a cabo una acción semiclandestina para reclutar, equipar y adiestrar un grupo de combate capaz de expulsar al intruso de Cuba.

Su conducta correspondía, evidentemente, a su nueva estrategia político-militar. Fidel ya no confiaba en la rebelión espontánea, desencadenada por un estallido localizado. Esta vez quería crear un movimiento de masas, totalmente adicto a su política, que, gracias al estimulante suministrado por la acción militar, crecería hasta hacerse irresistible. Por tanto necesitaba, simultáneamente, publicidad personal, para alimentar la propaganda de su movimiento, y un equipo de hombres capaces de llevar a cabo gloriosos combates en la Sierra. El reclutamiento de voluntarios para la futura guerrilla planteaba pocos problemas: los jóvenes acudían en gran número a la casa de María Antonia, una cubana de México, que acogía y albergaba a Fidel y su estado mayor. Un coronel republicano español nacido en Cuba, Alberto Bayo, aceptó gustosamente adiestrar la pequeña tropa. Sin embargo, era preciso no hacerse notar mucho, puesto que México, a pesar – o debido – a su tradición de violencia, podía aceptar difícilmente extranjeros armados en su territorio.

Pero, a fin de cuentas, la dificultad no residía en este hecho; sino que era de tipo político. El dictador, demasiado primario para comprender la intención de Fidel, había caído fácilmente en la trampa. Batista ya no acusaba a los Auténticos ni a los comunistas – como inmediatamente después de Moncada – sino que concentraba sus iras en el Movimiento 26 de Julio, contribuyendo ampliamente a su popularidad. Evidentemente, Fidel exaltaba de júbilo: "Es el mayor error de su vida".<sup>70</sup> Pero las restantes fuerzas de la oposición no estaban dispuestas a aceptar incondicionalmente su liderazgo. Algunos, y primordialmente los Ortodoxos, no dudaban en acusarle de mitomanía y pretendían que su "huida a México" le había descalificado. Este tipo de publicidad negativa no le convenía a Fidel.

En efecto, Fidel tenía una visión unitaria del combate – tal como veremos más adelante – y necesitaba imperiosamente la ayuda de todos sus oponentes. Cuando su movimiento aún era muy débil – primordialmente durante los años de su encarcelamiento en la isla de Pinos –, Fidel prohibía a sus camaradas que mantuvieran contactos con los Auténticos u otros miembros de los demás partidos. "Pactar con ellos sería una grave desviación ideológica", escribía a Haydée Santamaría, a Melba Hernández y, posteriormente, al médico Faustino Pérez.<sup>71</sup> En enero de 1956, envió desde México un violento artículo a *Bohemia*, "Frente a

<sup>70</sup> Citado por Jules Dubois, op cit.

<sup>71</sup> Faustino Pérez, al igual que Armando Hart y otros muchos dirigentes castristas, inició su actividad política inmediatamente después del golpe de Estado en las filas del Movimiento nacional revolucionario, fundado por el profesor de filosofía García Bárcena, un veterano de las luchas de los años treinta. Es por ello que no



todos”,<sup>72</sup> en el que les decía cuatro verdades a los impotentes miembros de la oposición que se habían atrevido a criticarle. Pero, al mismo tiempo, daba a entender que era necesario establecer un diálogo entre los patriotas. Poco después mantuvo una serie de entrevistas con los representantes de las diversas tendencias; incluso se entrevistó con el expresidente Prío al que hacía poco había acusado de los peores crímenes.<sup>73</sup>

Pero esos diálogos fueron poco fructíferos. Como máximo sirvieron para hacer cesar las polémicas que hacían el juego de Batista. No se preveía la conclusión de ningún acuerdo, por una simple razón: Fidel exigía de los demás miembros de la oposición una ayuda en armas y monetaria para derrocar rápidamente al dictador, pero se negaba a hipotecar su futura victoria. Los otros, por su parte, no querían darle nada de balde y su espíritu estaba centrado claramente en lo que vendría después de Batista. Como máximo estaban dispuestos a admitir a Fidel en su club de opositores, pero no aceptaban ofrecerle la presidencia con el pretexto de que era el único que quería llevar a cabo una lucha armada. Por otra parte no compartían tampoco su optimismo en cuanto al éxito que esperaba obtener en este terreno.

Una sola organización fue la excepción a esta regla: el Directorio Revolucionario. El movimiento estudiantil que, bajo ese nombre se había cubierto de gloria durante los años treinta, resucitó en 1955 bajo la dirección de un católico, José Antonio Echevarría. Al igual que había ocurrido anteriormente, no quería limitar su acción al recinto de la Universidad – aun cuando conservara celosamente el control de su fortaleza y no permitiera a nadie, ni siquiera al Movimiento 26 de Julio, implantarse en él – e intentaba, también aliar una acción política, incluso en el medio obrero, con el terrorismo urbano. Los militantes del Directorio apoyaron, por tanto, a los obreros del azúcar que estaban en huelga, durante el mes de diciembre de 1955. De un modo general se comportaban como si fueran los únicos depositarios autorizados de la tradición revolucionaria de los años treinta. Pero, nobleza obliga, aun cuando carecían de proyectos para después del derrocamiento de Batista, los hombres del Directorio daban preponderancia a la acción inmediata. Las relaciones con el M-26-7 eran unas relaciones “entre combatientes” y no “entre políticos”.

José Antonio Echevarría viajó a México el mes de setiembre de 1956, y estableció un pacto de unidad de acción con Fidel. Ambos lanzaron un llamamiento al país, como “líderes de las organizaciones de la nueva generación revolucionaria”. El Directorio se mostró siempre muy celoso de su independencia pero permaneció fiel a sus compromisos de México y combatió contra Batista con pasión y coherencia. También liberó – y éste es uno de sus grandes méritos – a la Universidad de los residuos del gangsterismo que la había infestado durante tanto tiempo.

Las relaciones entre los comunistas y estos dos movimientos “violentos” constituyen un capítulo aparte.<sup>74</sup> En el momento del ataque a Moncada, los días 25 y 26 de julio, el P.S.P.

---

participaron en el asalto al cuartel de Moncada y no se unieron a Fidel hasta haber comprendido que los complots de García Bárcena – que contaba con los desacuerdos entre los militares – no servían de nada.

<sup>72</sup> Véase la revista *Bohemia* del 8 de enero de 1956.

<sup>73</sup> La entrevista de Fidel Castro con el expresidente Prío tuvo lugar en setiembre de 1956 en McAllen (Texas), en la frontera mexicana. Fidel viajó hasta Reynosa, cerca del río Grande y, por no tener visado de entrada a los Estados Unidos, entró clandestinamente en este país, disfrazado de obrero. Según otra versión, atravesó el río a nado. Más tarde, los Auténticos hicieron correr el rumor de que la compra del *Granma* se había realizado con su dinero. Faustino Pérez lo niega rotundamente; personalmente me ha dicho que el barco fue comprado con el dinero recolectado en La Habana entre muchas personas de modestos ingresos.

<sup>74</sup> El Directorio luchaba contra la propaganda comunista en la Universidad puesto que, en su opinión, esa propaganda desviaba a los estudiantes de su objetivo prioritario: la lucha contra Batista. Naturalmente el Directorio se defendía contra las tentativas de infiltración y la polémica que llevó a cabo contra el P.S.P. adquirió tal aspereza que desembocó, en 1957, en un auténtico drama, en el asunto llamado de Marcos Rodríguez (véase la página 315).

celebraba una conferencia nacional, semiclandestina, en Santiago. Así pues el dictador aprovechó la oportunidad para atribuirles la responsabilidad de ese "criminal incidente" y poder perseguirlos.<sup>75</sup> El partido hizo lo imposible para defenderse de esas acusaciones; para ello explicó que sus dirigentes se encontraban en Santiago por casualidad, simplemente para celebrar el cumpleaños de Blas Roca; posteriormente, y para demostrar aún más su inocencia, condenaron violentamente "el aventurismo de los castristas". Uno de los miembros de la Oficina política, Joaquín Ordoqui, se distinguió particularmente por la violencia de sus denuncias.

Siete años después, en 1960, Blas Roca declaraba serenamente, frente a la VIII Asamblea nacional del P.S.P., que, "visto retrospectivamente", el 26 de julio de 1953 había señalado un hito decisivo en la situación cubana por tres motivos: "Porque había hecho surgir en el escenario político a jóvenes líderes totalmente partidarios de una acción y una ideología revolucionarias; porque habían demostrado que la lucha armada constituía un medio primordial para destruir la tiranía; porque había obligado a Batista a desenmascarse".<sup>76</sup>

Desgraciadamente los comunistas carecieron de esa "visión perspectiva" en el momento de producirse el hecho e incluso después de la sorpresa de los primeros días, cuando, el mes de agosto, el P.S.P. decidió examinar la situación con calma. En una "Carta a los militantes"<sup>77</sup> – puesto que el periódico del partido, *Hoy*, había sido suspendido por la censura – definía el asalto a Moncada como una tentativa "golpista, aventurista, desesperada, característica de una pequeña burguesía sin principios y comprometida con el gangsterismo". Semejante postura no podía, evidentemente, facilitar cualquier tipo de acercamiento entre los comunistas y los jóvenes rebeldes.

Aún es más, el partido "teorizó" su oposición formal a la lucha armada. El *putsch* asusta a las masas – escribía – y, por por tanto, las aleja de la acción. El ataque de Moncada había representado, objetivamente, una ventaja para Batista, precisa-el terreno de las luchas reivindicativas de los asalariados. Por tanto era preciso, a cualquier precio, no dar pretextos a la represión anticomunista y antiobrera. Puesto que el objetivo de Batista era destruir el partido comunista, el primer deber de todos era defenderlo y exigir su legalización. Además, era preciso, ahora más que nunca, luchar en pro de la constitución de un "frente democrático nacional"; puesto que la represión afectaba a todos los partidos en la oposición, éstos debían cerrar sus filas para defenderse; finalmente, se debían hacer peticiones y todo aquello que podía ser útil para obtener "la ampliación del campo de las libertades" y la revisión de la ley electoral batistiana, particularmente desfavorable a los comunistas.

No era un programa particularmente ambicioso, a pesar de contener, como siempre, la larga lista de las reformas que debían efectuarse algún día para hacer salir a Cuba de su marasmo político. La perspectiva de un acuerdo con los partidos demócratas era tan mediocre después de Moncada como lo había sido antes, pero el P.S.P. prefería encerrarse en su política de espera antes que intentar establecer contacto con los partidarios de una acción violenta. A pesar de todo el partido se inquietaba por la creciente popularidad del M-26-7 durante los años 1953-56. El triunfo de Castro al salir de la cárcel, la solicitud que le testimoniaban los demás partidos indicaban claramente que el fenómeno castrista no sería fácil de exorcizar. Ciertos dirigentes recordaban perfectamente los "errores de los años treinta" como para

<sup>75</sup> La policía de Batista no se preocupaba excesivamente de la coherencia de sus acusaciones: al mismo tiempo, acusó también a Prío y Sánchez Arango de haber promovido el asalto. También ellos negaron formalmente esas acusaciones y se desolarizaron de Castro.

<sup>76</sup> Cf. Blas Roca, *The Cuban Revolution. Report to the eight National Congress of P.S.P. of Cuba* (Nueva York, 1961), p. 41.

<sup>77</sup> Cf. *Carta de la Comisión Ejecutiva Nacional del P.S.P. a todos los Organismos del Partido*, 30 de agosto ed 1953.

preguntarse si no se encontraban frente a un nuevo Antonio Guiteras; un Antonio Guiteras que había perdido su carácter de hombre aislado, que se había convertido en un hombre del Movimiento, un multiplicador de fuerzas y ocasiones, un organizador de gran envergadura que perseguía un objetivo revolucionario muy concreto. A partir de ese momento se inició una discusión en la cumbre del P.S.P. No conocemos con exactitud su desarrollo, puesto que la prensa clandestina comunista no dice ni una palabra sobre el asunto. Pero, si hacemos caso a los testigos, el directorio que regía en aquel momento al partido clandestino<sup>78</sup> fue criticado, debido a su intransigente anticastrismo, por dos influyentes líderes, Osvaldo Sánchez y Carlos Rafael Rodríguez. La ausencia de Blas Roca<sup>79</sup> y la dificultad de recurrir a medidas disciplinarias en la clandestinidad, unidas a los nuevos dramas a las incertidumbres de la desestalinización que llegaba de la U.R.S.S. obligaron al P.S.P. a renunciar a su habitual rigidez. La línea del partido permaneció inalterable, pero los comunistas, de forma individual, no tenían nada que perder manteniendo contactos con los castristas.

Ahora bien, los refugiados comunistas cubanos eran muy numerosos en México. Algunos de ellos, más o menos desavenidos con el partido, como Alfredo Guevara, eran antiguos compañeros de Fidel. Otros, como Lázaro Peña, eran, ante todo, sindicalistas; otros eran antiguos amigos de Raúl Castro. Por ello se produjeron muchos viajes entre la casa de María Antonia y el "cuartel" comunista de México. Tal como hemos dicho anteriormente, Fidel estaba dispuesto a discutir con todo el mundo. Nunca había sido uno de esos apasionados anticomunistas que temblaban al tocar a un "rojo". Pero ni Castro ni los comunistas tenían ningún interés en dar cualquier tipo de publicidad a sus vagas entrevistas. El primero no quería comprometerse de ningún modo con el P.S.P., y los segundos no estaban acreditados para llevar a cabo ningún tipo de negociación, ni siquiera oficiosa.

Los comunistas informaron simplemente al *doctor* Castro de la situación en el sector obrero cubano, inmediatamente después de la huelga azucarera de diciembre de 1955 y le dieron su opinión sobre la amplitud del descontento popular. El *doctor* Castro les puso al corriente de sus proyectos y de la fecha de su próximo desembarco. En su opinión la situación en las ciudades era tan tensa que su llegada provocaría una explosión no sólo en Santiago – donde estaba prevista – sino incluso en La Habana y en el resto del país. Los comunistas no compartían su optimismo y le aconsejaron que se tomara el tiempo suficiente para preparar cuidadosamente el terreno. ¿Se limitaron a esto los contactos? No sabemos nada más.

Evidentemente, Fidel no quería esperar. Se había comprometido formalmente frente a la opinión cubana: "Este año seremos hombres libres o mártires"; y estaba decidido a desembarcar antes de finalizar 1956. La tensión que había originado alrededor de su consigna le daba una baza psicológica considerable.<sup>80</sup> En Cuba todos esperaban apasionadamente los resultados de su "gran apuesta histórica". Añadamos a todo esto que la policía mexicana le hacía la vida difícil y que no parecía dispuesta a tolerar por mucho más tiempo la presencia de esa pequeña tropa en su país.

---

<sup>78</sup> La Oficina Política del P.S.P., en principio constituida por diez personas, fue reducida durante la represión de 1953, a un directorio que incluía a Blas Roca, Aníbal Escalante, Joaquín Ordoqui, Severo Aguirre y Manuel Luzardo. Pero Blas Roca se encontraba fuera del país la mayor parte del tiempo y el poder de hecho pasó a manos de Aníbal Escalante.

<sup>79</sup> Indiquemos, como dato anecdótico, que Blas Roca permaneció un año en Pekín en el período comprendido entre 1955 y 1956.

<sup>80</sup> Castro anunció, el 15 de noviembre de 1956, su inminente desembarco. Jules Dubois dice en su libro que el coronel Bayo se escandalizó frente a esa publicidad, totalmente contraria a las reglas del arte militar. Al parecer Castro le respondió: "Precisamente lo que quiero es que en Cuba todo el mundo sepa que llego. Quiero que todo el mundo confíe en el '26 de Julio'. Ésa es una particularidad de mi estrategia" (Dubois, op. cit., p. 113). De hecho el primer campesino con que se encontraron los rebeldes después de la derrota de Alegría del Pío, algunos días después del desembarco, reconoció a Fidel. "¿Sabes quién soy?" "Claro, usted es Fidel Castro".

El 26 de noviembre de 1956, con la salida de Tuxpán de un viejo yate, el *Granma*, se inicia la última fase de la lucha contra Batista. El 2 de diciembre los rebeldes desembarcan, o más bien naufragan – según expresión de Raúl Castro y de Faustino Pérez – a unos cientos de metros de la costa cubana. Eran esperados dos días antes, y a algunos kilómetros, en una tranquila playa de Niquero. Celia Sánchez<sup>81</sup> les había preparado camiones – más o menos camuflados – que debían conducirles hacia un pequeño cuartel que, a su vez, les esperaba para ser asaltado. Los militantes de Santiago y de Manzanillo se habían enfundado, por primera vez, los uniformes del M-26-7 para sublevarse e inmovilizar al grueso de las fuerzas represivas en su ciudad. Pero, en la hora convenida, Castro y los suyos se encontraban aún en alta mar, a dos días de la costa cubana. El venerable *Granma*, concebido para albergar confortablemente ocho personas, hizo milagros para soportar la tempestad con 82 hombres a bordo. No podía culpársele por el retraso y por su desfallecimiento final. De todos modos los camiones esperaron en vano en Niquero y los sublevamientos en Santiago y Manzanillo fracasaron mucho antes de que llegara la expedición. Y, en contrapartida, el ejército fue alertado del inminente desembarco y reforzó la vigilancia de las costas.

Fatigados por el mareo los 82 hombres del *Granma* lograron, no obstante, alcanzar la orilla a nado; después de verse obligados a abandonar las provisiones y una parte de su equipo, se hundieron inmediatamente en un terrible pantano, a través de un bosque de mangles cuyas inextricables raíces flotaban en un agua estancada y salada. La aviación de Batista les vio y siguió constantemente e hizo que les persiguieran todas las tropas de la región. Cuando, tres días más tarde, los rebeldes creyeron por fin poder tomarse algunas horas de descanso en Alegría del Pío, un ataque por sorpresa del ejército estuvo a punto de exterminarlos.<sup>82</sup> Batista se apresuró a anunciar que Fidel había muerto y que la expedición había sido aniquilada. Incluso viajó hasta allí para dar las gracias y recompensar a sus valientes soldados.

Pero Fidel y unos veinte compañeros habían logrado escapar y se refugiaron en la Sierra Maestra. "A partir de ahora los días de la tiranía están contados", dijo Fidel a sus compañeros. Algunas semanas más tarde, el 17 de enero de 1957, los guerrilleros atacaron un pequeño cuartel de La Plata y dieron a entender al país "que la noticia de su muerte era – como habría dicho Mark Twain – muy exagerada". Un más más tarde el enviado del *New York Times*, Hebert Matthews, entrevistó a Fidel en la Sierra, y de este modo desmintió rotundamente a Batista. El dictador había proclamado en exceso su victoria. Sus baladronadas se volvían en su contra y se convertían en un arma psicológica en manos del enemigo. Evidentemente nadie sabía cuál era la importancia numérica de la guerrilla, pero el solo hecho de que el *doctor* Castro pudiera permanecer impunemente en la Sierra y recibir en ella a la prensa internacional revelaba a los cubanos la profunda impotencia de su presunto "régimen fuerte".

La historia de la guerrilla se hizo legendaria. Las memorias, y primordialmente las narraciones de Che Guevara, las cartas de Fidel, los textos de Carlos Franqui, así como los testimonios que siguen publicándose permiten reconstruir con toda precisión cada acción de los guerrilleros y conocer su vida cotidiana en la Sierra. En esta obra examinaremos primordialmente los problemas políticos creados conjuntamente por ese foco guerrillero.

A partir de su implantación las restantes fuerzas políticas parecieron casi tan convencidas como Fidel de que el posbatistianismo ya no era un simple problema académico. Al lograr mantenerse en la montaña los *barbudos* demostraban que, efectivamente, los días de la tiranía

---

<sup>81</sup> Celia Sánchez Manduley, hija de un médico de Manzanillo, trabajó en Oriente con Frank Pais; fue a la Sierra y se convirtió en la principal colaboradora de Fidel, durante la revolución y después de la misma. En la actualidad es ministro de Estado.

<sup>82</sup> Entre los que murieron en Alegría del Pío estaba Nico López, uno de los más íntimos amigos de Fidel. Él fue quien le presentó a Ernesto "Che" Guevara, al que había conocido en Guatemala, pero el número exacto y los nombres de todos los que murieron en esa desastrosa batalla no es conocido con exactitud.

estaban contados. Un gobierno que se ve obligado a bombardear su propio territorio y que, ni siquiera de este modo logra liquidar la rebelión, es un gobierno condenado. Por tanto, cada uno quería ser el primero en asestarle el golpe de gracia, en principio para poner fin a esa "guerra fratricida", de hecho para sacar las castañas del fuego encendido por Fidel Castro.

Las actividades de los Auténticos, del presidente Prío y del Triple A de Aureliano Sánchez Arango fueron las más significativas – aunque también las menos fructíferas. Inesperadamente se declararon solidarios, sin reservas, de la guerrilla, y dispuestos a concluir todos los acuerdos posibles con ella. Pero en vez de suministrarle las armas y los fondos necesarios para la continuación del combate, movilizaron todos sus recursos – considerables – para desarrollar apresuradamente sus propias redes armadas. Incluso contrataron al coronel Bayo para que entrenara a sus hombres en un desembarco, "estilo *Granma*", en la costa noroeste y llenaron hasta la saturación sus arsenales clandestinos en La Habana. Pero su base en Miami estaba repleta de espías de Batista y, naturalmente, todas sus empresas guerreras abortaban trágicamente, una tras otra.<sup>83</sup> Fidel, que no se dejaba engañar por su doble juego, condenó implacablemente esas maniobras: "Desde que este pueblo se ha rebelado nadie le ha enviado ni un solo fusil... Mientras aquí los campesinos desarmados ven como arden sus casas y como se asesina a sus familias, en Cuba hay armas escondidas que nunca han matado al menor esbirro y que aguardan que la policía las encuentre. Para utilizarlas sus depositarios esperan que los rebeldes sean exterminados y se hunda la tiranía". Por tanto, Fidel acusaba, casi sin ambages, a los Auténticos de pensar tanto en una futura batalla contra él como en la guerra contra Batista.

Fidel no quería caer en su trampa y dispersar sus fuerzas en una lucha en dos frentes. El contacto con los Auténticos, por tanto, no se rompió y sus requisitorios tenían más bien por objeto influir en su política y extraer de sus filas una parte de la base disponible para su propio movimiento. Asimismo, Fidel se sublevaba contra toda solución de compromiso para el postbatistianismo y desaprobó incluso a sus representantes en Miami que, el 1 de noviembre de 1957, firmaron un "Documento común de oposición". Aún no había guerra pero se sentía ya tan fuerte como para no hipotecar su futura victoria. Su táctica resultó efectiva; los otros no se atrevieron a romper y, de forma individual, varios líderes, que antes habían pertenecido a las filas de los Auténticos o de los Ortodoxos, se unieron, pura y simplemente, a su movimiento<sup>84</sup>

La única fuerza que se creía capaz de explotar inmediatamente el debilitamiento del régimen era el Directorio. El 13 de marzo de 1957, cuando los guerrilleros de Fidel daban los primeros pasos en la Sierra, los hombres de José Antonio Echevarría atacaron el Palacio presidencial de La Habana. Su líder se apoderó de Radio Reloj y, en el preciso momento en que sus camaradas irrumpían en la oficina de Batista, anunció a los cubanos el fin del dictador y de su régimen. Pero por un extraordinario cúmulo de circunstancias Batista había ido a descansar algunos momentos a otro piso y los asaltantes encontraron vacía su oficina. Les fue imposible buscar por el palacio, puesto que los guardias les opusieron una fuerte resistencia; tampoco

---

<sup>83</sup> En el mes de mayo de 1957 un grupo de Auténticos, adiestrados por Bayo y dirigidos por Calixto Sánchez White, desembarcó en el nordeste de Oriente con un fuerte contingente de armas y municiones; su intención era abrir un segundo frente en la Sierra Cristal. La expedición, llamada del *Corinthia* – nombre de su yate – finalizó de forma desastrosa, puesto que cayeron en una emboscada. Diez hombres lograron escapar de la misma y se unieron a las redes Auténticas de las ciudades. En agosto de 1957 Cándido de la Torre, por el "Triple A" y el coronel Bayo salieron de La Habana en el yate de Prío, el *Blue Chip*, con un cargamento de armas. Fueron interceptados por la policía mexicana. De todas formas de la Torre logró, posteriormente, desembarcar las armas en Cuba, pero la policía se apoderó de ese arsenal antes de que pudiera ser utilizado.

<sup>84</sup> Entre otros Raúl Chibas, hermano del fundador del partido Ortodoxo.

pudieron abandonar el lugar debido a que la policía bloqueaba la salida y casi todos cayeron en el propio palacio.

José Antonio Echevarría fue asesinado a sangre fría por la policía en el momento de su arresto. Esta vez la orden oficial no era, como en 1952, "sobre todo que no haya sangre", sino "sobre todo que no haya prisioneros". Incluso los opositores moderados, que no tenían nada que ver con el asalto, como el abogado Pelayo Cuervo – cuyo nombre se encontró en los papeles de Echevarría –, fueron sacados de sus domicilios, hacia los campos de los alrededores, y allí los abatieron sin piedad. La *vendetta* batistiana duró varios días.

Los castristas, informados por anticipado del gran proyecto del Directorio, no lo habían aprobado; pero manifestaron toda su solidaridad con las víctimas de la represión y, posteriormente, honraron el 13 de marzo como una gran fecha de la historia de la revolución. Los pocos que habían escapado del asalto – y, en particular, Faure Chomón – lograron reconstituir poco a poco su red y, a principios de 1958, abrieron incluso su propio foco guerrillero en las montañas de Escambray. Su seriedad contrastaba singularmente con la actitud de otro grupo que operaba en la misma montaña, bajo el mando de Eloy Gutiérrez Menoyo<sup>85</sup> y se denominaba "Segundo frente nacional de Escambray"; la población le dio el poco elogioso apodo de "comevacas".

Al margen de los signatarios del "pacto de Miami" y de los guerrilleros independientes estaban los comunistas, que seguían mostrándose activos en su aislamiento. ¿Qué hicieron después del desembarco del *Granma* y durante la última fase de la guerra? A partir del momento en que se aborda esta cuestión, incluso actualmente, las pasiones prevalecen por encima de los hechos concretos. Algunos responden abruptamente: "No hicieron absolutamente nada; estaban demasiado preocupados en conservar su aparato político". Y para apoyar esta afirmación citan unos curiosos hechos: el presidente del partido, Juan Marinello, obtuvo el mes de noviembre de 1958 una cátedra en la universidad de La Habana y envió un ejemplar de sus poemas, cordinalmente dedicado, al ministro del Interior batistiano; *Carta Semanal*, órgano semanal clandestino del P.S.P., fue enviada a sus destinatarios por correo; finalmente, el número de víctimas comunistas que produjo la represión fue muy reducido.

Estos argumentos "sobreviven" a la polémica que se entabló durante el primer período postrevolucionario, cuando toda el ala moderada del Movimiento 26 de julio – y la opinión católica –<sup>86</sup> intentaron frenar la radicalización de Castro al denunciar las malas acciones del P.S.P. y de la U.R.S.S. En un documental cinematográfico realizado en esa época, bajo los auspicios de *Bohemia*, el comentarista explica que la masa, entusiasmada por la victoria de Castro, no pudo retener su ira contra los batistianos y los marxistas, dando a entender que se trataba de un único movimiento.<sup>87</sup> Los demás editorialistas, que se mostraban algo más prudentes, hablaban simplemente de una complicidad de hecho entre los comunistas y su antiguo aliado, Batista. Los ataques de la prensa clandestina del P.S.P. contra Castro eran reproducidos para recordar a los lectores, y al propio Fidel, la duplicidad de los comunistas.

Los comunistas no se mantuvieron solamente a la defensiva. Ya en el mes de agosto de 1959, con ocasión del 34.º aniversario del partido, Aníbal Escalante – que lo había dirigido durante todo el último período – presentó su versión de los acontecimientos:

<sup>85</sup> Gutiérrez Menoyo desembarcó en Cuba en 1965 junto con un grupo de saboteadores para abrir un frente anticastrista. Fue detenido el 25 de enero de ese mismo año junto con tres compañeros y actualmente se halla en la cárcel.

<sup>86</sup> Cf. primordialmente la colección *Bohemia* de 1959 y los artículos de Ángel del Cerro y Andrés Valdespino.

<sup>87</sup> Pude ver ese documental en 1968, en La Habana, por cortesía del Instituto cubano del arte y la industria cinematográfica (I.C.A.I.C.).

”En el momento de producirse el desembarco del *Granma* nuestro partido había tomado medidas para apoyar la insurrección – si ésta hubiera sido tan amplia como estaba previsto, hasta estallar en un centenar de lugares – y para transformarla en una auténtica revolución popular. Pero el movimiento no se desarrolló según esas previsiones y el partido concentró todos sus esfuerzos en paralizar las garras de la tiranía y salvar lo que quedaba de la expedición del *Granma*. Nosotros fuimos prácticamente los únicos que actuamos de ese modo y nuestra campaña tuvo un éxito indiscutible. Al movilizar las masas logramos frenar las fuerzas de Batista y dar tiempo a los rebeldes para que pudieran refugiarse en la Sierra Maestra. Poco a poco los rebeldes encontraron la comprensión y la ayuda de los campesinos de la región – en particular de los comunistas – y esto les permitió sobrevivir y reforzar su posición. Gracias a su justa estrategia y a su correcta táctica de la guerra de guerrillas el movimiento armado obtuvo el apoyo de las masas y encontró siempre a nuestro partido allí donde le era más necesario. Nosotros, al igual que Fidel y sus compañeros, estábamos comprometidos por el camino de la salvación de nuestra patria. Las decisiones de la dirección del partido del mes de febrero de 1958 – que habían estado precedidas por una acción de apoyo al movimiento armado – no fueron el principio sino la confirmación de nuestra participación en la guerra civil contra la tiranía. El partido amplió sus formas de lucha en dos direcciones: lucha armada y lucha no armada de las masas. Entre los que niegan nuestra participación en la guerra hay gentes de buena fe que desconocen los hechos, debido a que, por razones tácticas – que aún conservan todo su valor –, no divulgamos nada con respecto a nuestra acción. Sólo ahora podemos decirles que nuestro partido llevó a cabo honrosamente su misión, que centenares de comunistas respondieron a su llamada y se pasaron a las filas de los rebeldes; que nuestros destacamentos combatieron en distintas provincias; que el mando rebelde encontró en nuestros militantes a firmes soldados, fieles y disciplinados; que nuestros organismos se distinguieron en la ayuda prestada a los rebeldes y que, finalmente, cuando se produjo la histórica invasión de Camagüey y de Las Villas nuestros comités de acción hostigaron al enemigo, sabotearon sus camiones, no de un modo anárquico sino conforme a las directrices del único estado mayor habilitado para dirigir la lucha de todos: el de la Sierra Maestra”<sup>88</sup>

Esta página merece ser citada *in extenso*; se trata de una auténtica obra maestra de la insinuación. Sin citar el más mínimo hecho concreto, Escalante deja entrever que Castro y el P.S.P. estaban unidos por firmes acuerdos y que únicamente consideraciones de tipo táctico les obligaban a no revelar su contenido. Los comunistas, debido al hecho de haberse sacrificado generosa y silenciosamente, no podían dar a conocer sus hazañas más que a algunos de sus dirigentes, obligados a permanecer callados por un pacto de silencio. Estas afirmaciones eran tan perentorias que los no iniciados quedaron, con toda seguridad, impresionados. Pero también eran lo bastante imprecisas como para no poder ser desmentidas con hechos concretos. Escalante se entregaba a la elaboración de un universo imaginario para poder llegar a la conclusión habitual de que: ”el partido siempre tiene razón; siempre ha actuado de un modo justo”. Pero no se trataba más que de un último combate; para sostener la tesis de una amplia conspiración a dúo, habría sido necesario que el supuesto compañero aceptara esa complicidad y confirmara su participación. Ahora bien, los castristas no confirmaron absolutamente nada.

Uno año después, con motivo de su gran asamblea del mes de agosto de 1960, los comunistas se vieron obligados a cambiarse el fusil de hombro, y Blas Roca en persona presentó una autocrítica colectiva. El partido – dijo en resumen – no había comprendido el profundo significado de la estrategia revolucionaria de Fidel Castro y, por tanto, no pudo preparar y movilizar sus cuadros para que actuaran en consecuencia. ”Ése fue nuestro error”.<sup>89</sup> Podía esperarse

<sup>88</sup> Cf. Aníbal Escalante, ”La Conmemoración del 34.º aniversario del Partido en el Año de la Liberación”, en *Fundamentos*, agosto de 1959.

<sup>89</sup> Cf. el informe de Blas Roca a la VIII Asamblea nacional del P.S.P. en agosto de 1960, ya citado, en el que se incluye el siguiente párrafo:

”Nosotros habíamos previsto, y con mucha antelación, la perspectiva, en las condiciones creadas por la tiranía, de una lucha de masas que se desarrollaría hasta desembocar en la lucha armada o en la insurrección popular armada. Pero durante un largo período no tomamos iniciativas prácticas para concretar esa perspectiva. La perspectiva de que esas luchas, incluida la huelga general armada, continuada, desembocaran en la insurrección

que los extremistas del otro lado, los que constituían la amalgama entre los batistianos y los comunistas, se abalanzaran sobre esa confesión del P.S.P. y echaran las campanas al vuelo. Pero no ocurrió nada de eso; mientras, la revolución cubana había quemado muchas etapas, y esas personas se encontraban ya, en su mayoría, en Miami, desde donde acusaban a Castro de haber estado siempre de acuerdo con los comunistas. Por una extraña inversión de los papeles ahora eran ellos quienes utilizaban la antigua tesis de Escalante; incluso la desarrollaban y enriquecían con pequeños detalles frente a las distintas comisiones de investigación del Congreso de los Estados Unidos. Ya no recordaban sus brillantes disertaciones sobre la complicidad que unía a Batista con el P.S.P. ¿Cómo aclararse en medio de tal confusión?

Restablezcamos, de todos modos, algunos simples hechos: los comunistas se mantuvieron en la oposición desde el principio hasta el fin de la dictadura. La situación interna y la internacional les impedía toda veleidad de componenda con Batista, ese "títere de los norteamericanos" que ni siquiera jugaba, como antes de la guerra, la carta del pseudopopulismo. Intransigentes en su rechazo los comunistas tampoco creían en la posibilidad de una revolución; no esperaban llegar al poder y no pensaban aprovecharse de una eventual ocasión histórica. Desde el principio al fin siguieron siendo "frontistas", partidarios de una amplia agrupación antifascista, conforme al modelo previsto por el VII Congreso del Komintern. En caso necesario estaban dispuestos a representar un papel subalterno en el seno de semejante coalición. El socialismo, o cualquier amplia conmoción social que condujera a él, no figuraba, según ellos, en el orden del día y por tanto no podía ser lo que estaba en juego en la batalla.

En un marco tan restringido los comunistas estaban obligados, evidentemente, a maniobrar y ajustar su táctica. Al principio los castristas fueron para ellos unos simples aventureros, o como mínimo unos "diversionistas", que perturbaban el concierto de las fuerzas democráticas. Pero después del desembarco del *Granma* el Movimiento 26 de Julio se convirtió en una importante fuerza política de la oposición: así pues el camino de un eventual "frente democrático" pasaba por la Sierra. El P.S.P. no podía luchar contra esta evidencia. Y temía el fracaso de esa lucha armada que podía provocar las iras de la represión sobre todos los que se encontraban en la oposición, pero no era una razón suficiente – al menos a partir de un cierto momento – para ignorar la existencia y la actividad del mayor y más popular de los movimientos antibatistianos. Así pues el partido comunista fue el último en establecer auténticas relaciones con la Sierra. De hecho no las estableció hasta principios de 1958, pero, a partir de ese momento, esa relación existió de forma real y concreta, y siguió incrementándose durante toda la fase final de la guerra.

Las etapas de esta reconversión pueden trazarse con toda precisión. En el momento del desembarco del *Granma* sólo una minoría de comunistas creía en el éxito de Castro. Cuando Escalante escribió: "Estamos dispuestos a transformar la insurrección (prevista por los castristas) en una auténtica insurrección popular", debe leerse: "Estamos dispuestos a unirnos, in extremis, a una revolución que nos parece más que improbable". Por tanto el partido no tomó ninguna medida para facilitar el desembarco y sus militantes se mantuvieron alejados de las sublevaciones de Santiago y Manzanillo que debían apoyar ese desembarco.

En 1957 el movimiento urbano del M-26-7 tuvo un gran impulso y se dio a conocer mediante una serie de acciones espectaculares en La Habana y Santiago. La guerrilla, después de un primer período muy difícil, iba sumando puntos desde junio de 1957 y sus éxitos obtenían una indiscutible resonancia en la base del partido. Pero el P.S.P. no se decidía aún a franquear el

---

armada era prevista por nosotros como algo que se produciría de modo espontáneo. No nos preparamos, no nos organizamos, no nos entrenamos, y no armamos a los cuadros... Ése fue nuestro error. El mérito histórico de Fidel Castro reside en haber preparado, adiestrado y organizado los elementos de combate necesarios para iniciar y sostener la lucha armada como medio para abatir la tiranía".



Rubicón. El P.S.P. no veía con buenos ojos al Frente Obrero Nacional, fundado por los castristas y dirigido por David Salvador, antiguo comunista; el P.S.P. desconfiaba simultáneamente de las tendencias anticomunistas de una cierta propaganda del M-26-7<sup>90</sup> y de sus exaltaciones "izquierdistas" de la lucha armada. De hecho, paralizado por sus incertidumbres, el partido se mantuvo durante todo ese año a la expectativa.

Y no fue hasta el mes de febrero de 1958, con motivo de una reunión ampliada de la dirección, cuando se tomó la decisión de enviar a la Sierra a uno de los dirigentes del partido, Carlos Rafael Rodríguez, y apoyar – con ciertas condiciones – una huelga general preparada en ese momento por los castristas. Habría mucho que decir sobre esas "ciertas condiciones" – tal como veremos –, pero el hecho es que, a partir de esa fecha, la actitud del P.S.P. se hizo positiva con respecto al M-26-7. La prensa clandestina comunista, principalmente el semanario de la juventud, *Mella*, multiplicó sus llamadas en favor de la próxima huelga, y exaltaba la unidad de los trabajadores. Diez años después pude ver las amarillentas hojas de esos modestos diarios ciclostilados; todos los antiguos miembros del P.S.P. los muestran orgullosamente, como prueba irrefutable de la sinceridad de la reconversión de su partido en ese preciso momento. De acuerdo. Pero la histórica huelga del 9 de abril de 1958 que, según los castristas, debía asestar el golpe de gracia al régimen de Batista, fue un fracaso. No se encuentra ni una sola huella de la participación de los comunistas en esa decisiva batalla del frente urbano. "Ello se debe a que los dirigentes derechistas del M-26-7 de La Habana no querían saber nada de nosotros – explican los antiguos miembros del P.S.P. –; nos pusieron frente al hecho consumado y no nos asociaron realmente a la seria preparación de esa huelga". Lo cierto es que los castristas no podían – ni querían – establecer un pacto de unidad de acción que favoreciera a los comunistas en el momento de la victoria; y ésta les parecía inminente. Su concepción de la huelga general era incompatible con la que totalmente clásica que tenían los comunistas. El M-26-7 confiaba mucho más en una espectacular acción armada en el centro mismo de La Habana que en la movilización de las células de las empresas. A las 11 de la mañana, mientras la radio invitaba a los trabajadores a abandonar las fábricas, 2.000 hombres armados pasaban al asalto de diversos puntos estratégicos de la capital. Si hubiera triunfado esta táctica Batista habría corrido un gran riesgo y tal vez hubiera sido derrocado esa misma tarde. Por tanto, la acción de masas estaba concebida como un elemento de apoyo, muy importante, ciertamente, pero subordinado al éxito militar. Es fácil comprender, que los hombres que organizaron semejante batalla no estuvieran excesivamente dispuestos a confiar su dirección a un Comité central de huelga que reclamaban los comunistas. En la situación en que se encontraban sólo podían pedirles que les siguieran incondicionalmente. Pero el P.S.P. no estaba dispuesto a hacerlo.

Paradójicamente el fracaso del 9 de abril facilitó un mayor acercamiento entre los castristas y los comunistas. Esta vez los compañeros de Fidel no se replegaron sobre sí mismos para defender intransigentemente la justeza de su línea y los métodos que habían elegido. El problema de la huelga les dividía desde hacía tiempo. Che Guevara y Raúl Castro dudaban

---

<sup>90</sup> Los castristas dejaban una cierta autonomía a sus grupos provinciales para que llevaran a cabo su propia propaganda; en ciertos lugares ésta adquiriría un matiz claramente anticomunista. El más audaz en este aspecto fue el grupo del Movimiento 26 de Julio de Miami que, por razones evidentes, llevó muy lejos sus argumentos en ese aspecto. Hemos encontrado en el periódico *Sierra Maestra*, publicado en Miami, la siguiente "perla": "Fidel Castro, educado en una escuela católica de Santiago, nunca se ha alejado de su fe y conserva siempre a su lado a un capellán católico que combate en sus filas en la Sierra. No puede calificarse de comunista a alguien que, como él, ha salido de una familia de propietarios que disponen de grandes extensiones de tierra y tienen intereses en la provincia de Oriente... Tal como se ve en las fotos publicadas por *Bohemia*, *Life* y *Time*, Fidel sigue llevando una medalla de oro con la imagen de la Virgen del Cobre sobre su pecho. ¿Se ha visto alguna vez a un comunista que llevara una medalla de ese tipo?" Véase el artículo "Fidel Castro no simpatiza con los comunistas" en *Sierra Maestra*, órgano oficial del Movimiento 26 de Julio en el exilio, junio de 1958, n.º 5.

abiertamente de que Faustino Pérez, coordinador nacional del M-26-7, pudiera llevar a buen término su proyecto insurreccional. Incluso temían que, en caso de triunfar, el poder cayera en las manos de los moderados del Llano<sup>91</sup> en detrimento de los auténticos revolucionarios de la Sierra. Fidel dio carta blanca a Faustino e incluso habían firmado juntos, el 28 de marzo, una llamada a la nación; si damos crédito al periodista argentino Masetti,<sup>92</sup> que el día de la huelga se encontraba en la Sierra, Fidel creía, al igual que los hombres de La Habana, en la inminente victoria. Pero, después del fracaso, ni Castro ni ninguno de los demás miembros de su equipo pudo defender lo bien fundado de una empresa tan costosa. Más tarde los castristas extrajeron de ella conclusiones extremas en cuanto a la imposibilidad de ganar batallas insurreccionales en las ciudades, en las que siempre están concentradas las fuerzas de represión. Por el momento, celebraron en la Sierra, el 2 de mayo de 1958, una reunión que Che Guevara calificó de "decisiva". En ella se reprochó a Faustino Pérez y David Salvador su incapacidad para colaborar eficazmente con los comunistas.<sup>93</sup> Así pues el P.S.P. era presentado como víctima y no como culpable del fracaso de abril. Como es lógico este análisis no dejó insensibles a los comunistas.

Fue entonces, durante la primavera de 1958, cuando Rafael Rodríguez subió a la Sierra Maestra. Poco antes de irse – según me ha explicado – fue recibido, junto con Osvaldo Sánchez, por Aníbal Escalante que le expuso las tesis que debía defender frente a Castro. De hecho le confió un auténtico memorándum, repleto de directrices dirigidas al M-26-7. Ese memorándum contenía "consejos" sobre el mejor modo de conducir la guerra, sobre la organización de los poderes, sobre la actitud que debía adoptarse respecto a las restantes fuerzas políticas y sobre la política internacional. Todo ello con un tono bastante autoritario. Cuando dejaron a Escalante, Osvaldo Sánchez, el más ferviente partidario del acercamiento con Castro, estaba a punto de estallar en lágrimas: "Todo está perdido; él no lo aceptará. Nos encaminamos hacia una nueva ruptura". Carlos Rafael estalló en carcajadas: "Cálmate, no tengo en absoluto intención de discutir con Fidel sobre la base de este documento; voy a la Sierra para escucharle, para saber lo que espera de nosotros y no para dictarle nuestra política".

Cuando se me explicó este episodio, en 1968, Escalante acababa de ser condenado a una dura pena de cárcel por motivos que no estaban directamente relacionados con su pasado – como veremos más adelante. Sus antiguos compañeros, como Carlos Rafael Rodríguez, no se mostraban benévolo con él y cada uno de ellos hacía memoria para buscar pruebas de su insoportable arrogancia que hizo que las relaciones con él fueran muy difíciles. Sin embargo, incluso en ese momento de su condena, algunos tuvieron el valor de afirmar que el principal mérito del giro dado en febrero de 1958 debía atribuirse, precisamente, a Escalante. De hecho Escalante era el secretario general y, siendo lo que era el partido, nadie habría podido obligarle a cambiar de línea. Escalante incluso debió correr algunos riesgos al colocar su prestigio personal en la balanza para convencer a sus camaradas de la necesidad de colaborar con los castristas.

A pesar de las apariencias, ambas versiones no son totalmente contradictorias. Aníbal Escalante había comprendido que el Movimiento 26 de Julio se encaminaba hacia una victoria segura y creía necesario saltar a tiempo al interior del tren castrista, olvidando, por razones

<sup>91</sup> Los combatientes de las ciudades también eran llamados "los del llano" mientras que los guerrilleros eran "los del monte".

<sup>92</sup> Jorge Masetti, amigo de Che Guevara, se convirtió posteriormente en el director de *Prensa Latina*. Intentó organizar una guerrilla en Argentina en 1963 llamada Ejército Guerrillero del Pueblo; su intento fracasó y Masetti se refugió en la selva virgen de Yuto, de la que nunca regresó. Véase Ricardo Rojo, *Mi amigo el Che* (Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1968), pp. 175 y ss.

<sup>93</sup> Véase Ernesto "Che" Guevara, "Una reunión decisiva", en *Obra Revolucionaria* (México: Era, 1967), p. 237.

tácticas, sus condenas del principio. Pero no pensó ni por un momento que el hombre al que se unía de este modo iba a aventurarse por el terreno del socialismo, que el P.S.P. consideraba como su coto cerrado. En su opinión, Fidel Castro no podía ser más que una especie de Nasser o de Kassem que era preciso apoyar un poco para que no se deslizara por la fatal pendiente de la política pronorteamericana. La idea de que en el fuego de la lucha armada se había forjado una nueva vanguardia revolucionaria, capaz de llevar a cabo la decisiva transformación social, no le pasó por la cabeza ni por un momento, pero nada prueba que Carlos Rafael Rodríguez y Osvaldo Sánchez<sup>94</sup> no hayan tenido unas concepciones más claras a este respecto.

Pero subsiste el hecho de que, a partir de la primavera de 1958, el P.S.P. dio carta blanca a sus militantes para que colaboraran, donde fuera posible, con el M-26-7. Los comunistas incluso organizaron sus propios maquis en la provincia de Las Villas; posteriormente se pusieron a disposición de Che Guevara, que había ido al frente de su columna a liberar esa provincia. También combatieron en un segundo frente, en la Sierra Cristal,<sup>95</sup> dirigidos por Raúl Castro; algunos de ellos – por ejemplo, Armando Acosta – alcanzaron el grado de comandante, el más alto en la jerarquía del ejército rebelde. Otros, menos conocidos, se unieron pura y simplemente a las filas castristas. Sus proezas de última hora no tuvieron un decisivo papel pero permitieron, en parte, borrar los rencores de la época precedente y reforzaron, entre los guerrilleros, la corriente favorable hacia una colaboración con el P.S.P. En esta fase final de la guerra los comunistas intentaron, según parece, llevar a cabo su antigua táctica de establecer núcleos pero, por carecer de una adecuada política de recambio, fueron simplemente unos buenos combatientes entre otros muchos.

Fidel no tuvo de qué quejarse; su reducida ambición no les impulsaba a conspirar a sus espaldas. Por ese lado le daban menos preocupaciones que los hombres del Directorio, los Auténticos o los residuos de la Ortodoxia. Pero, a partir de la primavera de 1958, los acontecimientos se precipitaron. El mes de mayo de ese mismo año el dictador lanzó primero una gran ofensiva contra la Sierra que fracasó tras dos meses de encarnizados combates. Después, jugándose el resto, fue Fidel quien envió a sus mejores tropas a la conquista de las llanuras de Camagüey y de Las Villas. El régimen, que hacía poco se tambaleaba, se encontraba ahora en plena descomposición. Fidel tuvo que eludir los complots hasta el último momento; su popularidad era, ciertamente, inmensa, pero sus tropas eran escasas y parecían no poder apoderarse de todo el país. Por ello un aliado prudente y sincero como el P.S.P. le fue de gran utilidad.

Pero, repitémoslo, los comunistas no se dieron cuenta de que contribuían al nacimiento, no ortodoxo, del socialismo en Cuba, que se subordinaban a un grupo doctrinalmente "no habilitado" para llevar a cabo esa revolución. En ningún momento, ni antes ni después de la victoria, intentaron impulsar a Castro hacia una radicalización. Al contrario, sería posible demostrar, a la luz de sus propias publicaciones, que hacían todo lo posible por moderar el ardor reformador de los "barbudos" y para prevenirles contra un agudo conflicto con los Estados Unidos. En el mes de enero de 1959, en una carta abierta al presidente Urrutia,

<sup>94</sup> Osvaldo Sánchez pasaba, después de la revolución, por ser el hombre de los soviéticos en Cuba. Ocupaba un importante cargo en los servicios de Seguridad del Estado. Murió el 9 de enero de 1961 en circunstancias extrañas. Al no ser identificado su helicóptero los militares cubanos dispararon sobre él, matando tanto a Sánchez como a sus dos compañeros, el capitán Martín Klein y el teniente Heriberto Martín.

<sup>95</sup> El mes de marzo de 1958 Fidel Castro envió a su hermano Raúl, al frente de una columna de 67 hombres, hacia las montañas del nordeste de la provincia de Oriente, en la Sierra Cristal. Ese segundo frente, que llevaba el nombre de Frank Pais, héroe del movimiento asesinado el 30 de julio de 1957 en Santiago, adquirió rápidamente una gran extensión. Raúl Castro logró reclutar más de mil combatientes y controló, en la fase final de la guerra, un territorio de 15.000 km<sup>2</sup>.

reclamaban simplemente la aplicación de la Constitución de 1940, la reforma agraria, la disminución de la edad mínima electoral y el restablecimiento del escrutinio proporcional de 1943. También solicitaban que fueran restablecidas las relaciones con los países del Este, pero insistían igualmente en la necesidad vital que tenía Cuba de mantener sus relaciones amistosas con los Estados Unidos.

Todo ello estaba de acuerdo con su forma de ver las cosas y coincidía perfectamente con las opciones estratégicas de la Unión Soviética. En efecto, a principios de 1959 Nikita Jrushev ya preparaba su viaje a Norteamérica y pedía a los comunistas de todo el mundo que facilitaran, por todos los medios, el establecimiento de un pacto de coexistencia con Eisenhower. A la U.R.S.S. no le hubiera gustado que los comunistas cubanos tomaran iniciativas revolucionarias susceptibles de poner en duda su buena fe por parte de los norteamericanos. Evidentemente, podía concebirse su participación en una empresa patriótica, como máximo de tipo neutralista. Los problemas que agitaban al Tercer Mundo y las violencias que éstos engendraban debían facilitarles precisamente – en opinión de Moscú – los triunfos en el diálogo que se instauraba entre las dos superpotencias “responsables del mantenimiento de la paz en la era atómica”.

## 6. El proyecto castrista

Este breve resumen histórico permite aportar ya algunas respuestas concretas a las cuestiones que nos hemos planteado sobre el papel desempeñado por los comunistas en la revolución cubana. Su partido no logró ni promover esa revolución, ni siquiera ser uno de sus importantes protagonistas. Ahora bien, esta incomparecencia no debe imputarse a taras particulares, o a alguna desviación “tropical” del P.S.P., sino precisamente a su ejemplar fidelidad a los esquemas del movimiento comunista internacional de obediencia soviética. Esa fidelidad fue la que le impidió comprender, desde el principio hasta el fin, las condiciones específicas y las auténticas potencialidades de la sociedad semicolonizada de Cuba. Este fracaso no concierne por tanto únicamente al P.S.P. sino que también pone de evidencia la crisis del conjunto del movimiento proveniente del Komintern y trasluce las razones de su notoria impotencia en América latina y en el Tercer Mundo en general. La historia del P.S.P. obliga, más que nunca, a preguntarse si un partido que tenga la misma organización, utilice los mismos esquemas interpretativos, obedezca a la misma lógica política y relacionado de igual modo con la U.R.S.S. puede ser el instrumento, en cualquier parte, de una auténtica transformación socialista de la sociedad. Este problema no es realmente nuevo: ya fue planteado mucho antes por el ala reformista del movimiento obrero y por los críticos de extrema izquierda del Komintern “estalinizado”. Pero, hasta ese momento, se había impuesto un hecho: las únicas revoluciones que habían triunfado en el mundo sobre el capitalismo eran aquellas que habían sido conducidas por los partidos comunistas, y, si éstos habían tenido muchos fracasos, sobre todo en Europa, los demás partidos obreros, más “derechistas” o más “izquierdistas”, no lo habían sabido hacer mejor. La revolución cubana fue la primera que triunfó *sin o incluso contra* los comunistas y su victoria obliga necesariamente al movimiento obrero a replantearse el viejo problema de la “utilidad socialista” de los partidos surgidos del Komintern. En este momento ese problema es el centro de las discusiones, incluso de esas personas que perdonaban antes muchas cosas a los comunistas en nombre de su “eficacia” y, evidentemente, de la nueva generación, muy poco dispuesta a aceptar las propuestas “revolucionarias”, ambiguas, de los P.C.

En ello reside el considerable interés que se ha mostrado hacia el castrismo, ese nuevo método que permitía llevar a cabo la revolución sin tener en cuenta – más que para combatirlas – las teorías y las consignas organizacionales de los comunistas. Al triunfar allí donde todos los demás habían fracasado, Fidel Castro apareció de ese modo, principalmente entre los jóvenes,

como el descubridor de una original vía revolucionaria, liberada de la pesada hipoteca ideológica y "estructural" del movimiento "clasista", radicalmente distinta de la que preconizaban los bolcheviques y sus descendientes. Sin embargo, y de forma paradójica, algunos de los procastristas europeos se han opuesto ya a esa interpretación, e intentan demostrar que, en vez de ofrecer un modelo de antiideología y de antiorganización, el castrismo no ha sido más que una forma de "*leninismo puro*" surgido del fuego de la guerrilla.<sup>96</sup>

Así pues resulta más fácil comprender por qué los comunistas no han hecho la revolución en Cuba que ponerse de acuerdo sobre las razones que han permitido a Fidel Castro llevarla a cabo. Lo que es más, esos desacuerdos no provienen, entre los extranjeros, de una ignorancia de los hechos; los que han participado directamente en los acontecimientos no llegan tampoco a ponerse de acuerdo sobre una única interpretación de su propio pasado. Si han cambiado a menudo de opinión ello no se debe, en absoluto, a que intenten falsificar la historia; la explicación es más fácil, el desarrollo postrevolucionario ha influido profundamente sobre su evolución intelectual y política. Sus "giros" confirman simplemente que una revolución victoriosa no tiene nunca una visión histórica de sí misma y que tiende a llevar a cabo una elección entre las interpretaciones prácticas. La revolución considera sus inicios como un crisol del que puede extraer los elementos "nobles" después de haberlos separado de aquellos que le parecen, retrospectivamente, secundarios operclitados. Esta óptica selectiva está determinada por la amplitud de las luchas postrevolucionarias, por las necesidades de tipo dialéctico que se desprenden de ellas y por la voluntad de probar su fidelidad con su pasado. Ahora bien, una revolución ha tenido raramente que atravesar, en tan poco tiempo, tantas fases como la cubana.

Antes de analizar lo que fue originalmente el proyecto castrista, y cómo ha sido llevado a cabo, debemos adelantarnos un poco para descubrir los orígenes de las actuales controversias. Hemos visto en el primer capítulo que, hasta abril de 1961, la revolución cubana se definía como "humanista", "nacionalista de izquierda" o "democrática", y, por consiguiente, no se preocupaba excesivamente de su legitimidad en relación con una doctrina socialista que le era extraña. Entonces el castrismo no buscaba una connotación ideológica Hen concreta y, a pesar de las fisuras que aparecían ya en el antiguo frente antibatistiano, quería ser la expresión "unitaria" de toda la sociedad y no únicamente de las clases proletarias. No fue hasta la víspera de la invasión de la isla por parte del cuerpo expedicionario anticastrista, en 1961, cuando la amenaza de una guerra civil dio testimonio de la unidad nacional, que Fidel Castro proclamó el carácter socialista de la revolución y apeló a los trabajadores de las ciudades y los campos a levantarse contra el enemigo de clase, aliado con el imperialismo norteamericano.

La "traición" de los latifundistas y de una buena parte de la burguesía reveló de este modo, *ex post facto*, a Fidel Castro el profundo significado social de su plataforma política inicial. Castro se sentía fiel a sus promesas de la época de Moncada y ninguna de las reformas que había promulgado – que ya habían suscitado tanta hostilidad entre los poseedores – no era, en su opinión, contraria en espíritu y en su contenido a su defensa *La historia me absolverá*. Al llegar hasta el extremo de pedir ayuda a la C.I.A. para impedir la realización de ese programa, algunos "antibatistianos" le demostraron que, de hecho, siempre se habían mostrado opuestos a las transformaciones sociales y que los únicos que las querían eran los estratos populares. De ello hasta llegar a la conclusión de que ese programa era socialista desde el principio no había más que un paso, que Fidel dio tan sincera como alegremente, con la "ayuda" de sus aliados comunistas. La "consciencia de sí misma" que tenía la revolución se modificó

---

<sup>96</sup> Véase Mario Sabbatini, *Ideologia della rivoluzione cubana*, número especial de la revista *Ideologia*, Roma, 1969.

inmediatamente: el proletariado fue proclamado su héroe de siempre, mientras que la guerrilla y la resistencia cubana sólo fueron consideradas como formas transitorias de su expresión, más o menos conscientes del papel que se les había atribuido,

La decisión de establecer, *a posteriori*, la legitimidad socialista de su revolución condujo a Castro a pronunciar su sorprendente discurso del 2 de diciembre de 1961. A la vez que reconocía sus antiguas debilidades y sus prejuicios "burgueses" declaró que, en el fondo, siempre había sido un marxista-leninista. Algunos de sus colaboradores, aún peor situados que él para atribuirse ese título, pretendieron haber sido "marxistas sin saberlo". Otros, que retrocedían ante esa asimilación del marxismo con la gracia, se conformaban con demostrar que nunca habían sido anticomunistas y que, por tanto, eran totalmente aptos para convertirse algún día a esa doctrina. Ese período, llamado del "sectarismo", fue provechoso únicamente para la vieja guardia comunista que, no sin razón, había creído que llegaba la hora de "heredar" de la revolución. Pero el 26 de marzo de 1962 Fidel Castro reaccionó contra la confiscación por parte del P.S.P. de la administración del país; destituyó a Aníbal Escalante y lo envió rápidamente a Moscú. La crisis del Caribe, en octubre de 1962, y la decepción provocada por la actitud de la U.R.S.S., aceleraron el proceso de desprendimiento de los castristas respecto a la versión "proletaria ortodoxa" de su pasado. Evidentemente no se trató de volverse atrás con respecto a la opción socialista, considerada como definitiva, sino de rehabilitar a los auténticos protagonistas de la revolución: la guerrilla y la resistencia antibatistiana, cuya inspiración era radicalmente revolucionaria, pero no comunista.

El mérito era atribuible en gran parte a Ernesto Che Guevara. Éste no había dejado nunca de analizar el carácter "excepcional" de la experiencia cubana y el valor de sus innovaciones en materia de guerrilla para América latina. Y siguió haciéndolo prácticamente hasta el fin de su estancia en Cuba, en 1965. Poco después de su partida sus escritos y discursos permitieron a los castristas formular una tercera interpretación de su revolución, que entraba precisamente en una nueva fase de radicalización. Esta tercera versión es la más conocida, debido a que es la más reciente, y la mejor difundida en Europa gracias al libro de Régis Debray *Révolution dans la révolution?* Según esa tesis la revolución cubana era la coronación de un proceso *revolucionario socialista* totalmente nuevo, tan distinto de los esquemas "democráticos burgueses" como del leninismo, del trotskismo o del maoísmo. El principal papel en el proceso era desempeñado por una vanguardia guerrillera, sin connotación social precisa, que operaba en las montañas, pero que era la única capaz de expresar – y despertar – las necesidades de los estratos explotados en una sociedad que no comportaba ni una auténtica burguesía ni un proletariado desarrollado.

Esta tercera versión del castrismo fue abiertamente polémica con las tesis de los partidos comunistas latinoamericanos y con la línea "coexistencial" de la Unión Soviética. Esa versión se proponía estimular las voluntades revolucionarias en el subcontinente y conducir hacia la rápida aparición de "dos, tres, varios Vietnam", como réplica a la ofensiva a escala planetaria de los Estados Unidos. Incluso en Cuba esa versión debía contribuir a la exaltación de las virtudes de los guerrilleros de la Sierra: desinterés, espíritu de sacrificio, austeridad y disciplina, cualidades indispensables para la nueva generación, para que ésta se impregne de los valores de conjunto comunistas. Los combatientes del Llano – mártires colocados aparte – parecían, en contrapartida, retrospectivamente sacrificados; en efecto, se percibía en ellos una ambigüedad burguesa por el hecho de que habían actuado en las ciudades, cuando la revolución guerrillera sólo pudo triunfar a partir de los campos.

¿Cuál de estas tres versiones, surgidas de la realidad post-revolucionaria, es la que está mejor basada históricamente? ¿Constituyen estas tres versiones sendos componentes de una misma verdad o se anulan recíprocamente? Al haber surgido todas ellas de una situación política interior parece imposible que una de estas versiones pueda dar cuenta, por sí sola, de la

realidad. En vez de discutir las, una tras otra, intentaremos hacer hablar por sí mismo los hechos que han determinado el proyecto castrista.

El joven abogado, candidato a diputado del partido ortodoxo, Fidel Castro, se sitúa en 1952 en el ala izquierda de su partido, pero sigue esencialmente el moralismo radicalizante de Eddy Chibas. Su desacuerdo con los Ortodoxos, inmediatamente después del golpe de Estado de Batista, no concierne por tanto a su plataforma ideológica sino a los medios de aplicarla. Se trata de dos distintas apreciaciones de la situación, y de dos voluntades políticas distintas. Para los Ortodoxos el país se halla resignado, anestesiado por las promesas liberales de Batista; no está a punto para una acción inmediata. Para Fidel, por el contrario, el país no soporta en absoluto la dictadura; sólo aguarda una señal para rebelarse. Castro cree que los dirigentes ortodoxos invocan la pasividad popular para justificar su propia enfermedad, bien conocida en la historia del radicalismo cubano: la incapacidad de poner de acuerdo las acciones con las palabras. Por tanto, decide actuar solo, salir inmediatamente de la precaria "legalidad" batistiana y recurrir a la violencia.

Esta elección por parte de Castro no implica ninguna conversión al terrorismo, o al "militarismo", y menos aún al *golpismo*. Su objetivo no es responder con un golpe al golpe de Batista, sino desencadenar una revolución popular. Por tanto se niega a todo complot en la cumbre y si elige atacar el cuartel de Moncada en Santiago, se debe a que confía en el espíritu insurreccional tradicional de la provincia de Oriente. El 23 de julio de 1953 prepara el manifiesto a la nación que leerá en la radio después del éxito de su empresa. En él afirma: "Esta revolución se inspira en los ideales de José Martí y hace suyos los programas revolucionarios de *Joven Cuba*, del A.B.C. radical y del Partido del Pueblo cubano, Ortodoxo".<sup>97</sup> Por tanto propone restablecer la constitución de 1940 y llevar al poder un partido que no puede esperar dirigir. Su nombre ni siquiera figura en el manifiesto.

Sus compañeros comparten, de forma totalmente desinteresada, sus incertidumbres, si tenemos en cuenta el patético testimonio de Haydée Santamaría: "Los atacantes de Moncada no temían morir, pero tenían miedo a morir sin ser comprendidos, considerados como un grupo de locos. Nuestro objetivo era obtener una reacción por parte del pueblo: ahí está, han triunfado o fracasado, pero representaban nuestra voluntad y nuestras necesidades".<sup>98</sup> Visto desde esta perspectiva el asalto de Moncada no fue totalmente un fracaso. El pueblo no se rebeló, ciertamente, pero tampoco consideró a Castro como un loco. Todo el mundo pareció comprender el sentido de su sacrificio, empezando por el propio Batista que se quitó la máscara "liberal". Sin embargo, inmediatamente después de esta prueba, Fidel decidió cambiar de estrategia. Siguió convencido de que el pueblo quería la revolución, pero ya no confió en su espontaneidad y abandonó, por tanto, todo proyecto basado en la idea de que un "detonador" bastaba por sí solo para desencadenar la explosión.

La segunda fase del castrismo se inicia con *La historia me absolverá*. Esa defensa no estaba destinada a los jueces, sino a la nación; en ella Fidel va más allá del "chibasismo". En ella esboza un feroz cuadro de las desgracias de la sociedad y apunta con su dedo acusador no sólo hacia la corrupción y la arbitrariedad del antiguo régimen, sino también hacia las distorsiones sociales provocadas por el latifundismo y la dependencia del país respecto al extranjero. Se trata de un programa radical-reformista, en el buen sentido de la expresión, ambicioso en sus objetivos, y siempre impreciso en cuanto a los medios que deberán utilizarse para llevarlo a buen término. La ambigüedad de Fidel no es intencionada: pide que se le crea por su "honor";

<sup>97</sup> Hemos podido consultar ese texto en los archivos de la revolución en La Habana. Se titula: Manifiesto a la nación de los asaltantes al cuartel Moncada y cuenta con una mil quinientas palabras, aproximadamente. La frase citada figura en el séptimo punto de ese manifiesto.

<sup>98</sup> Véase Haydée habla de la Moncada (La Habana; Instituto del Libro, 1967).

irá hasta el final de su proyecto y mantendrá, de una u otra forma, todas sus promesas. Lo que para él cuenta en ese momento es que el programa galvanice a la nación y que ésta se una a lo que quiere crear: el M-26-7.

”Sin un movimiento de masas no puede haber revolución”, escribe en la prisión de la isla de Pinos, a Haydée Santamaría y Melba Hernández.<sup>99</sup> Da minuciosas directrices para la propaganda y el reclutamiento, calcula el precio de los folletos que deben enviarse a cada categoría de la población, indica la actitud que debe adoptarse con respecto a las demás fuerzas de oposición, subraya la angustia de las madres cubanas frente a la represión, en resumen, no descuida ninguno de los detalles que pueden contribuir a la construcción del movimiento. ”Necesitamos cien mil militantes entre la juventud, cien mil entre los obreros y cien mil entre las mujeres”.<sup>100</sup> Les pide mucho a sus compañeros, que no son capaces de realizar tales milagros. pero de todas formas obtienen importantes resultados. Es en esta época cuando los antiguos miembros del M.N.R. Faustino Pérez y Armando Hart se unen al Movimiento 26 de Julio, mientras que en Santiago el grupo particularmente activo de Frank País y Pepito Tey – Acción Nacional Revolucionaria – se une a él, conservando, no obstante, su autonomía. En 1955, en México, en el momento de la ruptura definitiva con el partido Ortodoxo, Fidel dice: ”¿Qué es el Movimiento 26 de Julio sino el alma revolucionaria de la ortodoxia?”

El proyecto de ”guerrilla” se va madurando al mismo tiempo; constituye una especie de complemento al del movimiento. Fidel sigue no creyendo en la estabilidad del régimen batistiano y su carácter no le predispone excesivamente a aceptar una larga guerra de posiciones en el único frente político. Su idea consiste, por tanto, en instalar, en una zona relativamente resguardada, una especie de ”contrapoder”, encarnado por un potente grupo político y militar que, por su propia esencia, introducirá en el cuerpo del país una fiebre permanente. Su existencia impulsará a la población a la resistencia, facilitando de ese modo la labor del movimiento urbano y acelerando el proceso de descomposición y el hundimiento del régimen. Así pues la operación no es esencialmente militar, sino ante todo política. Ciertamente, se deberá combatir para poder mantenerse en la Sierra Maestra, pero también se combatirá para poder dirigirse de forma permanentemente a la población, para desenmascarar a Batista y facilitar las acciones de hostigamiento en toda la isla.

La realización de ese proyecto empezó mal: el *Granma* llegó con retraso, dos días después de la insurrección de Santiago que costó la vida de Pepito Tey y de muchos otros valiosos militantes; los miembros de la expedición fueron diezmados en Alegría del Pío y los que lograron escapar tardaron veinte días en encontrarse de nuevo en la Sierra Maestra. No eran lo suficientemente numerosos para poder manifestar su presencia mediante una espectacular acción militar.<sup>101</sup> Cuando Frank País sube por primera vez a la Sierra para discutir con Fidel, la situación es tal que le aconsejó francamente ”que saliera de allí” y regresara al continente para organizar una nueva expedición.<sup>102</sup>

<sup>99</sup> Esta carta a ”Melba y Yeyé” fue escrita el 19 de junio de 1954.

<sup>100</sup> Ídem.

<sup>101</sup> A partir del 17 de enero de 1957 los guerrilleros atacaron con éxito un paqueño cuartel de la Plata y se apoderaron de diez armas. Pero esa victoria no pasó de la sección de ”hechos varios” y no tuvo ninguna repercusión nacional inmediata.

<sup>102</sup> Esto es lo que explica Haydée Santamaría sobre esa entrevista: ”Frank me dijo: ‘Yeyé tenemos que encontrar la forma de sacar a Fidel de allí; debe ir a un país de América latina desde el que pueda reorganizar el movimiento... Aquí podrían matarle y no podemos permitirnos ese lujo’. Cuando estuvimos delante de Fidel nos miramos uno al otro sin saber por dónde empezar. Pero Fidel nos dijo: ‘Mirad, los soldados disparan abajo, pero no se atreven a subir hasta aquí. Si me traéis tantas balas y tantos fusiles os prometo que en dos meses desencadenaré una auténtica batalla’. Ni Frank ni yo pudimos replicarle. ¡Tenía tanta convicción!’ Véase Carlos Franqui, *Cuba: el libro de los doce*, op. cit., p. 60.



Castro no quiso oír hablar de ese asunto y solicitó cincuenta hombres de refuerzo de Santiago para mantener su posición. Frank País se los envió el 14 de marzo, pero no todos se quedaron: la vida nómada de los guerrilleros es dura, difícil de soportar para los jóvenes de las ciudades; los campesinos de la región no siguen en gran número el ejemplo de Guillermo García que se une a la pequeña tropa. Deberá esperarse hasta el mes de junio de 1957, con la batalla de Uvero, un primer y auténtico éxito militar.

Uno de los supervivientes del *Granma*, Faustino Pérez, se traslada a La Habana a partir del mes de diciembre de 1956, con objeto de dar un nuevo impulso al movimiento del Llano. Al dejar a Fidel le aconseja: "Métete en un agujero y no te muevas; lo único que cuenta para nosotros es que estés vivo, tú simbolizas la revolución, nosotros haremos todo lo demás en La Habana".<sup>103</sup> Castro no estaba en absoluto dispuesto a meterse en un agujero. Siguió adelante con su acción, pero, debido a la situación, el frente urbano en La Habana y Santiago era el que parecía más prometedor; por tanto éste prevalecía por encima de la guerrilla, con el momentáneo consentimiento de la misma. Las ciudades son las que facilitarán las armas, el dinero, las informaciones, los hombres y los víveres a los guerrilleros y, desde el principio hasta el fin, éstos serán hombres de la ciudad en su mayoría.<sup>104</sup> También serán las ciudades las que, a partir del mes de febrero de 1957, llevarán a cabo una gran campaña publicitaria en favor de la Sierra, asestando un duro golpe a Batista.<sup>105</sup> Finalmente, y de modo primordial, paralelamente a este esfuerzo, el Llano lleva a cabo con una cierta eficacia su propia acción político-militar.<sup>106</sup>

---

<sup>103</sup> En el momento de la partida de Faustino Pérez hacia La Habana los guerrilleros debían ser, en principio, doce. Sin embargo, al efectuar la comprobación con diversos testimonios se llega a la conclusión de que se trata de un número simbólico; en realidad los guerrilleros nunca habían alcanzado esa cifra. Los expedicionarios del *Granma* eran 82; 22 fueron capturados y juzgados en Santiago; el número de muertos nunca ha sido hecho público; al parecer resulta difícil establecerlo debido a algunas deserciones; los supervivientes de Alegría del Pío se abrieron camino hasta la Sierra divididos en cuatro grupos: a) Fidel, Faustino Pérez y Universo Sánchez; b) Che, Almeida, Ramiro Valdez, Chao y Benítez; c) Camilo Cienfuegos, Pablo Hurtado y Pancho González; d) Raúl Castro, Ciro Redondo, Efigenio Ameijeiras, René y Armando Rodríguez. Calixto García, Julio Díaz, Luis Crespo, Calixto Morales, Carlos Bermúdez se les unieron en orden disperso. En el momento del encuentro con Fidel faltaron Pablo Hurtado, que por estar enfermo se había refugiado en una granja (en la que fue hecho prisionero) y César Gómez que se rindió. Por tanto los doce fueron veinte en ese momento pero inmediatamente se distribuyeron las misiones que cada uno debía realizar y no permanecieron juntos. ¿En qué momento fueron realmente doce? En la batalla de La Plata eran 17, entre los que figuraban como mínimo trece ex-expedicionarios y cuatro jóvenes campesinos.

<sup>104</sup> Los datos sobre al importancia numérica y la composición social de la guerrilla son bastante inconcretos. Sin embargo puede afirmarse que en la Sierra Maestra nunca hubo más de 280 combatientes al mismo tiempo y que el total, incluso en el caso de que se contara generosamente e incluyendo a los reclutas de última hora, particularmente numerosos en el segundo frente, nunca superó los dos mil. Desde el inicio hasta el fin los combatientes reclutados en las ciudades representaban al menos el 60 % y, según otros cálculos, el 80 % de los efectivos.

<sup>105</sup> El hecho publicitario más logrado fue la entrevista con Herbert Matthews, el 17 de febrero de 1957; el mérito corresponde al núcleo urbano que supo conducir al corresponsal del *New York Times* hasta la Sierra, pero también a los combatientes que le hicieron creer que ya constituían un auténtico ejército. Veamos como narra Fajardo este episodio: "Cuando Ciro (Redondo) nos advirtió de la llegada de Matthews, Fidel no dijo que adoptáramos un aspecto marcial. Me miré, miré a los demás, nuestros zapatos sin tacones, atados con hilo eléctrico, llenos de agujeros. Pero cumplimos con nuestra obligación: me puse al frente y desfilé como un soldado. Cuando Fidel estaba hablando con Matthews llegó Crespo. Raúl se le llevó a un lado y, después, le envió hasta donde se encontraba Fidel: 'Mi comandante, hemos tomado contacto con la Segunda Columna'. Fidel le explicó a Matthews que nosotros constituíamos el estado mayor de la primera columna y que todas las columnas se hallaban distribuidas por la región; en realidad Matthews tenía delante a todo el ejército rebelde". Véase Carlos Franqui, op. cit., p. 80.

<sup>106</sup> Las acciones de sabotaje de las redes urbanas fueron a menudo muy espectaculares y tuvieron repercusión incluso fuera de las fronteras cubanas. En total el movimiento del Llano llevó a cabo más de 5.000 atentados con bombas, en 1957 y 1958, en toda la isla. Puede imaginarse fácilmente el efecto que causaban en los hombres de negocios norteamericanos o en los turistas si se considera el hecho de que los saboteadores habían logrado privar

Sin embargo, a finales de julio de 1957, se asestó un duro golpe a las redes urbanas: Frank País, el insustituible "David", es asesinado por la policía en Santiago. Inmediatamente se desencadena una huelga general contra la represión en Oriente. El Movimiento 26 de Julio es cogido de improviso por ese desarrollo de los acontecimientos, y sus tentativas para extender la huelga a todo el país fueron infructuosas. Pero la falta de éxito es atribuida a la insuficiente preparación y la idea de que puede abatirse al régimen, como en 1933, mediante una huelga general va ganando terreno rápidamente. Mientras siguen llevando a cabo sus acciones de hostigamiento y aprovisionan a la Sierra, los hombres del Llano empiezan a preparar desde ese momento, con la aprobación de Fidel, la gran huelga de abril de 1958. Algunos de los guerrilleros desconfían: el Che y Raúl Castro temen que la victoria del Llano finalice con una revolución incompleta, y que escape al control del M-26-7. Pero Fidel no comparte sus temores: quiere que Batista caiga cuanto antes. Confía en su buena estrella y en la dinámica de los acontecimientos, y cree poder dominar la situación en el momento oportuno.

Pero la huelga fracasa y, paradójicamente, es Batista quien "desplaza" inmediatamente el centro neurálgico del movimiento castrista de las ciudades hacia la Sierra. La represión golpea primero muy duramente a los hombres del Llano. Después, al creer que sus adversarios están desmoralizados, el dictador lanza una ofensiva de gran envergadura contra los guerrilleros. El mes de mayo de 1958, 14 batallones de infantería, apoyados por la aviación, la artillería e incluso la marina, parten al salto del pequeño territorio libre de la Sierra, defendido por 280 hombres. Por increíble que parezca éstos logran la victoria, después de haber puesto fuera de combate, en dos meses de incesantes combates, a más de 1.000 soldados enemigos, y de hacer 500 prisioneros. "Ya no estamos en la fase de la guerra de guerrillas; ahora empieza una auténtica guerra táctica",<sup>107</sup> afirma Fidel para expresar su nueva concepción estratégica. La guerrilla deja de ser una simple rama del movimiento, complementaria de la rama urbana; de hecho deja de ser una guerrilla en el auténtico sentido de la expresión. Se transforma en ejército rebelde, encargado de una operación militar de tipo clásico.

Gracias al botín de guerra Fidel puede armar a más de 800 hombres, que distribuye en 6 columnas. Raúl Castro, que desde el mes de marzo de 1958 opera en la Sierra Cristal en la que ha abierto un segundo frente que lleva el nombre de Frank País, dispone de más de mil combatientes. Se constituyen diversos núcleos castristas en la provincia de Las Villas, y otras guerrillas se manifiestan en la Sierra de Escambray y también ligeramente en la provincia de Pinar del Río. Todo ello tal vez no sea mucho, pero el enemigo ya no muestra excesivo ardor en el combate. Los propios militares prefieren acudir en ayuda de la victoria que combatir por

---

a La Habana, durante tres días, de electricidad y también, prácticamente, de agua, y que habían incendiado el aeropuerto internacional de Rancho Boyeros. Sin embargo el golpe que tuvo mayor repercusión internacional fue el secuestro, llevado a cabo en diciembre de 1957, del corredor automovilístico argentino Fangio, que había ido a La Habana para disputar una carrera, y que fue retenido durante 48 horas por los resistentes. Ese raptó "desinteresado" reveló de hecho al mundo la existencia de una auténtica guerrilla civil en Cuba. Resulta más difícil saber la parte que se concedió a los castristas en la sublevación de la marina en Cienfuegos, el 5 de setiembre de 1957; esa sublevación constituyó un acontecimiento nacional de primera magnitud. Al parecer los conspiradores de la marina tuvieron estrechos contactos con los resistentes de esa ciudad y, de modo más particular, con Osvaldo Dorticós, pero no parece probable que su acción estuviera coordinada en el plano nacional con el Movimiento 26 de Julio. Por otra parte, no debe subestimarse el "clima combativo" creado en Cuba por el Movimiento desde su fundación, que suscitó innumerables tentativas de rebelión, más o menos independientes pero todas ellas perjudiciales, cuando no peligrosas, para el régimen. El ejemplo más claro de una acción incontrolada de ese tipo fue el ataque al cuartel de Goicuría, en Matanzas, en abril de 1956. Todos los que participaron en esa empresa fueron exterminados y una parte de ellos ni siquiera pudo ser identificada. Se sabe muy poco sobre la filiación política de sus iniciadores.

<sup>107</sup> Véase la orden del día de Fidel Castro de agosto de 1958 titulada: *Parte sobre la ofensiva* en la cual dice: "La guerra de guerrillas había dejado de existir para convertirse en una guerra de posiciones y movimientos".

una dictadura cuyos días están contados. El celo que ponen en reconvertirse es, finalmente, más peligroso para Fidel Castro que su anterior resistencia.

La gran ofensiva del ejército rebelde alcanzó su punto culminante durante la Navidad de 1958. El 24 de diciembre la columna de Che Guevara ocupó Sancti Spiritus, importante aldea situada en la carretera central La Habana-Santiago, y progresó inmediatamente hacia Santa Clara, capital de la provincia de Las Villas. La columna de Camilo Cienfuegos se le unió algunos días más tarde frente a esa ciudad. Raúl Castro descendió de su Sierra para rodear, al otro extremo del país, la ciudad de Guantánamo. Fidel, por su parte, se instaló en Palma Soriano, a unos cincuenta kilómetros de Santiago, y preparó un nuevo ataque a Moncada; esta vez disponía de unos medios totalmente distintos a los de 1953. Pero, el 27 de diciembre, el general Cantillo, comandante en jefe de las tropas gubernamentales en Oriente, solicita una entrevista con el jefe rebelde "para ahorrar un inútil derramamiento de sangre". Cantillo llega al día siguiente, en helicóptero, y ofrece a Fidel más que una tregua; quiere crear un "movimiento revolucionario militar" al servicio del M-26-7 y se compromete a prepararlo en pocos días. Fidel desconfía, explica a Cantillo que quiere vivo a Batista y se opone a cualquier revuelta de palacio. El general se muestra conforme con estas demandas y Castro acepta suspender durante unos días la ofensiva sobre Santiago. Cantillo se marcha muy contento, pero no se dirige a su cuartel general. Su helicóptero se encamina directamente a La Habana.

El "fundador" del "movimiento militar revolucionario" hace, evidentemente, un doble juego. Su plan consiste en hacer salir secretamente a Batista y formar un gobierno "neutro", una especie de "gabinete de paz", que romperá de este modo, poco a poco, la dinámica de los acontecimientos revolucionarios. Pudo llevar a cabo sin dificultades la primera parte de su programa: durante la noche de San Silvestre, Batista y sus más importantes acólitos huyeron secretamente a Santo Domingo. Un viejo magistrado, Piedra, aceptó, por otra parte, encabezar el régimen de transición que, al cabo de dos o tres días, se impuso en el país. *Bohemia* puso a la venta un número, profusamente ilustrado, sobre las fechorías de la dictadura; de este número se vendieron un millón de ejemplares.

Al día siguiente por la mañana Fidel Castro denunció la maniobra de Cantillo y lanzó un llamamiento a la huelga general hasta que los militares se pusieran incondicionalmente al servicio del régimen revolucionario. Fidel anunció que el Movimiento 26 de Julio había designado a Manuel Urrutia como presidente de la República y que por tanto éste era el único que estaba habilitado para instalarse en el Palacio. Al mismo tiempo se ordenó a todas las tropas rebeldes que reanudaran su acción. Éstas ya no encontraron resistencia; el 2 de enero, las columnas de Raúl Castro y Hubert Matos entraron en Santiago, y esa misma tarde Fidel pronunció su primer gran discurso en la segunda ciudad de Cuba. Pero las columnas de Camilo Cienfuegos y del Che Guevara no llegaron a La Habana hasta el 5 de enero. Durante toda una semana la huelga general fue un elemento determinante en la situación de la capital, impidiendo que nadie llenara el vacío que se había producido en el poder. Esta huelga no era dirigida únicamente por el Movimiento 26 de Julio, y los hombres del llano no hubieran sido capaces de tomar el poder sin ayuda de los guerrilleros. Por otra parte el ejército rebelde no era lo bastante numeroso como para triunfar por sí solo y sin la existencia de ese poderoso movimiento huelguístico no habría podido asestar el golpe de gracia al antiguo régimen. Así pues, en la última fase de la lucha, es la conjunción de un factor militar (los guerrilleros) y un factor político (el movimiento urbano) lo que, de acuerdo con el proyecto inicial, otorga la victoria definitiva a Fidel Castro y a la revolución.

Así pues, en menos de cuatro años de existencia, el Movimiento 26 de Julio logró provocar la descomposición del antiguo régimen y amalgamar la explosión de las aspiraciones de los cubanos a una sociedad mejor. Las siglas "M-26-7", escritas en todas las paredes, simbolizaban el despertar del país, que había parecido tan amorfo a sus antiguos dirigentes políticos.

Las esperanzas de la inmensa mayoría de los cubanos se unían al nombre de Fidel y ninguna otra fuerza, aun cuando fuera revolucionaria, podía disputarle el derecho a encarnar y dirigir la revolución. Los hombres del Directorio intentaron, sin embargo, la empresa; fueron los primeros en instalarse en el Palacio y en la universidad de La Habana, y transformaron ambos centros en plazas fuertes. Sus atributos revolucionarios eran indiscutibles, puesto que participaron en la lucha desde el primer momento y, en cierto modo, se trataba de los herederos del glorioso Directorio de los años treinta. Por tanto ni Camilo Cienfuegos ni Ernesto Che Guevara pueden desalojarlos de ellos *manu militari*. Además los hombres del Directorio se habían apoderado en el cuartel de San Antonio de una importante cantidad de armas y sus líderes Faure Chomón y Rolando Cubelas eran unos comandantes jóvenes, pero resueltos a todo. El problema únicamente podía resolverse en el plano político, y sólo puede hacerlo Fidel.

La facilidad con que Castro solucionó este asunto ilustra de modo fehaciente el peso de su autoridad moral y su gran popularidad. Fidel entró en La Habana el 8 de enero y después de atravesar la ciudad en medio de un gran recibimiento pronunció en el cuartel de Columbia un magistral discurso, en el que abogaba en pro de la unidad. "¿Acaso hemos olvidado lo que ocurrió después de la caída de Machado (en 1933)? Uno de los mayores males que afligió a la lucha revolucionaria fue la proliferación de grupos que, inevitablemente, se enfrentaron. ¿Qué ocurrió entonces? ¡Batista llegó y se quedó en el poder durante 11 años!"<sup>108</sup> Fidel afirmó que, desde el momento en que inició su acción, estaba dispuesto a hacer todo lo posible para impedir la repetición de un hecho semejante: "Es por ello que siempre he creído que debíamos permanecer unidos en una misma organización... De este modo las inquietudes del pueblo podrán expresarse mediante el canal de una organización, amplia y poderosa, y su futuro no se resentirá de las terribles consecuencias que trae consigo la proliferación de grupos revolucionarios". Fidel siguió diciendo que, al principio, no pensaba reivindicar para su organización ese papel unificador del pueblo: "nuestra organización u otra cualquiera, siempre que permanezcamos unidos". Pero las circunstancias hicieron que: "nuestro movimiento fuera el primero en el combate, en mostrar que la victoria era posible e inventar una nueva táctica y una nueva estrategia que permitieron el triunfo de la revolución". Fidel no discutía el mérito de los demás, incluso rindió homenaje a sus mártires y a sus sacrificios, pero constató que "el papel del Movimiento 26 de Julio en esta lucha ha sido glorioso" y que, gracias a esto, fue claramente mayoritario. La masa aprobó estas palabras con entusiasmo y confirmó, a mano alzada, que el pueblo era favorable al Movimiento 26 de Julio. A partir de ese momento a Fidel sólo le quedaba preguntar, sin ni siquiera mencionar al Directorio: "¿Armas para qué? ¿Para luchar contra quién?", y concluyó: "Nadie podrá ganar nunca una guerra contra un pueblo unido". Esa misma tarde los semidisidentes del Directorio solicitaron unirse a los hombres del 26 de julio.

El discurso de Fidel en favor de la unidad no era una simple táctica. Es totalmente exacto que siempre se ha preocupado por la unidad; encontramos confirmación de ello en sus cartas y en sus discursos a partir de 1954. Ya en la prisión de la isla de Pinos escribía:

"Los esfuerzos de José Martí para reconciliar a todos los grandes líderes de la lucha por la independencia, cada uno de los cuales tenía su historia, sus glorias y sus proezas, se debían al amor, a la comprensión y a la infinita paciencia del hombre que era el único en poder llevar a cabo ese milagro. Estoy convencido de que, sin esto, Cuba sería aún actualmente una colonia española o una simple provincia yankee... Admiro más esa gigantesca empresa heroica y silenciosa de José Martí

<sup>108</sup> Todas las citas de este discurso han sido extraídas del libro publicado en 1959 en La Habana por la "Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana" bajo el título "*Discursos del Dr. Fidel Castro Ruz, comandante en jefe del ejército rebelde 26 de julio*".

para comprometer a todos los cubanos honestos en el combate, que todas las proezas sobre los campos de batalla que adornan las páginas de nuestra historia”.<sup>109</sup>

Para Fidel, José Martí ha sido siempre el modelo del hombre político. Por tanto quería poseer también esa “infinita paciencia” en pro de la unidad y, en este sentido, la tarde del 8 de enero de 1959, podía felicitarse por su obra y por su éxito. En ese momento parecían estar reunidas todas las condiciones para permitir al Movimiento 26 de Julio transformarse en un gran movimiento capaz de absorber al Directorio, al P.S.P. y las restantes fuerzas políticas, así como toda una masa de simpatizantes, recién llegados a la política. Todas las condiciones, salvo una, paradójicamente: la decisión de Fidel Castro y de los que lo rodeaban de llevar a cabo, o incluso de intentar, tal operación.

Los hechos son indiscutibles; el Movimiento 26 de Julio no celebró nunca un Congreso Nacional, una conferencia de sus cuadros o reuniones, al nivel que fuera. A principios de 1959 se celebró en La Habana una reunión privada de un centenar de dirigentes civiles y “uniformados” que debió su importancia, en parte, a un violento incidente personal entre Fidel y Raúl Castro. Es todo lo que sabemos; nunca se ha publicado nada al respecto y los testimonios orales se hacen con el tiempo tan imprecisos que incluso resulta difícil establecer la fecha de esa reunión. Lo que sí es cierto, en contrapartida, es que no hubo ninguna otra. Las siglas del M-26-7 seguían escritas en las paredes y figuraban en la primera página de *Revolución*; pero este periódico era el órgano oficial de un movimiento que, a pesar de estar en el poder, no tenía existencia real en el plano organizativo. Evidentemente, se conocía a los antiguos dirigentes de la Sierra y del Llano, que, debido a su reciente pasado, representaban el castrismo y hablaban en su nombre, pero nadie sabía dónde y cómo esos dirigentes tomaban sus decisiones. Para colmo, fue en sus filas donde aparecieron rápidamente las principales fisuras, puesto que el desarrollo postrevolucionario les dividió mucho más que a los supervivientes de las restantes formaciones políticas. Tres episodios políticos que afectaron profundamente al “año I” de la revolución cubana les concierne directamente: la retirada, en julio de 1959, de Díaz Lanz, comandante del ejército rebelde y jefe de la aviación; la dimisión forzada, el 17 de julio, del presidente Urrutia, designado en ese puesto por el M-26-7 y, el 14 de diciembre de 1959, el proceso de Hubert Matos, uno de los principales comandantes de la Sierra.

Para algunos esta evolución explica por sí misma por qué Fidel no había intentado reorganizar el movimiento: Castro conocía la importancia de las divisiones internas. Por el contrario, otros pretenden que muchas de estas divisiones habrían podido evitarse si el M-26-7 hubiera sabido efectuar un cambio cualitativo en su organización y adaptarse a las nuevas condiciones planteadas después de la victoria. Los antiguos miembros del castrismo pusieron de relieve sus incertidumbres y contradicciones debido a que se habían despreocupado y, en vez de promover los acontecimientos, se limitaban a seguir su curso. Los defensores de la primera tesis sostienen, por el contrario, que esas defecciones eran inevitables, que habían sido determinadas históricamente por las medidas tomadas contra una burguesía que hasta ese momento estaba equivocada con respecto a la personalidad de Fidel. Sea como sea, la desaparición del Movimiento 26 de Julio sigue siendo un importante elemento de la historia del castrismo, y su interpretación aún resulta difícil.

¿Qué fue exactamente ese Movimiento 26 de Julio? ¿Cómo pudo constituir un instrumento esencial en la realización del proyecto revolucionario castrista, cuando era tan frágil y tan heterogéneo? Ernesto Che Guevara escribió, varios años después de la revolución, que el

---

<sup>109</sup> Esta frase figura en la carta de Fidel a Luis Conte, escrita en la cárcel de la isla de Pinos, el 14 de agosto de 1954.

Movimiento 26 de Julio había sido algo nuevo muy difícil de definir.<sup>110</sup> ¿Cómo definir, en efecto, un movimiento en el que combatían, codo con codo, hombres tan distintos entre sí como el propio Che Guevara y Hubert Matos, para hablar únicamente de este caso de evidente incompatibilidad política? Al vernos tentados por numerosas comparaciones europeas, tendemos en primer lugar a llegar a la conclusión de que el Movimiento 26 de Julio no era de hecho más que un "frente antifascista nacional" que se parecía mucho a los que nosotros conocimos durante la ocupación alemana de la mayoría de los países europeos. Pero no era nada esto: contrariamente a nuestros "frentes", el movimiento castrista no estaba compuesto por grupos políticamente homogéneos que, en cada fase de la lucha, podían ponerse de acuerdo sobre un programa común y los medios de llevarlo a cabo. Ese "algo nuevo" cubano no tenía ni grupos constituidos ni corrientes políticas yuxtapuestas, y aún menos discusiones sobre un programa o una táctica.

Hemos intentado descubrir los mecanismos que lo regían durante el período "glorioso", y esa investigación nos ha permitido comprender mejor la ingeniosa frase de Armando Hart: "Ustedes, en Europa, tienden a subestimar el papel de una gran personalidad en la historia". En efecto, el único órgano rector del Movimiento 26 de Julio que había funcionado en todo momento era el propio Fidel Castro. La Dirección nacional colegiada se distinguía, por su parte, por la escasez de sus sesiones y por la ausencia de cualquier tipo de actividad digna de ese nombre. En todo y por todo, ese organismo se había reunido dos veces: la primera, en febrero de 1957, o sea después del desastre de Alegría del Pío, cuando las posibilidades de la guerrilla aún parecían hipotéticas, y la segunda, en mayo de 1958, después del fracaso de la huelga general de abril, cuando el futuro del Llano parecía particularmente comprometido. En su artículo titulado "*Una reunión decisiva*",<sup>111</sup> el Che hacía el balance, en 1964, de esta

<sup>110</sup> Véase Ernesto "Che" Guevara: "El partido marxista-leninista" (1963), en *Obra revolucionaria* (México: Era, 1967), p. 564.

<sup>111</sup> El texto de "*Una reunión decisiva*" fue publicado por primera vez en el semanario *Verde Olivo* el 22 de noviembre de 1964 (año V, n.º 47) y fue incluido seguidamente en la recopilación "*Recuerdos de la guerra revolucionaria sin ninguna fecha*". En realidad el esbozo de este artículo existía sin duda desde 1958, pero resulta evidente que su redacción final, seis años después del acontecimiento, refleja el clima político y las preocupaciones del Che de la época postrevolucionaria. Un ejemplo basta para poner de manifiesto este cambio de enfoque. En su texto final el Che reprocha a Nico Torres (sucesor de David Alonso en la dirección del Frente Obrero) su escepticismo respecto a la colaboración con los "stalinistas" e incluso se indigna de que atribuyera ese mote "a los camaradas del P.S.P.". Ahora bien, es poco probable que el Che hablara personalmente en 1958 de los miembros del P.S.P. llamándoles "camaradas". En realidad, en 1964, el Che intentaba poner de evidencia una serie de elementos que antes no habían estado excesivamente claros, pero que le eran útiles en su tesis sobre el nuevo modo de hacer la revolución en América latina: a) la necesidad de incluir a los comunistas en el combate; b) la necesidad de concentrar todos los poderes políticos y militares en manos de la guerrilla. Por tanto "*Una reunión decisiva*" se propone demostrar retrospectivamente una serie de hechos que, en nuestra opinión, no se prestan en absoluto a una interpretación tan unilateral. El Che exagera la importancia de las relaciones con el P.S.P., por una parte, e intenta poner de evidencia el desacuerdo existente entre la Sierra y el Llano en lo referente a la huelga general del 9 de abril de 1958. Califica a la reunión celebrada después del fracaso de la huelga de "*una reunión decisiva*", debido a que finalizó con la concentración de todos los poderes en manos de un solo dirigente, Fidel Castro. Ahora bien, estos tres puntos son muy discutibles: a) el P.S.P. era una fuerza marginal y no estaba en absoluto decidida a unirse a los combatientes; b) toda una serie de documentos, incluidas las cartas de Fidel a Faustino Pérez antes y después de la huelga, demuestran indiscutiblemente que ésta no había sido decretada unilateralmente por el Llano, sino que, al contrario, fue requerida y coordinada con la Sierra; c) los poderes de Fidel antes de la "*reunión decisiva*" fueron prácticamente los mismos que después de la famosa unificación del mando, por la simple razón de que era él quien designaba y revocaba a todos los responsables, tanto en las ciudades como en la Sierra. Sin embargo el artículo del Che es interesante por el estudio que ofrece de sus propias relaciones con los dirigentes del Llano. También revela que había participado en la "*reunión decisiva*" a solicitud de Faustino Pérez, que deseaba esa confrontación con su principal crítico. Efectivamente, el Che no formaba parte de la dirección nacional del M-26-7, compuesta por Fidel, René Ramos, Latour (Daniel), Faustino Pérez, Vilma Espín (Débora), Haydée Santamaría, David Salvador y Enso Infante (Bruno). Las críticas del Che al movimiento urbano testimonian, paradójicamente, la importancia que atribuía a la acción del Llano.

última; al leerlo hemos descubierto que él, Raúl Castro y otros dirigentes de primerísimo plano, ni siquiera formaban parte de la Dirección nacional del Movimiento 26 de Julio. Aún sería más inútil buscar documentos sobre el funcionamiento de los órganos subalternos o de las discusiones políticas entre los militantes. En el territorio liberado, en la Sierra Maestra, podían profundizar sus nociones políticas, de forma individual, discutiendo con Fidel, el Che, o Raúl, si se tenía la suerte de formar parte de sus allegados.<sup>112</sup> Pero también se podía salir de la guerrilla sin haber recibido la más mínima formación ideológica, puesto que en ella nunca había funcionado ninguna escuela de cuadros, ninguna célula, sección o federación del Movimiento 26 de Julio.

En las ciudades la clandestinidad impedía, evidentemente, que el movimiento pudiera llevar a cabo una vida política normal. Éste estaba necesariamente muy jerarquizado y orientado hacia la acción práctica e inmediata.<sup>113</sup> Obligados a mantener relaciones con las restantes fuerzas antibatistianas y a dedicar una parte de sus esfuerzos a reclutar nuevos miembros, los hombres del Llano se veían, sin duda, obligados a discutir el futuro de la revolución y de la política en general. Por tanto, es poco probable que experimentaran mucho más la influencia de las ideas

El mes de agosto de 1957, inmediatamente después de la muerte de Frank País, el Che propuso a Fidel ir personalmente a Santiago para sustituirle. En su carta a Fidel, que acaba de ser publicada por primera vez en Europa por la revista *Il Manifesto* (Roma, diciembre de 1969, n.º 7), decía: "se debe enviar (a Santiago) un hombre que sea un buen organizador y esté relacionado con la Sierra. En mi opinión ese hombre debería ser Raúl, o Almeida, o Ramiro, o incluso yo (lo digo sin falsa modestia pero también sin intención de presionar para ser el elegido)".

<sup>112</sup> El hecho de que hombres como el Che, que tenían una fuerte personalidad política incluso antes de enrolarse en la guerrilla, hayan ejercido una influencia considerable con los que colaboraban directamente con ellos, es evidente y no debe sorprendernos. Por ejemplo, se dice que Camilo Cienfuego fue formado por el Che y, por otra parte, que Raúl Castro formó, primordialmente en la época del segundo frente, un cierto número de cuadros que permanecieron relacionados políticamente a él y le fueron devotos. Finalmente, es un hecho evidente que la vida austera, difícil y peligrosa de los guerrilleros ha creado lazos amistosos muy sólidos entre ellos. Pero dejando esto sentado, no es menos cierto, a su vez, que los hombres de la Sierra se formaron políticamente, de modo primordial, después de la revolución, a medida que ésta iba adquiriendo una fisonomía política e ideológica más definida. Inmediatamente después de la victoria el "material humano" de la Sierra estaba aún singularmente poco maduro, según propia confesión de muchos de sus miembros, y esto explica que las deserciones en las filas de los exguerrilleros hayan sido más bien numerosas.

<sup>113</sup> El movimiento urbano contó de hecho con tres ramas importantes: las milicias del Movimiento 26 de Julio, dirigidas por René Ramos Latour, constituían las tropas de choque en todas las acciones paramilitares; la "Resistencia Cívica" dirigida en La Habana por Manuel Ray, agrupaba más bien a la burguesía liberal y fue organizada muy inteligentemente, según las reglas de la clandestinidad, para obtener informaciones, fondos, escondites seguros, etc., para los militantes; el Frente Obrero, dirigido por David Salvador, se encargaba de la acción entre los obreros. También había, en principio, el Frente Estudiantil, pero el Directorio Revolucionario, mucho más fuerte en la universidad, no facilitó el desarrollo de sus actividades. Sea como sea, todas las ramas tenían una considerable autonomía y los jefes del Llano (Faustino Pérez y, posteriormente, Macedonio Fernández) no eran más que los "coordinadores" del Movimiento. Actuaban en estrecho contacto con la Sierra, y la mayoría de sus dirigentes realizaban de forma regular peligrosos viajes "a la montaña". Durante uno de esos periplos fue detenido Armando Hart, a fines de 1957, que permaneció el resto de la guerra en la prisión de la isla de Pinos. Finalmente, a menudo se quiere saber cuál pudo ser la importancia numérica exacta del movimiento urbano puesto que, al igual que en todas partes, la victoria multiplicó en Cuba el número de "antiguos combatientes"; resulta evidente que es más fácil pretender que se ha actuado en la clandestinidad en la ciudad y no en la Sierra, donde siempre hubo un registro de los combatientes. Si se acepta la cifra facilitada por el M-26-7 sobre el número de muertos – veinte mil – debidos a la represión, se puede llegar a la conclusión de que el movimiento contaba con decenas de miles de militantes puesto que, al mostrarse más activos que los demás, los castristas debían también ser más numerosos entre las víctimas; por otra parte seguramente hubo más supervivientes que víctimas. Pero ni siquiera es necesario poner de manifiesto que tales deducciones son muy aproximadas.

anticomunistas que predominaban ampliamente en las ciudades y se vieran profundamente marcados por esa característica confusión de la vida política cubana <sup>114</sup>

El Movimiento 26 de Julio fue, por tanto, la obra maestra personal de Fidel Castro. Sólo él pudo servir de base a un disparatado grupo de hombres valiosos y ofrecerles, tanto a ellos como al resto del país, una plataforma capaz de estimular sus energías e inspirarles los más duros sacrificios. Fidel fue el único que supo dirimir las diferencias que surgían inevitablemente por todos lados y establecer con sus compañeros unas relaciones de fraternal confianza. Fidel era capaz de convencer y tranquilizar, y, de dar crédito a una broma que circulaba por la Sierra, no habría dudado en entrevistarse con el demonio en persona si hubiera creído que era útil para el movimiento. Ciertamente, ya en esa época, algunos se inquietaban por su tendencia a quererlo resolver todo personalmente, y reclamaban un poco más de colegialidad en las decisiones. Castro les prometió mejorar su forma de trabajo y los "contestatarios", que eran también sus mejores amigos, se iban totalmente tranquilos, puesto que necesitaban su genialidad, su calor humano y su optimismo.

Por tanto es totalmente injusto acusar a Fidel Castro de duplicidad: nunca ha hecho promesas contradictorias a sus diversos interlocutores. No era ni un táctico improvisado ni un mezquino calculador. Estaba totalmente de acuerdo con su doctrina, y ésta, por poco sistemática que pueda parecer, expresaba toda una herencia de esperanzas cubanas, tantas veces defraudadas en el pasado y que, sin embargo, nunca se habían extinguido. Él creía profundamente en las ideas que había desarrollado en La historia me absolverá, y es ese programa, ni más ni menos, el que repetía a todos, en público y en privado, para concretar una aparente unanimidad a su alrededor. Para un europeo, acostumbrado a unas divisiones sociales y políticas más claramente definidas, o que hicieran referencia a doctrinas más elaboradas, ese resultado puede parecer sorprendente. Pero no olvidemos que el *vacuum* ideológico que Mills encontró en Cuba después de la revolución existía en ella desde hacía mucho tiempo. La penetración cultural e ideológica norteamericana había sido, con mucho, más fuerte que en el resto de América latina; esa penetración había influido necesariamente en los valores, en las creencias y el comportamiento de la clase política. En el momento de la guerra fría, tanto en Cuba como en todas partes, se hacía referencia a los conceptos de "mundo libre" y "democracia", incluso si en la isla la democracia no había sido más que una caricatura y a pesar de que el régimen de Batista demostraba por sí solo lo que debía entenderse por "mundo libre". De ello resultaba, además de una gran confusión, un insuperable malestar, un auténtico divorcio entre la terminología política y la realidad; resumiendo, una especie de *vacuum* explosivo y mal articulado. El propio Fidel Castro era un producto de esa sociedad, sino nunca habría formulado un programa radical, que abría todas las puertas a todos los cambios, evitando sin embargo las discriminaciones ideológicas entre pronorteamericanos y antinorteamericanos, entre prosocialistas y antisocialistas. Ningún táctico, ningún estratega procedente del exterior (incluso de América latina) habría podido, en nuestra opinión, situarse con una tal admirable sensibilidad en el exacto nivel del país al que se dirigía. Fidel lo logró, no porque sea "un Bolívar que había leído a Lenin" como dice nuestro amigo Saverio Tutino, <sup>115</sup> sino porque era

<sup>114</sup> Así, por ejemplo, los hombres del Llano mantenían excelentes relaciones con los norteamericanos antibatistianos e intentaron utilizarlos para enfrentar la opinión de los Estados Unidos al dictador. Pero la labor que consistía en convencer a esa opinión de la necesidad de ayudar a Fidel Castro a restablecer la auténtica democracia en Cuba, incumbía primordialmente al M-26-7 de la emigración, muy activo en Miami, Nueva York y algo en California. La importancia de esa rama fue tal que Fidel no dudó en enviar a Haydée Santamaría a Miami, en 1958, para que la dirigiera personalmente. Señalemos, sin embargo, de paso, que el muy discutido "pacto de Miami" firmado en noviembre de 1957 y denunciado a continuación por Fidel como una maniobra reaccionaria, llevaba la firma, en nombre del M-26-7, de Lester Rodríguez, que fue un hombre la Sierra y no del Llano.

<sup>115</sup> Véase Saverio Tutino, *L'Ottobre Cubano* (Turín: Einaudi, 1968), p 399.



un veterano de Cayo Confites, de la batalla de los Ortodoxos y había participado en todas las experiencias políticas de su generación. Fidel fue capaz de superar los límites de esas experiencias y supo situarse a un paso – pero no más de un paso – por delante de los cubanos, que de este modo podían seguirle sin muchas dificultades.

En efecto, ¿dónde estaba Fidel Castro, en el plano ideológico, en la época de las luchas anti-batistianas? Hemos releído algunas de sus cartas personales y todas sus declaraciones públicas. De todo ello se desprende la imagen de un hombre siempre muy apegado al "moralismo chibasiano", un hombre de espíritu abierto y muy disponible ideológicamente. En 1953 respondió a los jueces del Tribunal de Santiago, que le reprochaban sus lecturas marxistas: "Sólo un ignorante puede prescindir actualmente de la literatura socialista". No por ello es un socialista camuflado. Su respuesta debe ser tomada literalmente, no quiere decir más de lo que dice. El mes de junio de 1958 los castristas obtienen pruebas irrefutables de que los norteamericanos estacionados en Guantánamo entregan "rockets" a la aviación de Batista, a pesar de que oficialmente se habían comprometido, en marzo de 1958, a no facilitar armas al gobierno de Cuba. Raúl Castro capturó inmediatamente algunos rehenes entre los norteamericanos de Moa y anunció que los mantendría en su poder mientras prosiguieran los bombardeos de la población civil por parte de una aviación equipada por los Estados Unidos. Este asunto provocó un escándalo en Norteamérica, donde se mostraron muy sensibles, únicamente respecto a la suerte de los rehenes. Fidel, que hizo todo lo que pudo para solucionar el conflicto de forma amistosa, escribió a Celia Sánchez: "Cuando finalice esta guerra empezará para mí otra más larga y más importante: la que tendré que llevar a cabo contra los norteamericanos. Presiento que ése será mi auténtico destino".<sup>116</sup> Pero quien habla a través suyo es José Martí y no Lenin: el antiimperialismo "clasista", de tipo comunista está aún muy lejos de su espíritu; nada prueba que ya presienta que desembocará en él dos años y medio después.

En esa determinación de ir hasta el límite de su "destino", en esa disponibilidad ideológica, residía de hecho la única y auténtica "continuidad" de Fidel Castro (y él insiste mucho en esa noción de continuidad). Si hubiera sido "marxista-leninista" camuflado que se dice, no habría podido convencer y mantener a su lado todo ese sector, probablemente mayoritario en su movimiento, que, sin ser pronorteamericano en el sentido estricto de la expresión, estaba muy claramente influenciado por la retórica democrática del "mundo libre".<sup>117</sup> Pero si no hubiese sido el demócrata radical que otros han querido ver en él, no habría podido mantener una estrecha amistad con el grupo que, sin ser procomunista, temía ya los efectos esterilizantes del anticomunismo primario que los Estados Unidos mantenían en esa parte del mundo.<sup>118</sup> El doble aspecto de su programa, simultáneamente libertario, y por tanto democrático, y radical-reformista, por tanto socializante, le ha permitido triunfar allí donde cualquier otro dirigente que hiciera referencia al principio a una doctrina rígida, seguramente habría fracasado. Che Guevara afirma muy justamente: "El primero, el más nuevo y tal vez el más importante factor

<sup>116</sup> Esta carta a Celia Sánchez está fechada el 25 de junio de 1958.

<sup>117</sup> Según ciertos testimonios los sentimientos "antigringos" estaban menos extendidos en Cuba que en la mayoría de países latinoamericanos, pero sin embargo existían. Incluso los que parecían estar de acuerdo con los principios de la democracia a la norteamericana no tenían mucha simpatía por los norteamericanos. Así, por ejemplo, cuando en 1955 el gobierno de los Estados Unidos propuso construir un canal a través de la isla para acortar la distancia que separa Nueva Orleans del subcontinente, se produjo tal indignación en Cuba que el proyecto tuvo que ser abandonado. Entre los que protestaban debido a que no querían, a ningún precio, que se permitiera a los norteamericanos cortar la isla en dos, los demócratas, adalides del "mundo libre" se encontraban a menudo en primera fila. Los sentimientos antinorteamericanos eran, al parecer, más fuertes en provincias que en La Habana.

<sup>118</sup> De hecho, si se tuviera que definir políticamente al ala más radical del M-26-7 se diría que fue anticomunista. Pero en un país como Cuba ya era mucho en esa época.

de la excepcionalidad de la revolución cubana es esa fuerza de la naturaleza que se llama Fidel Castro".<sup>119</sup>

Queda por preguntar, a la luz de la evolución postrevolucionaria, si no es precisamente en esa "excepcionalidad" donde residían ya los gérmenes de las futuras divisiones, si no era, en sí misma, una fuente de dramas y dificultades. Forzosamente debemos constatar que la "infinita paciencia" que mostraba Fidel al lograr la unidad a su alrededor no iba acompañada de ningún esfuerzo comparable para formar una dirección colegial a su nivel y crear, aún cuando fuera a tientas, una auténtica organización política en la base. Nada de todo esto le interesaba. Ello no se debe a que estuviera celoso de preservar su poder personal – ninguno de sus compañeros hubiera pensado en disputárselo – y no tenía ningún motivo para desconfiarse de las iniciativas de la base, entre la que gozaba de más popularidad que nunca. Simplemente la problemática del movimiento revolucionario socialista, concerniente a las relaciones entre la vanguardia y la masa y su función de despertador de la conciencia de clase del proletariado, no formaba parte de su proyecto específico debido a que ese proyecto *no era socialista*. Fidel no necesitaba, como se ha dicho, "todas esas hipótesis"; su espíritu estaba interesado en un solo objetivo: abatir a Batista e impedir el retorno al *statu quo ante*.

Incluso antes de descender de la Sierra Maestra declaró que no aspiraría a ninguno de los primeros puestos en la nueva administración; su objetivo era simplemente restablecer, con todo desinterés, la legalidad republicana y democrática sobre la base de la constitución de 1940. Ésta establecía la edad mínima de cuarenta años para ser presidente de la República, de modo que Fidel no podía aspirar legalmente a ese cargo antes de 1967. Al no querer ser tampoco primer ministro, se conformaba con los títulos que ya poseía en la Sierra: secretario general del Movimiento 26 de Julio y comandante en jefe del ejército rebelde. Por tanto se instaló en el hotel Habana Hilton y dio carta blanca a un gobierno compuesto, en su mayoría, por hombres del Llano y notables antibatistianos.<sup>120</sup> Sólo tres comandantes formaban parte de ese gobierno: Humberto Sori-Marín, Augusto Martínez Sánchez y Faustino Pérez; este último era, por su carrera, tanto del Llano como de la Sierra.<sup>121</sup>

Este "legalismo", y la personalidad de los ministros, no gustaron evidentemente al ala más radical de los castristas; ésta tenía la impresión de que Fidel regalaba su revolución a "moderados" poco deseosos de cumplir las promesas sociales del Movimiento 26 de Julio. De ello proviene el incidente entre Raúl y Fidel durante la única reunión de los dirigentes del movimiento, y también una tentativa, por parte de algunos "duros" apoyados por el P.S.P., de proceder a una inmediata distribución de tierras, sin aguardar una hipotética reforma

<sup>119</sup> Véase Ernesto Che Guevara, "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?" en *Obra revolucionaria* (México: Era, 1967), p. 515.

<sup>120</sup> Así, por ejemplo, el profesor Roberto Agramonte, antiguo candidato Ortodoxo a la presidencia de la República, obtuvo la cartera de Asuntos extranjeros. Los hombres del Llano que formaban parte del gobierno eran: Armando Hart (Educación nacional), Enrique Oltuski (Comunicaciones), Manuel Ray (Obras públicas), Luis M. Buch (secretario de la Presidencia del Consejo) y Luis Orlando Rodríguez (ministro del Interior). El Dr. Regino Boti y el Dr. Raúl Capero Bonilla se encargaron, respectivamente, de la economía y el comercio, primordialmente como expertos, como técnicos que simpatizaban con la revolución.

<sup>121</sup> El comandante Humberto Sori-Marín, que se convirtió en ministro de Agricultura, ya se había encargado de la reforma agraria promulgada en la Sierra y se ocupó de ese sector durante el período guerrillero. Fue sustituido el 14 de junio de 1959 por el comandante Pedro Miret, y acusado, por después, de alta traición. Fue fusilado el 20 de abril de 1961. El comandante Augusto Martínez, ministro de la Defensa, pasó posteriormente al ministerio de Trabajo y conservó ese puesto hasta 1965, fecha en la que intentó suicidarse y desapareció de la escena política. En cuanto a Faustino Pérez, ministro de "recuperación de los bienes de los malversadores", dimitió el 26 de noviembre de 1959 (más adelante hablaremos de ello). Se convirtió en el equivalente de un ministro de Obras hidráulicas, en 1962, y conservó ese puesto hasta principios de 1969, fecha en que se le dio el cargo de director de una central hidráulica que se estaba construyendo en la región de Sancti Spiritus.

agraria.<sup>122</sup> Fidel reaccionaba de modo muy firme frente a ese modo de intentar forzar sus acciones, pero el conflicto no tuvo consecuencias; el propio Castro estaba resuelto a promulgar la reforma que había prometido a los campesinos. Quería incluso que fuera muy radical y preveía desde el principio la creación de Granjas del Pueblo y cooperativas. De hecho, no tenía intención de regalar su revolución a nadie y no necesitaba en absoluto estar en el gobierno para controlar los acontecimientos. La confianza que le demostraba la población le daba derecho a ello, y su ejército rebelde constituía de hecho el único aparato ejecutivo que existía en el país. Los ministros no tardaron mucho en darse cuenta de esta circunstancia y, frente a su insistencia, el 12 de febrero de 1959, Fidel aceptó colocarse al frente del gobierno. El primer ministro, Miró Cardona, no presentó ningún impedimento para aceptar el puesto de embajador en Madrid.

La entusiasta aprobación de la masa y la devoción de la mayoría de sus compañeros se conjugaban, por tanto, para confirmar a Fidel en la idea de que debía perseverar en su papel de francotirador y colocarse al frente de su pueblo para mostrarle el camino a seguir. La situación le imponía de nuevo ese deber: la revolución estaba amenazada por la resistencia que ofrecían las clases poseedoras y por la hostilidad de los Estados Unidos. Así pues no fue por ambición ni por amor al poder por lo que siguió gobernando el país, siempre de forma provisional, de igual modo que antes había dirigido el Movimiento 26 de Julio. La mayoría de cubanos estaban encantados; sólo pedían seguir a ese hombre que ya les había sacado de una comprometedor situación y parecía totalmente capaz de hacerlo otra vez. Sin embargo, bastantes personas, sin duda minoritarias en relación con la totalidad de la población, pero relativamente numerosas en los estratos politizados, empezaban a tener algunas dificultades para seguir su camino, al no comprender hacia dónde quería dirigirse Fidel. La elección que se les presentaba no era tan maniquea como en la época precedente: bastaba estar más a favor de lo bueno (la revolución) y contra lo malo (la dictadura); las líneas divisorias, antes invisibles, se ponían de manifiesto de modo paulatino. Algunos querían saber hasta qué extremo quería llegar Fidel en su conflicto con los norteamericanos y en sus medidas socializadoras. Ahora bien, al no encontrarse Castro en la posibilidad de responderles empezaba a desconfiar a su vez de todos los que le planteaban demasiadas preguntas. Fidel estaba dispuesto a explicarlo todo después, pero tenía cada vez menos paciencia con respecto a los que querían saber demasiado antes. Por este motivo una organización, incluso tan rudimentaria como el Movimiento 26 de Julio, le parecía ya algo inútil: no quería intermediarios en su estimulante diálogo con el pueblo.

A principios de julio de 1959 una primera defección importante conmovió al Movimiento 26 de Julio: Pedro Luis Díaz Lanz, militante desde el primer momento en Santiago, intrépido piloto que había logrado que su avión fuera el primero en aterrizar, en 1958, en la Sierra Maestra y efectuó a continuación trece de las quince entregas de armas que los guerrilleros recibieron por vía aérea, huyó a los Estados Unidos. Con el grado de comandante, era el jefe de la aviación nacional; por tanto no carecía de atributos para hablar, frente a las diversas comisiones senatoriales de Washington, en nombre del "castrismo puro", democrático y anticomunista. De hecho, Díaz Lanz no era más que un joven aventurero que, cuanto más hablaba, más ponía de manifiesto su poco criterio político. No podía confiarse mucho en ese comandante para hacer la competencia al auténtico comandante en jefe, Fidel. Pero el asunto fue ampliamente explotado en los Estados Unidos y reforzó esa especie de malestar latente que reinaba en La Habana.

---

<sup>122</sup> Las informaciones sobre este episodio son tan imprecisas que deben tratarse con muchas precauciones. Parece ser que en Oriente, y primordialmente en la zona del segundo frente, los comunistas que querían hacerse propaganda ayudaron a los castristas "impacientes" a distribuir la tierra inmediatamente, mientras que Fidel, muy inteligentemente, quería llevar a cabo una reforma agraria seria y no demagógica.

La mañana del 16 de julio al hojear su periódico Revolución, todos los castristas se enteraron de una sorprendente noticia: Fidel había renunciado a su cargo de primer ministro. Se trataba, como hemos dicho de todos los castristas; Fidel no había hecho saber a nadie su decisión de dimitir y redactó personalmente, en una mesa del periódico, el pequeño comunicado que anunciaba su renuncia. El resto se lo iba a explicar a todo el país, frente a las cámaras de televisión, en un largo discurso dirigido contra el presidente Urrutia. En él reveló a los cubanos que su presidente, sin ser cómplice de Díaz Lanz, se encontraba, sin embargo, "al borde de la traición" y que, en esas condiciones, resultaba imposible colaborar con él. Al escucharle algunas cabezas de chorlito pensaron, si creemos en la frase humorística de Raúl Castro, en desalojar inmediatamente a Urrutia del palacio presidencial y suprimir de este modo, rápida y radicalmente, ese obstáculo situado en el camino de la revolución. Pero lo que Fidel pedía no era esto; él no quería en absoluto recurrir a un golpe de tipo latinoamericano. Su objetivo era obtener legalmente, bajo presión popular, la dimisión del mal presidente. Las cosas, en efecto, ocurrieron de este modo, más rápidamente de lo que él esperaba, debido a la enorme emoción manifestada por el pueblo y por el hecho de que Urrutia había presentado ya, al parecer, varias veces su dimisión durante los meses precedentes. El conflicto estuvo a punto de finalizar de una forma paradójica, al tener Fidel la intención de confiar a la presidencia a Miró Cardona, totalmente dispuesto a aceptarla, lo que, probablemente, hubiera obligado a repetir la misma escena algunos meses más tarde. La oportuna intervención del Che y de algunos comandantes le indujo a elegir, en definitiva, a Osvaldo Dorticós Torrado, hombre adepto a las ideas de izquierda.

El mes de octubre otro drama, mucho más grave en el plano humano, desgarró las filas castristas. Hubert Matos, antiguo comandante de la columna 9, llamada "Columna Antonio Guiteras", fue detenido en Camagüey donde, después de la revolución, era gobernador militar. Fundador y propietario de una pequeña granja en la región de Manzanillo, Hubert Matos llegó a la Sierra bastante tarde, el mes de marzo de 1958, pero llevó a la misma un importante lote de armas, recogidas por sus propios medios, independientemente al Movimiento 26 de Julio. Mucho más culto que la mayoría de los combatientes de la Sierra, pero menos abierto a las ideas radicales, se ganó no obstante la confianza de Fidel, que le otorgó el grado más alto de su ejército y la dirección de una columna que fue una de las primeras en Santiago. De este modo se convirtió en uno de los más importantes comandantes surgido de la Sierra y se le confió la responsabilidad de Camagüey, provincia particularmente "delicada" debido a que era el núcleo de los grandes latifundistas. Hubert Matos manifestó muy pronto su desacuerdo con la política de cuadros realizada por Fidel. Matos, anticomunista convencido, reclamaba la marginación del P.S.P. mientras que Fidel no veía ningún inconveniente en confiar ciertos puestos administrativos a los comunistas, que no le incomodaban en absoluto. Al no ser correspondidas sus exigencias Hubert Matos presentó su dimisión y aconsejó a la mayoría de sus colaboradores que hicieran lo mismo. El 21 de octubre Camilo Cienfuegos, el más popular de los hombres en verde olivo, se trasladó a Camagüey para detenerle y llevarlo a La Habana. Hubert Matos no ofreció ninguna resistencia, pero negó haber tramado un complot. El 14 de diciembre, al término de un dramático proceso en el que Fidel testimonió personalmente, Matos fue condenado a 20 años de cárcel, pena que sigue purgando en la actualidad.

El asunto Matos provocó una crisis gubernamental: Faustino Pérez y Manuel Ray presentaron, el 26 de noviembre de 1959, su dimisión a Fidel para protestar contra la medida tomada contra el antiguo comandante de la columna Antonio Guiteras. Dieciocho meses más tarde, Faustino Pérez se encontraba al lado de sus compañeros en el combate de Playa Girón, mientras que Manuel Ray era uno de los promotores de esta expedición anticastrista. Evidentemente el primero sólo había querido, con su gesto, influenciar el curso de la revolución, mientras que el segundo únicamente había pensado ya en ese momento en

combatirla desde el interior. El hecho de que una transformación social cada vez más amplia haya dividido de esta forma a los cubanos no puede sorprendernos. Una revolución puede ser difícilmente una gran fiesta para todo el mundo y no debe olvidarse que cualquier medida radical parecía a menudo tan "inadmisible" para ciertos cubanos como para los habitantes de la cercana Florida. No se trataba únicamente de una cuestión de intereses de clases, si no, más bien, una vez más, del resultado de hábitos mentales, de convicciones profunda e insidiosamente enraizadas. Todos los que abandonaban Cuba no eran latifundistas, grandes burgueses y ni siquiera pro-norteamericanos; a menudo habían sido "norteamericanizados" sin darse cuenta o tenían, simplemente, miedo de las consecuencias de un conflicto con los Estados Unidos. ¿Eran todos irrecuperables? Resulta difícil juzgarlo, y nos parece demasiado fácil y simple llegar a la conclusión de que se fueron porque era preciso de que se fueran. Esta dificultad en radicalizar la situación en un país tan poco preparado para aceptar las medidas de tipo socialista, como era Cuba en esos momentos, exigía que se permitiera verdaderamente a esos estratos "intoxicados", madurar y evolucionar hacia la revolución a través de un proceso colectivo y democrático en el amplio sentido de la expresión. El salto cualitativo era demasiado importante para que todos pudieran darlo confiando únicamente en la cordura de Fidel. Por otra parte, el método adoptado, que privaba al país de un gran número de cuadros, que de otra forma habrían podido recuperarse, no hacía más que empobrecer la revolución.

Fidel repite a menudo: es cinco veces más difícil desarrollar un país después de la revolución que tomar el poder. Y no duda en citar como ejemplo sus propios errores "técnicos" debidos a su falta de experiencia, durante los primeros años. Pero no es esto lo que se discute. En realidad es cinco veces más difícil edificar una sociedad socialista que tomar el poder cuando, durante la lucha, no se forman ya las conciencias socialistas y los órganos populares de gestión de la nueva sociedad. El socialismo sólo tiene posibilidad de éxito allí donde, en el fuego de la acción, en el mismo momento de la crisis social, se esbozan ya las soluciones al delicado problema de las relaciones entre las masas y la vanguardia política. La búsqueda de estas soluciones no formaba parte del proyeco castrista. Ciertamente, sin Fidel Cuba se parecía sin duda actualmente a Santo Domingo; ello no impide que el método de Fidel – el único posible, tal vez – fuera el origen de sus propias dificultades. Un pueblo que dice: "Si Fidel es socialista, nosotros también", no está en realidad maduro para emprender la edificación del socialismo. Posee únicamente las nociones elementales de esa nueva sociedad que, en principio, ya debería dirigir y construir.

Esto facilita la clave de la última cuestión que nos hemos planteado: ¿por qué Fidel decidió, al cabo de un cierto tiempo, apoyarse masivamente en el aparato del P.S.P. y confiar tanta responsabilidad a los comunistas? La respuesta parece evidente. Fidel había quemado las etapas en el camino hacia la socialización de Cuba sin haber preparado, a medida que lo iba haciendo, los organismos de base o los cuadros necesarios para administrar un enorme sector estatalizado y llevar a buen término las transformaciones sociales de envergadura. Podía contar, claro está, con la fidelidad de la mayoría de sus compañeros, pero éstos no constituían más que una pequeña vanguardia que, debido a su juventud y a su formación, no poseía la competencia política o administrativa indispensable. A su vez los comunistas tampoco eran numerosos; no brillaban ni por su elevado nivel político, ni por su radicalismo, pero se suponía que tenían un agudo sentido de la organización y una gran disciplina, dos cualidades que a Fidel le parecían básicas. Los comunistas eran también unos fervientes partidarios del poder verticalizado, tenían un concepto "pedagógico del socialismo" dispensado desde lo alto al pueblo, y estaban acostumbrados a confiar en la cordura del jefe; además de todas estas "cualidades" tenían en el Este poderosos aliados que iban a ser de gran ayuda para Castro y la revolución.

Una vez más debemos exonerar a Fidel de la acusación de simple oportunismo. A partir del día en que se lanzó esa consigna creyó en la "revolución socialista" con tanta intensidad como había creído, en la Sierra, en el programa expuesto en *La historia me absolverá*. Su proyecto había cambiado bajo el impulso de los acontecimientos, pero Fidel Castro no había cambiado personalmente. Seguía siendo el mismo hombre, visionario, tenía la misma pasión que antes y confiaba totalmente en una estrategia que se había convertido en socialista, antiimperialista en el sentido leninista de la expresión, y que se confundía, al menos en apariencia, con la de los comunistas. Por tanto Fidel no negociaba con el P.S.P. como había negociado anteriormente con el expresidente Prío, debido a que éste le era útil y nada más. Acogía a los comunistas con los brazos abiertos, como inesperados y nuevos adherentes, en esa nueva Sierra Maestra que era en ese momento la Cuba socialista. Incluso creía que no tendría más problemas con ellos que los planteados anteriormente por sus jóvenes guerrilleros. Pero aquí se inicia otra historia, y los castristas ya no serán sus únicos protagonistas.